

**ALGO MÁS
QUE UN
Gato**



PATRICIA MORENZ

-Tsuki

CONTENTS

[PÁGINA DE TÍTULO](#)
[CRÉDITOS](#)
[DEDICATORIA](#)
[CITA DE APERTURA](#)
[NOTA DE LA AUTORA](#)
[PRÓLOGO](#)
[CAPÍTULO 1](#)
[CAPÍTULO 2](#)
[CAPÍTULO 3](#)
[CAPÍTULO 4](#)
[CAPÍTULO 5](#)
[CAPÍTULO 6](#)
[CAPÍTULO 7](#)
[CAPÍTULO 8](#)
[CAPÍTULO 9](#)
[CAPÍTULO 10](#)
[CAPÍTULO 11](#)
[CAPÍTULO 12](#)
[CAPÍTULO 13](#)
[CAPÍTULO 14](#)
[CAPÍTULO 15](#)
[CAPÍTULO 16](#)
[CAPÍTULO 17](#)
[CAPÍTULO 18](#)
[CAPÍTULO 19](#)
[CAPÍTULO 20](#)
[CAPÍTULO 21](#)
[CAPÍTULO 22](#)
[CAPÍTULO 23](#)
[CAPÍTULO 24](#)
[EPÍLOGO](#)
[AGRADECIMIENTOS](#)
[SOBRE LA AUTORA](#)

CONTACTO

**ALGO MÁS
QUE UN
GATO**



PATRICIA MORENZ

Título original: Algo más que un gato

© 2019, Patricia Morenz

© Primera edición. Mayo, 2019

Todos los derechos reservados.

Ilustración de la portada: Camila “Tsuki” Arévalo.

Todos los nombres, personajes (a excepción de las mascotas de la protagonista), lugares y acontecimientos de esta novela son producto de la imaginación de la autora, o son empleados como entes de ficción.

Cualquier semejanza con personas vivas o fallecidas es pura coincidencia.

A Sisy, la gata que me enseñó a amar a toda su especie;

Pegajoso, mi superhéroe enmascarado,

ambos descubrimos el poder

de las segundas oportunidades;

Mitzy y Sunny, mis pequeños guardianes,

gracias por mantener unidos los pedazos de mi corazón

y llenar todos mis vacíos con suaves y cálidas... bolas de pelos.

No menos importantes, Jeimy y Sofi...

que me hicieron conocer la dulzura, pureza y lealtad de sus almas.

A todos esos animalitos que nunca encontraron el camino de regreso a su hogar

y aquellos sin nombre que nunca conocieron uno.

A las personas que rescatan, adoptan y aman a esos seres inocentes,

prestando su voz para defenderlos.

A todos los "catlovers", larga vida y salud.

*“No me digas que conoces lo que es el amor
si nunca has amado a un animal,
y mucho menos, si no has logrado que uno de ellos te ame”.*

Patricia Morenz

Nota de la autora

Si por alguna extraña razón has llegado hasta aquí y no te gustan los gatos, aún estás a tiempo de cerrar el libro y leer algo diferente porque esta novela no te va a gustar, o tal vez sí, pero es tu riesgo... no digas que no te lo advertí.

“Ningún animal fue lastimado en la realización de esta novela”.

PRÓLOGO



Cuando llego a la única salida que tengo veo que está cerrada. El enorme candado no deja lugar a dudas. El plan original era volver por donde entramos, Chris tiene una cuerda en su mochila que era la que utilizaríamos para que los chicos desde el otro lado nos ayudaran, pero yo no tengo nada. Veo que sobre la pared hay unas enredaderas con flores, me acerco y tanteo hasta encontrar una especie de malla que es de donde se agarran, los huecos son lo suficientemente grandes como para que mi pie entre en ellos, pero no sé si soportará mi peso. Cuando escucho los pasos más cerca sé que es la mejor opción que tengo.

Comienzo a subir sintiendo algunas espinas clavarse en mis manos, la malla se siente inestable, me apresuro y cuando llego a la cima del muro estoy casi eufórica.

—¡Hey! —gritan dos hombres al dar conmigo al fin. Corren más rápido hacia a mí.

Todos nos detenemos en nuestras posiciones cuando escuchamos una fuerte explosión que viene de adentro de la casa. Aprovecho la confusión de los hombres para saltar hacia el otro lado a pesar de ser alto. Caigo lo mejor que puedo, pero uno de mis talones me molesta, no tengo tiempo de pensar en ello cuando comienzo a correr de nuevo. No importa la dirección, lo único que quiero es alejarme, aunque al mismo tiempo quiero volver porque lo

irónico e injusto de la situación es que logré rescatar a uno de mis amigos, pero tuve que dejar a otro.

CAPÍTULO 1



—¡Mamá! —grito desesperada bajando las escaleras.

—¿Por qué tanto alboroto? Apúrate a desayunar para que nos vayamos, llegarás atrasada —contesta sin prestarme atención.

—Mamá, ¿has visto a Sunny? No lo encuentro por ninguna parte.

—No lo he visto, debe de estar escondido en alguna parte. Ya aparecerá.

—Yo no iré a ningún lado si no aparece.

—Claro que sí irás —sentencia.

Mis ojos comienzan a ponerse rojos.

—¿Y si se salió de la casa? ¿Y si no regresa?

Todo lo peor cruza por mi mente.

—Yo lo buscaré mientras no estás, ¿está bien? —propone ella aunque no estoy convencida.

Soy obligada a ir a la escuela a pesar de lo preocupada que estoy. Llora en el auto de mi madre mientras ella conduce en silencio. Sabe que no tiene

que presionarme más. No he desayunado nada. Ninguno de mis familiares me dio demasiada importancia, todos dijeron que ya aparecería más tarde.

Pero, ¿y si no es así?

—Hija, tienes tres gatos más de los que preocuparte.

—Tú tienes tres hijos, mamá. Si uno de ellos se perdiera, ¿podrías vivir feliz y tranquila con los que te quedan?

—No puedes comparar, esos gatos no son tus hijos —dice antes de estacionar justo enfrente de la entrada.

—Yo los cuido, los alimento, los baño, los llevo al veterinario si enferman, los amo con todo mi corazón; no es demasiado diferente. Pero no lo entiendes, no podrías entenderlo —contesto antes de bajarme del auto sin despedirme de ella.

Camino por los pasillos sin fijarme mucho en nadie. Trato de limpiarme los ojos, pero de seguro se nota que he estado llorando.

Mis amigas Kim y Elisa me encuentran cuando estoy cerrando mi casillero para ir a mi primera clase.

—Por Dios, ¿qué te pasó en la cara? —pregunta Kim sin filtros y me provoca llorar más.

—¿Sucedió algo malo? —quiere saber también Elisa.

—Mi gato...

—¿Tu gato? —preguntan ambas viéndose confundidas.

—Mi gato desapareció —decirlo hace que sienta las lágrimas queriendo salir de nuevo—. Y mi madre me obligó a venir a la escuela en lugar de dejarme salir a buscarlo.

—Pensé que alguien de tu familia había muerto —Kim se ve aliviada.

—Yo también —concuerta mi otra amiga.

Las miro desconcertada ante su falta de comprensión. Ninguna de ellas tiene animales en su casa, pero pensé que tratarían de entenderme. Ni siquiera tengo fuerzas para enojarme con ellas ahora.

El timbre me salva de iniciar una conversación con mis mejores amigas. Camino sin decir nada más y ellas me siguen.

No puedo escuchar nada de lo que dicen los maestros, ni siquiera estoy prestando atención. Cuando todos miran hacia al frente siento una nueva oleada de preocupación y mis ojos arden. Bajo la mirada y finjo buscar algo en mi mochila, después de un par de respiraciones levanto la vista y el chico raro del fondo me está observando fijamente. Nunca he hablado con él y creo que no tiene amigos, no lo he visto conversar con nadie, por lo que resulta extraña la manera tan familiar que tiene de mirarme.

Permanezco sentada con la espalda recta preguntándome si sigue observándome, pero no me atrevo a volverme para comprobarlo.

En el almuerzo, mis amigas solo juegan con la comida. Ellas siempre hacen eso hasta que es demasiado tarde y dejan la mayor parte en el plato. Yo no soy así, pero hoy lo hago como ellas y dejo casi todo.

—¿Podrían acompañarme después de la escuela?

—¿Dónde irás? —cuestionan ambas.

—A buscar a mi gato —contesto pensando que es obvio, pero ellas se miran como si fuera la primera vez que escuchan del asunto.

—Lo siento, tengo prácticas.

—Tenemos prácticas —aclara Kim. Ambas son porristas.

—Esto es realmente importante para mí, podrían venir después —insisto aunque sé que no lo harán.

Ellas se miran incómodas, lo que me incomoda a mí también.

—Está bien, las veo luego —me dirijo hacia mi última clase del día. Ellas no intentan detenerme, pero eso ya lo suponía.

Comencé a ser amiga de Kim y Eli el año pasado, cuando comenzamos la secundaria. Tuvimos que hacer un trabajo de grupo y desde entonces ellas se volvieron inseparables de mí, este año entraron al grupo de porristas y se han vuelto más populares, por consiguiente yo también. Aunque está claro que yo nunca podría ser como ellas.

Kim es muy bonita, aunque es más baja de lo que ella quisiera, por eso maltrata sus pies con los tacones más altos que pueda encontrar. Todos los días su cabello luce unas ondas doradas perfectas porque se pasa una hora cada mañana para lograr ese efecto. Nadie sabe que en realidad su cabello no es de ese color, ni que se retoca las raíces cada semana.

Eli es la más alta de las tres, pero no tiene el carácter fuerte de Kim para llegar a ser algún día la líder de las porristas. Su cabello oscuro y sus ojos verdes le dan un aire exótico que los chicos han comenzado a notar. Creo que en el fondo Kim le tiene un poco de envidia, pero nunca lo admitiría.

Yo, obviamente no soy tan delgada como ellas, ni tan flexible. Con mi cabello oscuro y largo, mi piel pálida, mis ojos grandes y un par de kilos de más. Nunca sería una porrista ni aunque pudiera, pero ser popular no es tan malo. Después de haber sido invisible, se siente bien que la gente te salude al pasar y te reconozca como una persona, y no choque contigo en los pasillos.

Es bueno tener amigas, más allá de mis gatos. Pero cuando esas amistades no te ayudan en algo tan importante para ti, ¿realmente puedes llamarlas amigas?

Cuando salgo a esperar que mi madre venga a recogerme, me encuentro de nuevo con la mirada del chico raro. Él sale en su bicicleta y pasa frente a mí. No nos saludamos, ni nos despedimos, pero siento que él quiere decir algo aunque no sé si quiero saber qué.

El reloj no avanza lo suficientemente rápido. Cuando al fin veo el auto blanco de mi madre es un verdadero alivio.

—¿Apareció? —pregunto apenas abro la puerta y entro.

—No, ya busqué por toda la casa —se ve apenada por no encontrarlo.

—¡Vamos! Tengo que encontrarlo —la apuro.

—Tranquila, él volverá, seguro conoce el camino a casa.

Había tenido la débil esperanza de que mi madre hubiera llegado con buenas noticias.

Comienzo a preguntarme qué tan lejos puede ir un gato y regresar sano y salvo a casa.

Una lágrima silenciosa corre por mi mejilla mientras miro por la ventanilla hacia la calle. Nos detenemos en un semáforo en luz roja.

Unos ojos intensos me observan de nuevo por un segundo antes de perderse mientras el auto avanza. Espero que no me hubiera visto llorando, pero luego recuerdo que no me importa lo que piense de mí, es alguien que ni siquiera conozco. O no debería importarme. Sin embargo algo hace que me volteo y así compruebo que él también sigue observándome. Vuelvo rápidamente mi vista al frente y recuerdo por qué estoy tan triste.

No tengo tiempo para recostarme, aunque tampoco podría porque mi cama está invadida por mis otros gatos: Sisy, Pegajoso y Mitzy. Voy por mi laptop y busco una foto de Sunny, la coloco junto a su descripción, imprimo muchas copias y bajo para buscar a mi madre. Ella está discutiendo con mis hermanos que no quieren hacer sus tareas.

—Voy a salir —anuncio con las hojas en mi mano.

—¿Con permiso de quién? —interfiere mi hermano.

—Tú cállate.

—No le hables así a tu hermano. Además tiene razón —agrega mi madre.

—Mamá, no tengo tiempo para esto —me quejo—. ¿Puedo salir?

—¿A dónde irás?

—Por el vecindario, imprimí unos volantes —se los muestro, pero ella duda.

—No me gusta que andes sola por ahí. No te alejes demasiado y vuelve antes de que anochezca —concede al fin.

—Está bien, adiós.

No sé por dónde comenzar, decido preguntar a todos los vecinos de mi cuadra y luego decidiré hacia dónde seguir si encuentro alguna pista.

Voy hacia mi izquierda. Mi vecina, la señora White, es una jubilada que vive sola. La encuentro sentada en su porche delantero con una tableta electrónica en la mano, ha descubierto las redes sociales recientemente y no quiere reconocer que está muy enganchada al asunto. Incluso a mí me envió una solicitud de amistad.

—Hola, hermosa. ¿Qué te trae por aquí? —pregunta cuando se da cuenta de que estoy frente a ella.

—Buenas tardes, señora White. Me preguntaba si no ha visto a mi gato por aquí —le alcanzo un volante.

Ella lo observa detenidamente acomodando sus lentes sobre el puente de su nariz.

—Es muy lindo, pero no lo he visto. ¿Cuándo se perdió?

—En algún momento entre anoche y esta mañana —respondo.

—Si lo veo por aquí, te avisaré —dice pareciendo sincera.

—Está bien, muchas gracias —comienzo a alejarme.

—¡Suerte! —grita cuando llego a la calle.

Sigo a la siguiente casa y luego la que sigue, pero nadie sabe nada.

Coloco algunos carteles en los postes de luz, cuando termino de recorrer mi cuadra decido ir más lejos a pesar de que pronto anochecerá.

Toco un timbre y nadie contesta. Pienso que no hay nadie en casa y estoy por colocar un volante por debajo de la puerta cuando ésta se abre y veo unos ojos a los que nunca les había prestado atención.

Parece que está tan sorprendido como yo de verme frente a él. No tenía ni idea de que viviera por aquí. De haberlo sabido nunca hubiera tocado su puerta.

Por un momento me olvido de por qué estoy allí. Pero él me lo recuerda al aclararse la garganta y presionarme sin palabras para que le diga qué es lo que quiero.

—Eh... yo... perdí a mi gato, ¿no lo has visto? —le muestro el volante que estaba por dejar, él lo observa un largo rato hasta ser incómodo.

Estoy por irme porque pienso que no responderá cuando lo hace.

—No lo he visto —su voz es más grave de lo que pensaba, mucho más que la de mis compañeros, nuestros compañeros de clases.

—Okey... gracias —me doy media vuelta y comienzo a caminar para alejarme porque pienso que no dirá nada más.

—Isabella... —me detiene. Escuchar mi nombre en su voz me provoca escalofríos.

—¿Sí? —me da vergüenza que se dé cuenta de que yo no sé su nombre.

—Puedes darme uno —apunta a las hojas que sostengo en mi brazo.

—Sí, claro —se los alcanzo y él saca más de uno, pero no digo nada.

Nos miramos un momento antes de darme cuenta de que sigo como una estatua frente a él.

—¡Christian! ¿Dónde diablos estás? —grita alguien desde adentro y

parece estar muy enojado.

—Adiós... —dice antes de cerrar la puerta sin darme tiempo de contestar.

Eso fue... raro.

Observo por última vez su casa desde la calle, está muy descuidada, seguramente he pasado muchas veces por aquí, pero no sabía quién vivía en ella.

Christian... ese es su nombre. Todos en la escuela lo llaman el chico raro o simplemente “ese”. Nunca había dado más de una mirada en su dirección. Luce peligroso y no es algo en lo que esté interesada.

Incluso a los chicos podría darles miedo, aunque no lo admiten, y por eso no se meten demasiado con él. Pero debo decir que al ver de cerca sus ojos no siento temor, ni siquiera sé lo que siento.

Me dirijo al refugio de animales que he visto cerca y converso con el encargado. Él me dice que no saben nada de Sunny, pero que estarán atentos. Les dejo unos volantes y luego me voy.

Continúo con unas casas más, hasta que mi teléfono suena. Pienso que tal vez es alguien que vio mi cartel, pero me desilusiono al ver que solo es mi madre.

—Isa... ¿dónde estás? Ven a casa, tu padre ya llegó.

—Mamá, los gatos salen de noche —intento obtener más tiempo.

—Ven a casa o saldré a buscarte —sentencia antes de colgar.

Suspiro derrotada y camino de regreso a casa mirando en todos los rincones que puedo.

Llego molesta porque me hayan obligado a volver.

—Ya aparecerá —dice mi padre mientras va hacia la cocina.

—Ayuda a tus hermanos a poner la mesa —pide mamá ignorando mi cara. Camino hasta el comedor sin decir nada.

—¿Encontraste a Sunny? —preguntan mis hermanos cuando me ven entrar.

—No —es lo único que digo.

Tengo dos hermanos, Oliver de diez años y Dustin de seis.

—Ya alimentamos a los demás —anuncia mi hermano pequeño.

—Gracias —les sonrío.

Apenas toco la comida, no dejo de pensar en lo que habrá comido mi pequeño gato, si es que ha comido algo. Tal vez esté asustado y hambriento, no puedo soportar esa imagen en mi cabeza.

—¿Puedo ir a mi habitación? —pregunto a nadie en particular.

—Pero no has comido casi nada —dice mamá.

—No tengo hambre. Además tengo una tarea que terminar antes de acostarme.

—Está bien, ve —concede mi padre.

—Gracias.

Cuando entro en mi habitación veo a Sisy sentada sobre mi escritorio, deja de lamerse un momento al advertir mi presencia, pero luego continúa. Ella es una gata blanca de ojos verdes, tiene catorce años conmigo. Prácticamente hemos crecido juntas, alguien se la regaló a mi madre y ella decidió conservarla, gracias a Dios.

Pegajoso está en una esquina de mi cama, cuando me acerco a él se levanta y me lame la mano cuando se la ofrezco. Esa dulzura áspera es justo lo que necesito. Comienza a escalar por mi cuerpo como hace siempre hasta que lo abrazo como le gusta. Él es un gato blanco con negro, también tiene

ojos verdes que está conmigo hace siete años. Lo vuelvo a dejar en la cama cuando Mitzy sale de adentro de mi armario con su dulce “miau”. Le acaricio la cabeza y pienso de nuevo en Sunny. Mitzy y él son hermanos de nacimiento, pronto tendrán 3 años. Aunque no se parecen mucho. Mitzy es la única que tiene los ojos celestes, aunque a veces parecen grises y otras veces se asemejan al celeste del cielo en un día soleado. Es parecida a un siamés, aunque atigrada, no estoy segura de qué raza es y la verdad no me importa demasiado. Su hermano, Sunny es blanco con gris y un poco atigrado.

Voy hasta la jaula de Jeimy, mi conejita, ella se parece a Pegajoso, aunque es un año mayor. Le pongo comida y agua limpia, luego dejo que me de unos besos de agradecimiento antes de lanzarme en mi cama y pensar qué tan difícil sería escaparme de casa sin que nadie se dé cuenta. Nunca lo he hecho, no es como si quisiera hacerlo para irme de fiesta.

Comienzo a llorar sin percatarme de ello, entonces Mitzy salta a mi cama y juro que su mirada preocupada dice: ¿qué te sucede? Se acerca a mí sin perder tiempo, me huele la cara y hace algo inesperado, lame las lágrimas que se deslizan por mis mejillas. No sería tan increíble si fuera algo común, pero el hecho es que ella nunca me ha lamido antes. Es una gatita cariñosa, pero “lamedora” definitivamente no es un adjetivo que utilizaría para ella.

No me quejo a pesar de que su lengua áspera me hace cosquillas al final. Se acomoda encima de mi pecho con su cabeza junto a mi corazón y ahí se duerme. Cuando nuevas lágrimas quieren salir, ella levanta la cabeza como para asegurarse de que estoy bien. Me calmo y ella se vuelve a acostar.

Recuerdo que tengo tarea que hacer, pero por primera vez no me importa. No movería a mi gata por nada del mundo.

Cuando despierto estoy un poco desorientada, veo en el reloj de mi mesita de noche que son las 00:25 a.m. Mitzy se bajó de mi pecho en algún momento y ahora descansa a mi lado. Me levanto para apagar la luz, voy hasta mi ventana y observo la calle desierta. Estoy por volver a la cama cuando lo veo, o eso creo. Maneja su bicicleta muy lentamente mientras mira hacia mi casa, mi corazón se dispara y no lo puedo evitar, pienso en que si podrá verme a pesar de la oscuridad de mi habitación. Él continúa hasta que lo pierdo de vista.

Vuelvo a mirar mi reloj, preguntándome qué hace a esta hora de la noche y si sabe que vivo aquí.

Me pregunto qué tanto sabe sobre mí. Y por qué yo no sé nada de él.

CAPÍTULO 2



Me despierto cansada y con los ojos hinchados, hago lo que puedo por disimularlo antes de bajar.

Cuando dejamos a mis hermanos en su escuela y me quedo a solas con mi madre en el auto se me ocurre algo.

—Si consigo con quien ir, ¿podría buscar a Sunny en la noche?

—¿Y quién sería? —me observa mientras estamos en un semáforo en rojo.

—No sé, tal vez Kim o...

—Un par de niñas solas en la noche, no lo creo.

—Pero mamá... —me quejo—. Los gatos son animales nocturnos, si hay una posibilidad de que lo encuentre será en la noche. Más si es un gato tan asustadizo como él.

—O alguien puede verlo y te avisará. Aunque sea de día, si él te ve o te escucha seguramente saldrá de su escondite.

Me hundo en mi asiento sin decir nada más. No me quejo de mamá, es una buena madre aunque últimamente está muy abrumada por mis hermanos

y ya no tiene tiempo para mí.

—Nos vemos más tarde —se despide al dejarme.

—Adiós, mamá.

Salgo del auto sin muchas ganas. Siempre me ha gustado la escuela, soy buena sacando buenas notas y recibiendo elogios de los maestros. Y desde que soy amiga de Kim y Elisa también mis compañeros me halagan. Las encuentro charlando animadamente frente al casillero de Kim.

—¡Isabella! —chillan apenas me ven—. Te estamos esperando.

—¿Qué sucede? —es mi único saludo.

—No creerás esto. ¿Adivina quién tiene novio? —pregunta Eli moviendo las cejas en dirección a Kim.

—¿Qué? ¿Matt?

—¡Sí! —grita alegre y algunos miran en nuestra dirección. Se recompone y habla más bajo—. Me lo pidió ayer, después de las prácticas. Imagínate si hubiera ido contigo a buscar a tu gato —ambas sonríen y yo pierdo la sonrisa que comenzaba a asomar en mi rostro.

—Por cierto, ¿hiciste la tarea? —cuestiona Eli.

—No, no tuve tiempo.

—¡¿Qué?! —vuelven a gritar las dos.

—Yo tampoco tuve tiempo por lo de Matt, esperaba que tú nos ayudaras.

—¿Y tú por qué no la hiciste? —pregunto a Eli.

—Pues lo intenté —lloriquea—, pero sabes que los números no se me dan bien. ¿Crees que puedas hacerla antes de que llegue el maestro?

—No lo creo, no tengo cabeza para eso.

Ellas se miran sin decir nada mientras caminamos hacia nuestra primera clase del día.

Veo al chico raro del fondo, que ahora sé que se llama Christian, mirarme cuando entro. No sé si saludarlo ya que hemos hablado ayer, pero tardo demasiado en decidirlo, así que simplemente me muevo hasta mi asiento y esquivo su mirada.

Abro mi cuaderno con la primera tarea no realizada de mi carrera escolar, el más sorprendido es el maestro.

Me llama cuando la clase termina, mis amigas se despiden de mí mientras espero que todos salgan. Christian pasa por mi lado me mira y se va sin despedirse. No sé por qué ahora lo noto tanto, si nunca lo había hecho.

—Isabella, ¿ocurre algo malo? —quiere saber mi maestro y no sé si contarle la verdad.

—Yo... no tuve tiempo para hacer la tarea, pero trataré de que no vuelva a ocurrir.

—¿Por qué no tuviste tiempo? ¿Hay algo en lo que pueda ayudarte? Puedes contarme —ofrece sinceramente interesado, al menos eso parece.

—No sucede nada, solo unos asuntos familiares, le prometo que no fallaré de nuevo.

—Eres mi mejor estudiante. Puedes presentar el trabajo la próxima clase, pero es una excepción, no volveré a darte esta opción.

En realidad no quiero que me dé una oportunidad más, pero de todos modos lo agradezco.

—Gracias, no le diré a mis padres, ¿verdad?

—¿Sucede algo malo con ellos?

—No, solo no quiero que se preocupen sin razón.

—Por esta vez no diré nada.

—Gracias de nuevo.

Salgo y corro hacia mi próxima clase y entonces choco contra la espalda de Adam.

Él reacciona rápidamente y me sujeta evitando que caiga.

¡Soy tan torpe!

Quisiera que la tierra me trague cuando me pregunta si estoy bien, o eso creo entender porque no oigo más y solo puedo observar sus labios moverse.

Se ve tan lindo, todo preocupado por mí.

—Disculpa —es lo único que consigo murmurar y al parecer es lo único que diré porque él me sonrío con su sonrisa perfecta y estoy perdida.

Siento su ausencia cuando me suelta una vez que estoy estabilizada, al menos físicamente.

—Ten cuidado —dice antes de irse.

Me quedo suspirando hasta que me doy cuenta de que se me está haciendo demasiado tarde y tengo que correr de nuevo, pero esta vez lo hago con más cuidado.

En el almuerzo estoy sorprendida cuando veo que la mesa que ocupo habitualmente está vacía y mis amigas están sentadas en la mesa de Matt y sus amigos, los jugadores de fútbol.

Me quedo un momento sin saber qué hacer hasta que Kim, que está sentada en el regazo de su novio me ve y me llama para que vaya con ellos.

Me pongo nerviosa de inmediato cuando veo que Adam también está en esa mesa y se vuelve para mirarme. No sé si me reconozca de mi torpeza anterior.

Hubiera caminado establemente si no me hubiera sonreído. Sí, me recuerda.

Siempre he estado enamorada de él, bueno desde el año pasado, donde también descubrí que me gustan los chicos. En realidad siempre lo he sabido, pero me refiero a que nunca me había gustado uno en particular. Él juega fútbol con Matt y los demás chicos guapos y populares de la escuela.

Yo nunca he pensado en gustarle a un chico como él. Es demasiado perfecto y yo demasiado normal. Él se merece una novia como la que tiene.

Sophie es la *Barbie* de la escuela. Sonrisa, cabello y cuerpo perfecto. No me atrevería a pensar en una pareja mejor. Ni siquiera mi amiga y su nuevo novio.

Ambas llegamos a la mesa al mismo tiempo, hay una única silla disponible al lado de Adam, me mira de arriba hacia abajo y luego vuelve a subir antes de hablarme.

—Es mi sitio —dice con una sonrisa burlona.

—Lo siento —me siento estúpida por disculparme por algo que no sé qué es.

—Sophie —la reprende su novio, mientras ella se sienta a su lado.

—Trae una silla de otra mesa y ven aquí —Eli me rescata cuando no sé qué hacer.

Miro alrededor buscando una silla que esté desocupada cuando veo a Christian al fondo, observándome. Como siempre está solo.

Estoy aún más incómoda sabiendo que él vio todo. Consigo la silla y me siento en silencio.

—¿Y quiénes son las invitadas? —pregunta Sophie refiriéndose a mí, lo sé porque me mira directamente.

—Son las amigas de mi novia —interfiere Matt—. Desde ahora se

sentarán con nosotros.

Ella asiente mientras toma su cola de dieta.

Entonces los chicos se enfrascan en una charla sobre fútbol y yo me quedo olvidada.

Apenas puedo terminar mi almuerzo, no puedo dejar de ver a la pareja de ensueño. Ella me ve un par de veces, pero yo aparto la mirada inmediatamente.

—Deberías hablar más, integrarte al grupo —dice Kim cuando caminamos hasta nuestra última clase del día.

—¿De qué podría hablar? No sé nada de fútbol. Además, gracias por advertirme que cambiaríamos de mesa.

—Solo surgió —se excusa ella—. Oye, ¿vendrás con nosotros después de clases? Iremos a casa de Matt. Sus padres no estarán, solo pasaremos el rato, ya que no tenemos prácticas hoy.

—No puedo, tengo que seguir buscando a mi gato, pensé que hoy podrían ayudarme —ellas miran el suelo sin decir nada.

—Ya se lo prometí a Matt.

—Tengo que ir, Gus también irá. Y sabes que está soltero, no puedo desaparecer o mi oportunidad desaparecerá —se justifica Eli.

—Deberías venir. Tal vez consigamos un chico lindo para ti. Sabes que Adam está ocupado, pero no es el único chico —comenta Kim.

—No digas eso, alguien podría escucharte, ¡Sophie podría escucharte!

—Cálmate, nadie está escuchando. Entonces, ¿vendrás?

—¡No! Ustedes no entienden —digo molesta.

—Tranquila, es solo un gato, ya aparecerá —termina Kim.

No digo nada, aunque sé que no es solo un gato para mí. Es parte de mi familia.

Cuando estoy de camino a casa vuelvo a ver a Christian irse en bicicleta. No nos decimos nada.

Apenas llego, voy de nuevo a la calle a buscar a Sunny. Decido continuar donde lo dejé ayer. Paso frente a la casa de Christian y la cochera está abierta. Lo veo, pero él no me ve a mí porque está concentrado destrozando un saco de boxeo. Tiene la sudadera empapada. Toma un pequeño descanso y es cuando me ve. Caigo en cuenta de que estoy parada observándolo como una acosadora. No sé si debería saludarlo ahora que me vio, pero lo más cercano a eso que puedo hacer es mover la cabeza en forma de saludo. Después de unos segundos él me responde de la misma manera y luego entra en su casa.

Me siento tonta ahí parada, así que continúo.

Llego mucho más lejos, pero de nuevo mi madre me obliga a volver.

Al día siguiente el almuerzo es igual de insoportable e incluso más porque Eli ha logrado hacerse amiga del chico que le gusta y habla con él todo el tiempo. Nadie más conversa conmigo. Levanto la vista y al fondo está de nuevo él, observándome.

Me pregunto si es preferible comer sola o estar rodeada de personas que dicen acompañarte, pero solo te ignoran.

Nos miramos por largo rato, como retándonos a ver quién aparta la mirada primero. Al final soy yo la perdedora.

Anoche me quedé hasta muy tarde haciendo mi tarea y volví a verlo pasar muy lentamente por mi casa.

—¿Ustedes saben algo de Christian? —pregunto a mis amigas mientras caminamos por el pasillo.

—¿Quién? —cuestionan al mismo tiempo.

—Christian, el chico... raro —me siento estúpida al decirlo así, pero es la

única manera que encuentro para que sepan de quién hablo.

—Ah... —dice Kim—. Parece que usa drogas y está en una pandilla o algo así. Dicen que está lleno de cicatrices.

—Yo escuché que estuvo en la cárcel —agrega Eli—. ¿Por qué preguntas? ¿Te gustan los chicos malos?

—No, solo lo vi cerca de mi casa cuando estaba buscando a mi gato y me di cuenta de que nunca le había prestado atención en realidad.

—Mantente alejada de él si no quieres problemas —advierte Kim.

Estoy por preguntarles una vez más si me acompañarían en mi búsqueda, pero cada una comienza a recitar los planes que tienen para después de clases que desisto.

—¿Y si mis hermanos me acompañan? —ruego a mi madre cuando llegamos a casa.

—Son unos niños.

—¿Y mi padre?

—Él llega muy cansado de trabajar, no debes molestarlo con esto.

—¿Y tú?

—¿En serio? No ves todo el trabajo que me dan tus hermanos y ahora tú también. No puedo con todo, Isa.

No contesto nada y salgo llorando hacia la calle. Cuando paso por la casa de Christian tiene la cochera abierta de nuevo, pero no lo veo, así que continúo.

Voy a una tienda cercana y después de ver mis ojos llorosos me dejan pegar mi cartel en su puerta y ventanas.

Cuando estoy por regresar a casa me siento impotente, como si no

estuviera haciendo lo suficiente, pero no sé qué más hacer. Estoy tan perdida en mis pensamientos que no noto que estoy por pasar por la misteriosa casa de nuevo y esta vez no voy por el frente, decido que ya es demasiado tarde para cruzar, así que solo miro al frente y continúo caminando.

Escucho sus golpes contra el saco de boxeo, más que verlo.

Cuando creo que ya estoy a salvo, oigo su voz llamarme.

—Isabella —me detengo sin volverme. Mi nombre suena raro en su voz, no de una mala manera.

Al fin lo miro.

—Hola —saludo.

Su cabello oscuro y mojado casi cubre sus ojos.

—¿Qué tal la búsqueda? —pregunta sin moverse de su sitio al igual que yo.

—No lo he encontrado.

—Lo siento —lo dice oyéndose sincero.

Nos despedimos con la cabeza mientras él vuelve a caminar en dirección de su casa.

Cuando lo pierdo de vista me siento un momento en la acera, ya está por anochecer y tendré que volver. Unas lágrimas caen en las hojas que tengo sobre mi regazo y trato de secarlas, pero despintan un par de letras.

—¿Por qué es tan importante? —su pregunta me sobresalta porque no lo escuché regresar.

Veo sus zapatillas negras de deporte gastadas a mi lado y trato de secar mis ojos antes de mirarlo.

Él se sienta a mi lado, pero dándome el espacio suficiente para que no me

sienta invadida.

—¿Has amado a un animal alguna vez? —pregunto con la voz aún afligida.

—No, nunca he tenido una mascota.

—Entonces nunca lo entenderías.

Debería irme, pero no consigo moverme esperando su próxima palabra.

—Pero no soy tonto.

—¿Cómo puedes explicar los colores a alguien que no puede ver?

—Eres la más lista de la clase, inténtalo.

Me quedo en silencio sin saber qué decir. Es obvio que él sabe mucho más de mí, que yo de él.

—Para mí no es un simple gato. Es uno de mis amigos, incluso más que eso, es parte de mi familia. Es mi guardián, mi compañero, confidente, mi apoyo, ese alguien que sabe respetar mis silencios y siempre está ahí cuando lo necesito. Sé que él nunca me abandonaría por eso yo no lo haré, no me cansaré de buscarlo.

Después de decir todo esto me siento vulnerable frente a un completo desconocido.

Él observa la calle sin decir nada. Mi teléfono suena, es mi madre.

—Sí, mamá. Ya voy —digo antes de que ella hable y luego cuelgo.

—¿Lo has buscado en el parque que está cerca de aquí? En la noche hay muchos gatos rondando por allí.

—Mi madre dice que es muy peligroso que ande sola.

Me observa en silencio.

—Te acompañaré —dice al fin y luego parece arrepentido de su arrebato, mira hacia la calle de nuevo—. Si tú quieres...

No sé qué responder, ni siquiera se lo había pedido, nunca hubiera pensado en hacerlo.

Todas las personas a las que se los pedí, me rechazaron. Ese es el momento en el que comienzo a verlo de una manera diferente, pero entonces recuerdo las palabras de mis amigas.

Me pongo tensa al no saber cómo reaccionar.

—Puedes preguntar en casa, mi oferta seguirá en pie —dice mientras comienza a levantarse—. De todas maneras yo paso por ahí casi cada noche, echaré un vistazo.

—¿En serio? Gracias —contesto emocionada al permitirme tener una pizca de esperanza.

Creo ver el comienzo de una sonrisa pero él la detiene antes de que se asome a sus labios.

—Adiós, Isabella —se despide mientras comienza a caminar.

—Adiós —le digo a su espalda sudorosa.

¿En serio estoy pensando en aceptar su oferta? Es la mejor que tengo hasta el momento, pero es él y no lo conozco. Dicen que es peligroso, pero al estar a su lado no me sentí en peligro. Todo lo contrario. Aunque de noche tal vez no sienta lo mismo. Tendré que pensarlo, pero no tengo mucho tiempo. Cada minuto cuenta.

Investigué en internet y leí que los gatos domésticos viven entre doce y quince años, si son bien cuidados incluso mucho más. Los gatos callejeros entre tres a seis años, eso si tienen suerte. Mientras que los gatos domésticos extraviados o abandonados en las calles no suelen superar los seis meses. Y además, solo el cinco por ciento consigue regresar con su familia humana.

Esos datos hacen doler tanto mi corazón, que aceptaría cualquier oferta

que me permitiera recuperar a mi compañero.

CAPÍTULO 3



—Mamá, papá, ¿puedo ir con un compañero a buscar a Sunny? —pregunto mientras estamos cenando en la mesa.

—¿Qué compañero? —papá se muestra interesado.

—No sé si lo conocen, vive cerca. Se llama Christian.

—¿Christian? —cuestiona mamá buscando en su mente, tratando de encontrar una cara para ese nombre.

Espero que no sepan lo que se dice sobre él en la escuela.

—¿No será Christian, el hijo de Michelle Hamilton?

—¿Qué? De ninguna manera —papá se niega.

Parece que ellos saben todavía más de lo que yo he escuchado.

—¿Por qué?

—¿Es que tú conoces a ese chico? ¿Es tu amigo? —interroga mamá.

—Es mi compañero de la escuela.

—Esa no fue mi pregunta, no puedes ir con él —asegura ella.

—Espera al fin de semana —ofrece papá—. Tal vez pueda acompañarte.

—¿Tal vez? Hoy es miércoles, ¿por qué no puedo ir con él?

Mis hermanos observan divertidos la escena, yo nunca discuto con mis padres.

—Bueno, su familia no es muy reconocida por sus... —observa a mis hermanos antes de encontrar cómo decirlo—. Buenas acciones.

—¿Buenas acciones? ¿Eso qué quiere decir? Él fue muy amable al ofrecerse para acompañarme.

—Es un chico problemático, no te harás amiga de alguien así —dice papá.

Nunca me habían prohibido tener amigos, en realidad siempre me animaban a que hiciera alguno. Antes de Kim y Eli era una chica solitaria, ellos se quejaban mucho de eso.

Cuando terminamos de cenar y estoy lavando los platos, la curiosidad no me deja en paz.

—¿Qué es lo que sabes de Christian y su familia? —cuestiono a mi madre.

Ella suspira derrotada.

—No me gusta hablar mal de la gente, pero es lo que he escuchado en el vecindario. Se dice que su madre es o era prostituta, ¿sabes lo que es eso?

—Mamá, no tengo cinco años —ruedo los ojos.

—Eso me recuerda que tenemos que hablar de... ya sabes... chicos.

—¡Mamá! Sé lo que tengo que saber.

—¿En serio? ¿Y se puede saber cómo? —pregunta alzando la voz.

—No cambies de tema.

—Está bien. También se dice que su padre vende drogas y al parecer el chico también. Tiene un hermano menor, de seguro seguirá el mal camino, con esa clase de ejemplo.

—Esas son muchas cosas malas para hablar sin tener la certeza.

—Solo te digo lo que oigo, pero sabes el refrán. Cuando el río suena — hace una pausa prolongada—. Prométeme que no saldrás con él.

—Solo lo estaba considerando —comento sin prometer nada.

—Bueno, ve a descansar. ¿No estás descuidando tus deberes?

—Tranquila, lo tengo todo controlado —miento.

Subo a mi habitación pensando en todo eso. Debería sentir miedo de volver a encontrarme con él, pero no es así. Y no entiendo por qué.

Sisy, la mayor de mis gatos, tal vez sea por la edad o simplemente su carácter, pero es aburrida por así decirlo; no te atrevas a intentar acariciarla sin sufrir las consecuencias. Pero tiene una particularidad que mis otros gatos no, es una gata masajista o lo era. Hace mucho tiempo que en vez de masajes, da sesiones de acupuntura con sus uñas. Especialmente cuando la toco accidentalmente en la cama despertándola.

Sin embargo, hoy cuando me ve en mi sillón junto a la ventana llorando, se detiene, me observa unos segundos analizando la situación; luego se sube al sillón mientras permanezco inmóvil esperando su siguiente movimiento. Se sube a mi regazo y decide que lo que necesito es una buena sesión de masajes con ronroneo incluido.

Apenas respiro para evitar molestarla, pero también para tratar de conservar este momento porque es por estas cosas que los gatos son tan especiales para mí. Poseen una sensibilidad y magia que no he encontrado en ningún otro animal.

Cuando pasa un largo tiempo decido arriesgar mi suerte e intento acariciarla y ella se deja, creo que sabe que es lo único que me puede hacer sentir bien al menos por un momento.

Veo a Christian pasar, yendo a donde sea que va todas las noches. Tal vez sí vende drogas como todos dicen, o vaya a reunirse con su pandilla en aquel parque que mencionó.

Creo que todos tienen razón y no sea buena idea perderme en la noche con un chico de mala fama que apenas conozco, pero definitivamente tengo que hacer algo más. Aunque tenga que hacerlo sola.

Cuando todas las luces están apagadas y pienso que todos duermen me escabullo hacia abajo.

Sofía viene hacia mí, es la perra de mis hermanos. Siempre sonrío cuando digo eso. Ella comienza a mover su cola y a intentar que la acaricie. Lo hago un momento para tranquilizarla. Ella es demasiado grande y tiene un parecido a los Golden retriever, aunque es mestiza.

—Bien, Sofi. Ahora saldré y por favor te pido que no ladres porque despertarás a todos y me meteré en muchos problemas, ¿entiendes?

Ella me observa e intenta lamer mi rostro.

—Tomaré eso como un sí.

Voy por la puerta trasera, pero recuerdo que siempre chirría cuando la abren y nadie nunca hace nada por arreglarla. Hago una nota mental para hacer algo al respecto después.

La abro lo menos posible y me escabullo luchando con Sofi que también quiere salir.

—Tú te quedas aquí. Vigila que nadie se dé cuenta de mi ausencia — susurro esperando que pueda entenderme.

Voy apegada por un lado de la casa, y cuando llego a la calle me siento

eufórica. Corro sin saber muy bien dónde ir. Cuando me detengo y observo a mi alrededor veo que esto se ve mucho más espantoso de noche y sin nadie alrededor por la calle.

Miro por los arbustos y rincones oscuros que encuentro.

—Miau... —trato de llamar a Sunny sin despertar a nadie.

Me detengo cuando veo a un gato cruzar la calle, pero es blanco. Corre cuando trato de aproximarme a él. Creo que no es muy sociable.

Mientras más me alejo, comienzo a pensar que tal vez mis padres tengan razón y sea peligroso que esté por aquí sola. Pero si decidí correr el riesgo, al menos debe valer la pena, así que camino hasta el parque que Christian mencionó; a lo mejor él esté ahí. Aunque no sé si eso sea malo o bueno.

Cada paso que doy retumba en el silencio de la calle, escucho mi respiración acelerada. Un automóvil pasa cerca de mí y pienso que es incluso más peligroso encontrarme con alguien. Si no estuviera tan cerca del parque regresaría a casa ahora mismo.

Nunca me gustó este parque, y después de esta noche no me gustará jamás. Pero Christian tiene razón; veo un par de gatos cerca de una banca rota. Trato de observarlos desde lejos para no espantarlos. Uno es gris entero y el otro naranja. Me acerco a ellos paso a paso, pero se dan cuenta de mis intenciones. Obviamente no espero que dos gatos callejeros vengán solos hasta mí, pero puedo soñar.

Algo más se mueve en las sombras y estoy segura de que vi algo blanco pasar corriendo, voy hacia el lugar diciendo “miau”. Debo de parecer una loca, pero afortunadamente nadie me está viendo o eso creía hasta que oigo unas voces detrás de mí, riendo. Se me hiela la sangre.

El gato que perseguía se deja ver y compruebo que no es Sunny, pero ya es demasiado tarde.

Decido caminar en dirección contraria de las voces, lo hago sin mirar hacia atrás.

—¡Hey! ¿A dónde vas, gatita? —pregunta uno y los demás se ríen. Sigo caminando y uno de ellos corre para colocarse delante de mí, entonces compruebo que estoy en problemas porque además tengo a dos más detrás.

—¿Por qué la prisa? ¿Estás buscando algo? Tal vez podamos ayudarte —ofrece otro con una sonrisa escalofriante.

—No, gracias. Yo ya me iba —vuelvo a intentar caminar, pero se vuelven a colocar frente a mí.

—Déjenme pasar —digo tratando de que mi voz no denote el temor que siento.

—¿O sino qué? ¿Por qué no te quedas con nosotros un rato? La pasarás bien —él termina tocando un mechón de mi cabello que se me había caído en la cara.

Su olor es repugnante, como nada que haya olido antes. Otro toma mi brazo y es cuando sé que tengo que pedir ayuda porque no podré defenderme de ellos tres.

—¡Suéltense! ¡Auxilio!

No soy una chica menuda, pero ellos son más grandes y fuertes que yo.

Soy una estúpida, haré tanto daño a mis padres si es que estos tipos están armados y me matan aquí mismo después de que obtengan lo que quieren.

Todos escuchamos el sonido de algo caer y miramos para ver de qué se trata.

Hay una bicicleta tirada a un lado de la calle y veo a Christian venir hasta nosotros. Pienso que este es el lugar donde se reúne con su pandilla, que deben ser ellos, y por eso mencionó este sitio.

—¡Suéltense! —advierte sin dudas y veo lo equivocada que estaba.

—¡Tú no te metas! —habla el que parece ser el líder.

—¿Qué hacen aquí? Este no es su lugar —no suena asustado como lo estoy yo.

—Pues no veo a nadie por aquí —se ríe el otro.

—Imbécil, no lo voy a repetir —advierde Christian subiendo más la voz.

—Deja de jugar al héroe, puedes unirme a nosotros si quieres —ofrece acercándosele mientras que él se queda un momento pensativo y yo estoy temblando porque si acepta, no tengo ninguna oportunidad de regresar a casa sana y salva.

Pero él hace algo inesperado tanto para ellos, como para mí. Es menos de un segundo, pero puedo ver cómo en cámara lenta el puño de Christian corta el aire y golpea la cara del chico que no lo ve venir. A partir de ese momento todo se acelera de nuevo y todos se abalanzan sobre él.

—¡Vete! —grita mientras da y recibe golpes.

No lo pienso y comienzo a correr sin fijarme en el rumbo, solo quiero alejarme y que esta noche sea una pesadilla.

Sigo corriendo mientras mis pulmones exigen más aire, pero cometo el error de mirar hacia atrás.

Ahí está un chico recibiendo golpes para que yo pueda escapar, pero claramente está en desventaja. Puede encargarse de dos, pero el tercero lo ataca por la espalda y él cae. Me detengo. Él no lo logrará solo.

Me arrepentiré de esto más tarde, pero en lugar de alejarme, decido regresar.

Encuentro una rama caída, la tomo y sin pensarlo corro y ataco a uno por la espalda, esto lo desestabiliza lo suficiente como para que Christian patee una de sus piernas y caiga al piso golpeando su cabeza.

Christian empuja a uno lejos y golpea en el estómago al otro como lo hace con el saco de boxeo que tiene en su casa. Esto le saca todo el aire y él se aleja sin poder hablar.

—¿Sabes qué? Esto no vale la pena. Quédatela, ni siquiera está tan buena —dice el líder, mientras Christian se coloca delante de mí para protegerme.

—Pues váyanse ya, imbéciles. O le diré a Rob que los vi por aquí.

Eso los hace cambiar su actitud.

—Vete a la mierda —contesta uno de ellos antes de que todos se marchen.

No nos movemos hasta que los vemos desaparecer en la oscuridad.

Él sigue respirando con dificultad, su torso se expande en cada respiración haciéndolo parecer más grande. Se vuelve hacia mí y me quita la rama que no sabía que seguía en mis manos, la lanza hacia un costado.

Su cara está llena de sangre, al igual que sus manos.

—Eso fue tan estúpido —me reprende luciendo cansado y enojado—. ¿Te das cuenta de lo que acaba de pasar? ¿Por qué estás aquí sola? ¡Te dije que te acompañaría!

Con cada palabra luce más y más enojado.

—¡Deja de gritarme! Tenemos que ir al hospital, estás sangrando mucho, tal vez necesites puntos.

—No iremos a ningún lado que no sea tu casa. Ya me encargaré de esto —mira sus manos—, más tarde.

Comienza a caminar y levanta su bici, luego espera a que yo llegue a su lado y seguimos sin decir nada.

El sonido chirriante de la cadena resuena y se une al sonido de una patrulla viniendo.

—¡Mierda! Vamos detrás de ese arbusto —me urge.

—¿Por qué tenemos que escondernos? No somos los malos.

Luego recuerdo una vez más que no lo conozco.

—¿Quieres que tus padres se enteren de esto?

No respondo y lo sigo. La bicicleta es más difícil de esconder, pero lo logramos justo a tiempo para ver las luces rojas y azules pasar.

Tal vez alguien escuchó la pelea y llamó a la policía.

Estamos muy cerca, sin embargo no puedo ver de dónde proviene exactamente la sangre de su rostro, pero sí veo sus ojos resaltando a pesar de la poca luz. Está sudado y extrañamente huele a hamburguesas.

—Lo siento —susurro frente a él y veo un poco de su enojo desvanecerse.

—No vuelvas a hacer algo así —asiento mientras él toma el mismo mechón de cabello que se me había caído antes y lo coloca detrás de mi oreja, pero esta vez no siento el rechazo que sentí cuando ese chico del parque hizo lo mismo.

Él se da cuenta de que hizo algo indebido y mira hacia otro lado.

—¿De dónde conoces a esos chicos? —no puedo evitar preguntar.

—No importa. Vamos, ya estamos cerca de tu casa.

No comento que en realidad no le he dicho donde vivo, tal vez me haya visto al pasar.

—¿No vendrán de nuevo por aquí? —me refiero a la policía.

—No lo creo —asegura sacando la bicicleta. Volvemos al silencio.

—Puedo ir a tu casa y ayudarte con eso —señalo su cara y manos.

—No —me corta—. Estaré bien.

Él comienza a alejarse cuando me deja frente a mi casa.

—Christian —trato de llamarlo sin gritar y él mira hacia mi dirección—,
Gracias.

Se marcha y vuelve la vista atrás un par de veces para ver si ya he entrado, la tercera vez que lo hace se queda mirándome hasta que al final lo hago.

Escucho a Sofi lloriquear y arañar la puerta que estoy intentando abrir. Casi espero encontrar a mis padres al otro lado, pero milagrosamente parece que su alboroto no consiguió despertarlos.

Cuando logro llegar a mi cama, estoy tan aliviada y agradecida con la vida o con cualquier fuerza misteriosa que hizo que Christian pasara por ese lugar justo en ese momento.

Christian.

¿Cómo estará?

¿Qué dirán sus padres cuando lo vean así?

¿Cómo se sentirá ahora?

Me baño tratando de hacer el menor ruido posible porque no puedo sacar ese olor asqueroso de mí, a pesar de eso lo recuerdo perfectamente.

Al final de la noche estoy triste porque aún no encuentro a mi gato, pero he descubierto el lado más humano de Christian. Ese chico hasta ahora desconocido para mí. Creo que solo llamamos “raro” a alguien que no podemos comprender.

CAPÍTULO 4



Apenas abro los ojos cuando todo lo que viví anoche se abalanza sobre mí en forma de tormenta, que no deja de inundar mis pensamientos con cosas negativas.

La imagen de Christian todo ensangrentado me retuerce el estómago y me hace querer esconderme en mi habitación todo el día.

¿Cómo estará ahora?

Seguro que ha despertado muy dolorido.

Desayuno junto a mi familia que ignora que anoche algo muy malo estuvo a punto de ocurrirme. Miro a Sofi que se sienta a mi lado y me observa. Ella es la única que sabe que salí, pero no lo dirá.

—Come más rápido, hija, que se nos está haciendo tarde —me apura mamá. Ella vive con un pie en el acelerador.

—No tengo hambre —murmuro.

—Estás muy pálida —observa papá—. Si sigues así tendré que llevarte al médico.

—O a un psicólogo —agrega mi hermano.

—¿Y por qué a ti no te llevamos a un orfanato?

—Porque tengo padres, idiota.

—¿Estás seguro? ¿Y si te dijera que eres adoptado?

—¡Basta! —nos frena mamá—. Vamos, todos al auto.

En realidad no suelo discutir a menudo con mis hermanos, pero hoy estoy de pésimo humor. Y no puedo sacar de mi cabeza la idea de que alguno de ellos sea el culpable de la desaparición de mi gato.

Mi padre se va por su lado y nosotros por el nuestro. Ellos ni siquiera se despiden, y me doy cuenta de lo poco que los he estado observando.

¿Desde cuándo sucede esto?

No sé cuándo fue la última vez que vi a mis padres hablar entre sí.

Cuando mi madre me deja en la escuela, trato de buscar con la mirada a Christian, pero no lo veo.

—Isa, has estado muy distraída últimamente. Si no prestas atención a las clases, ¿quién nos salvará? —se queja Kim.

—En serio, ¿qué te pasa? —agrega Eli.

¿En serio?

¿Qué me pasa?

¡Si me prestaran un poco de atención sabrían qué es lo que me pasa!

¡Sabrían por qué estuve a punto de morir anoche!

—Nada —es lo único que digo porque estoy cansada y no quiero discutir.

—¿Podemos ir a tu casa hoy para que nos ayudes?

¿Ayuda?

¿Por qué yo tengo que ayudarlas y ellas no pueden ayudarme a mí?

—Tengo cosas que hacer —me niego sintiéndome mal por decirles que no.

—¿Qué cosas? No es como si tuvieras un novio —ambas sonríen.

—No, supongo que no. Pero hay más cosas en la vida que un chico —comienzo a alejarme de ellas.

—Isa, espera. Disculpa, no quisimos decirlo así.

—Está bien —concedo.

—Ven, vamos a almorzar —ambas caminan conmigo, una a cada lado.

Los chicos nos miran y me siento importante.

Vamos por nuestros almuerzos cuando lo veo y él también me nota, tiene la cara llena de moretones azulados, un corte en la ceja y otro en el labio. Supongo que de ahí es de donde venía la sangre.

—¡Dios! ¡Ya vieron al raro ese! —comenta Eli—. De seguro se peleó con su pandilla.

Siento el deseo de defenderlo, pero mi cobardía gana y callo. Tendría muchas cosas que explicar si hablara.

—¡Qué asqueroso! ¿Cómo lo dejan entrar así a la escuela? —agrega Kim con repugnancia.

Miro hacia el piso, pero eso no evita que sienta su mirada.

La única silla disponible de la mesa me obliga a mirarlo de frente, él no aparta los ojos de mí.

No escucho nada de lo que dicen alrededor. Quisiera ir y preguntarle

cómo se encuentra, darle las gracias de nuevo por salvarme, pero solo me quedo inmóvil fingiendo no conocerlo. Fingiendo que pertenezco a este grupo de personas con las que no tengo nada en común.

Apenas toco mi comida, mi postre es un *cupcake* de chocolate, mi favorito, pero no lo pruebo. Lo guardo en secreto cuando todos se levantan.

En mi última clase del día lo encuentro al fondo, como siempre. Ya no me mira.

En mi asiento, vuelvo la vista atrás, pero él está garabateando algo en su cuaderno y no levanta la vista.

Aquí no están Kim y tampoco Eli, pero aun así no soy capaz de levantarme e ir hasta él.

Cuando la clase termina espero que todos salgan, él también se queda. Me acerco al fin sin saber qué decir. Es obvio que se ha dado cuenta de que lo he estado ignorando.

Sigue en lo suyo cuando me paro frente a él. Saco el *cupcake* de mi mochila y lo coloco en su mesa. Él se queda inmóvil y lo observa, no le diré que estos son mis favoritos y que este es mi pequeño sacrificio por él.

—Lo siento —susurro antes de hacer la huida más vergonzosa de la historia.

Estoy tan avergonzada. No dejo de pensar en él en todo el camino a casa.

—¿Estás bien? —pregunta mamá cuando llegamos.

—Sí, solo iré a buscar a mi gato.

—¿Hasta cuándo seguirás con eso? ¿No estás descuidando demasiado la escuela?

—No, mamá. Todo está bien con mis estudios —miento—. Y seguiré hasta que lo encuentre.

Después de consentir a mis otros gatos y mi coneja, bajo y me despido de todos antes de salir. La verdad, me da un poco de temor, después de lo de anoche; tal vez esos chicos pueden volver, pero no puedo dejarme paralizar por el miedo. Además, tengo algo que hacer.

Respiro hondo cuando llego frente a su casa, está todo cerrado y no veo a nadie cerca. No veo timbre, así que toco con los nudillos en la puerta, primero lo hago tímidamente, después con más energía porque parece que nadie ha escuchado.

Salto cuando un cristal parece hacerse añicos dentro de la casa. Me quedo mirando a los lados sin saber qué hacer. Estoy por dar media vuelta e irme cuando la puerta se abre.

Él está sorprendido de verme.

—Hola —saludo—. Solo quería saber cómo estabas, debí preguntártelo hoy en la escuela, pero...

Otro cristal se rompe y alguien maldice. Él mira hacia atrás preocupado.

—No tengo tiempo ahora —dice sin dejar de mirar atrás.

—Disculpa, no quise molestar.

—No te metas en problemas hoy y vuelve temprano a casa —dice antes de cerrarme la puerta en la cara.

Me siento tonta y enfadada inmóvil ahí. ¿Qué fue eso?

Cuando comienzo a alejarme, creo escuchar una discusión dentro, la voz enojada de Christian contra otra mucho más grave.

¿Debería irme? ¿Será su padre?

Continúo caminando, sintiendo preocupación a pesar de que él no es mi amigo.

Esquivo el parque en el que estuve anoche y me dirijo hacia otra

dirección. Algunas personas me cierran la puerta en la cara al decirles que estoy buscando a mi gato. Supongo que no es mi día.

Después de no tener noticias y cuando veo el sol ponerse, decido volver a casa.

Cuando entro noto algo raro. No veo a mamá por ninguna parte. Papá viene bajando seguido de mis hermanos, que están vestidos como si fueran a salir.

—Íbamos a buscarte —anuncia papá.

—¿Por qué? No es tan tarde —digo mirando el reloj.

—Solo iremos a cenar fuera —encoge los hombros.

—Iré a alimentar a mis gatos.

—Ya lo hicimos —informan mis hermanos.

—Está bien —dejo mis volantes junto a la entrada—. ¿Dónde está mamá?

—No se siente bien, por eso iremos solos.

—¿Qué tiene?

—Solo un dolor de cabeza, no te preocupes —comenta papá restándole importancia.

Él no luce preocupado, así que supongo que yo tampoco debería hacerlo. Tal vez solo quiere darle una noche libre, así que los sigo hacia afuera sin hacer más preguntas.

Mi hermano Oliver gana el asiento del copiloto, pero no discuto con él y voy atrás.

—¿Y bien, qué quieren cenar? —pregunta papá.

—¡Hamburguesas! —gritan mis dos hermanos al mismo tiempo.

—¿Estás de acuerdo? —papá se dirige a mí por el espejo retrovisor. Encojo los hombros porque me da igual—. Bueno, hamburguesas será — concede arrancando el auto.

Voy por el camino mirando hacia todos los rincones que encuentro, aprovecho el paseo para seguir buscando.

Vamos a un *McDonald's* que es el más cercano a casa, aunque no está tan cerca en realidad. Mis hermanos son los primeros en bajarse felices cuando llegamos.

Camino al lado de papá. Me detengo de golpe al llegar a la puerta y ver lo que está pegado en ella.

—¿Estuviste por aquí también? —pregunta mi padre mirando lo mismo que yo.

Lo dudo un momento porque estoy asombrada, pero definitivamente sé que no estuve por aquí y que yo no coloqué ese cartel con la foto de mi gato. Solo asiento sin decir nada porque todavía no comprendo lo que sucede.

Me siento mirando alrededor, tratando de encontrar algo o alguien que me pueda dar una respuesta, pero cuando estamos acabando aún no lo consigo entender.

Pocas personas saben de esto y aunque he dejado un volante en cada casa a la que he ido, me cuesta imaginar a uno de mis vecinos haciendo esto por mí. Ni siquiera creo que los del refugio lo hayan hecho. Entonces alguien aparece en mi mente, pero es imposible, ¿cierto?

—Necesito ir al baño —anuncio levantándome. Ellos siguen comiendo.

En el camino me acerco a una camarera que está limpiando una mesa.

—¿Disculpa? —ella me mira—. Sobre el cartel...

—¿Sabes algo del gato perdido?

—Oh, no... es mi gato.

—Oh, debes ser amiga de Christian.

¿Christian?

—¿Él? —pienso en voz alta.

—Está en la cocina, no creo que pueda salir temprano hoy.

¿Él trabaja aquí?

—Está bien, no importa, gracias —camino hasta el baño y me quedo un momento ahí.

No puedo creer que él haya hecho algo así por mí. Ahora sé por qué sacó más de una hoja aquella vez. Debería agradecerle.

Cada día sé más cosas de él. Cosas que no se ven a simple vista. Todas ellas muy diferentes a las que todos dicen.

No creo que sea un vendedor de drogas, ni que esté en una pandilla. Ahora sé que trabaja en un *McDonald's* por las noches y por eso llega tarde a su casa, aunque no podría asegurarlo. Lo único de lo que estoy segura es que me ofreció su ayuda cuando nadie más lo hizo, que se arriesgó a defenderme cuando estaba en desventaja, que colgó un cartel en su trabajo cuando ni siquiera se lo había pedido y además sé que yo soy una estúpida.

Salgo del baño cuando mis hermanos ya terminaron de comer.

—¿Qué hablabas con la camarera? —quiere saber mi padre—. ¿Necesitas algo?

—Cosas de chicas —todos callan entendiendo otra cosa.

—¿Vas a terminar? —señala mi comida.

—No, no tengo hambre.

—Está bien, entonces vámonos.

Me volteo una última vez hacia la cocina, esperando verlo, pero por supuesto no es así.

De camino a casa hago lo mismo, pero mi búsqueda sigue siendo infructuosa.

La casa está en silencio cuando entramos.

—¿Puedo ir a ver a mamá? —pregunto mientras subimos las escaleras.

—Es mejor que no, dijo que tomaría algo para dormir, mañana estará mejor —asegura mi padre—. Buenas noches, niños.

—Buenas noches —respondemos todos antes de entrar a nuestras habitaciones.

Mis hermanos duermen en la misma habitación y es la última en quedarse en silencio. Cuando es así, sé que al fin se han dormido. Tengo un plan que se ha estado gestando todo el camino a casa.

CAPÍTULO 5



Bajo conteniendo la respiración, Sofi me espera al pie de las escaleras con la lengua afuera. Trato de contenerla cuando se abalanza sobre mí. Cubro su boca con mis manos para evitar que ladre. Repito el procedimiento de escapar por la puerta trasera mientras ella quiere venir conmigo. La llevaría si no asustara a todos los gatos que encuentre.

Me quedo delante de mi casa esperando que él pase por ahí. Espero que eso no haya ocurrido todavía.

Miro mi teléfono constantemente revisando la hora y cuando estoy por rendirme lo veo acercarse, espero a que esté lo suficientemente cerca para salir de mi escondite.

Está a punto de caer de la bicicleta y es casi gracioso, pero no me atrevo a reír, porque aún no tenemos esa confianza.

—¿Qué estás haciendo? —pregunta intentando no subir demasiado la voz. Mira hacia todos lados, en especial a mi casa.

—Te estaba esperando.

—No debes estar aquí, ve adentro —me habla como a una niña y no me gusta.

—No iré a casa. ¿Puedes acompañarme?

—¿Ahora? cuando te ofrecí mi ayuda, imaginé unas cuantas horas menos —dice mirando su reloj.

—Es la única hora que puedo.

—¿Por qué?

—Haces muchas preguntas. Si te arrepientes de tu propuesta, lo entiendo. Iré sola.

—¿Te atreverías a ir sola después de lo que pasó la última vez?

No, no lo haría, pero no tiene por qué saberlo.

—Sí, lo haré —aseguro tratando de sonar convincente.

Dice un par de malas palabras mirando hacia otro lado.

—Está bien, te acompañaré —doy pequeños saltos de alegría mientras sonrío—, pero primero debo ir a casa por un momento.

—De acuerdo, voy contigo.

—No tienes que hacerlo, puedo ir y volver.

—No importa.

Parece reacio, pero al final sabe que no vale la pena discutir. Caminamos en silencio, con la bicicleta entre nosotros.

—¿Cómo estás?

—Mejor que ayer.

—¿Te duele mucho? —señalo su rostro.

—Solo cuando sonrío —dice serio.

—Es una suerte que nunca lo hagas —digo sería también y entonces sucede algo inesperado, es breve pero puedo verla. Una sonrisa tan diferente a las que he visto últimamente en toda la gente que conozco.

—Lo siento por no acercarme hoy —aseguro.

—Lo entiendo —me corta—. Gracias por el *cupcake*.

—Gracias por lo del cartel en tu trabajo —luce avergonzado y no sé por qué.

—No fue nada.

—Fue mucho para mí —afirmo y nos miramos.

—Dejaré la bici. ¿Puedes esperarme aquí? —señala la entrada.

Comprendo que no me invite a pasar por la hora, así que me quedo donde me indica.

No le pregunto por la bolsa que lleva, sospecho que es comida. ¿No habrá cenado? Comienzo a sentirme culpable. Ese pensamiento me encoge el estómago y prefiero no pensar en lo que eso significaría.

Está dentro un poco más del tiempo que imaginé y comienzo a inquietarme cuando al fin la puerta se abre.

—Siento hacerte esperar tanto.

—No importa.

Quiero preguntarle qué le tomó tanto tiempo o qué pasó en su casa en la tarde, pero no lo hago.

—¿Estás segura de que quieres hacer esto? Podemos esperar hasta mañana y comenzar la búsqueda más temprano.

—No, ya estoy aquí. Hagámoslo.

Él comienza a caminar hacia la calle y yo lo sigo.

—¿Por dónde comenzamos? ¿Crees que esos chicos estén por aquí?

—No lo creo —contesta seguro.

—¿Cómo lo sabes? —curioso.

—Solo lo sé —contesta mirando hacia otro lado. No pregunto más—.
Vamos por aquí.

—¿A dónde?

—Hay un centro comercial cerca. Detrás hay unos contenedores de basura. Muchos animales de la calle van buscando alimento por ahí. También podemos ir al supermercado.

—¿Cómo sabes de esos lugares?

—La vida puede ser dura —es lo único que me ofrece y aunque no lo entiendo no hago más preguntas.

Vemos algunos animales como él dijo, se me parte el corazón, pero ninguno es Sunny.

—He pasado muchas veces por aquí, de día y nunca vi esto —digo señalando todos los animales.

—A veces solo vemos lo que queremos ver. Es más fácil mirar el lado brillante de las cosas.

Voy a contestar cuando escuchamos voces cerca. Vienen hacia nosotros. Busco donde escondernos, pero es demasiado tarde.

De la oscuridad sale una pareja. Miro a la chica, la que apenas me ve, pierde la sonrisa.

No lo puedo creer.

Observo su complicidad y sus manos entrelazadas, ella se suelta rápidamente.

Veo su miedo, su maquillaje corrido.

Ninguno de nosotros dice nada.

Lo miro a él. Creo que lo he visto en la escuela, pero no estoy segura. Tiene el uniforme de una tienda. Bajan la mirada y se apresuran a irse.

Sophie vuelve la vista una vez antes de desaparecer en la oscuridad, todo lo que me pide en silencio es que no diga nada.

—Vamos —Christian me devuelve a la realidad.

Lo sigo aún tratando de comprender que la perfecta Sophie, tal vez no sea tan perfecta.

Se me ocurre que tal vez terminó con Adam después de la escuela y está con ese chico por despecho, sí, eso debe ser. Mañana lo comprobaré. No es posible que le esté siendo infiel a un chico como él, no podría ser tan tonta, no podría.

—Deja de pensar tanto —dice Christian.

—¿Cómo sabes eso? ¿Ahora lees la mente?

—Tu mente grita tanto que podría hacerlo si quisiera. Además, ¿por qué estás tan sorprendida?

—¿Por qué tú no lo estás?

—No te imaginarías todo lo que puedo saber, eso no es nada.

Lo observo con curiosidad.

—¿No es la primera vez que ves a Sophie? ¿Por qué lo haría? —me refiero a ella siendo infiel.

—Todos cometemos errores.

—Pero... pero... su novio... —me callo antes de delatarme.

—¿Sabes que ahora ella te amenazará de algún modo o tendrá miedo de ti?

—¿Por qué?

—Porque ahora has visto que no es perfecta, y esa información es peligrosa. Puedes hacer cualquier cosa con ella.

—No creo que haga nada.

—Podrías... y eso es lo que le da miedo.

Me quedo pensando en ello.

—¿Es por eso que la gente tiene miedo de ti?

—¿Eso crees?

—No estoy segura.

—¿Tú tienes miedo de mí?

Analizo la pregunta. Debería tenerlo, ya que no lo conozco, pero no lo hago. Por algo estoy en mitad de la noche con él.

—No —es todo lo que digo.

—Podría saber cosas de ti.

—¿Cómo qué cosas?

—Eso no te lo diré.

—¿Por qué?

—Tengo una reputación que mantener —me suena a broma, pero no estoy segura porque él no sonríe.

Lo dejo estar, porque por ahora creo que no puedo lidiar con nada más.

—Mira —él me detiene.

Sigo su mirada y hay un gato frente a nosotros, es gris con blanco, está sucio. Hago un recuento de todas sus características.

—No es él.

—¿Cómo estás segura? Puede estar más flaco y sucio ahora.

—Sus patas son grises —digo con tristeza—. Las de Sunny son blancas.

—Está bien, sigamos buscando.

Nos quedamos unos minutos más por ahí, diciendo “miau” como dos locos, pero no sintiéndome loca en lo absoluto.

—¿Quieres seguir por aquí un rato más?

—No, vamos al supermercado —contesto.

Allí hacemos lo mismo, con los mismos infructuosos resultados. Me siento tan cansada de fallar, de fallarle.

—Debemos volver —dice mirando su teléfono.

—Creo que sí.

Me doy cuenta de que él sigue observando hacia todos lados, buscando. Eso me hace sonreír, pero él no me ve.

—¿Puedes acompañarme mañana de nuevo? —pregunto cuando llegamos a mi casa—. No quiero abusar de tu ayuda, comprendo si no puedes.

—Vendré por ti —asegura.

—Podemos ir un poco más temprano, aunque no demasiado.

—¿Siempre tienes que salir sin avisar? No deberías hacer eso.

Me avergüenza que piense que hago esto todo el tiempo y por cualquier motivo.

—No me dejan otra opción, pero es solo por mi gato, nunca he hecho algo así antes.

—Y no deberías.

—Lo sé.

—¿A qué hora vengo mañana?

—¿A las nueve?

Lo piensa seriamente un momento antes de aceptar.

—Aquí estaré —asegura y luego se marcha dejándome frente a mi casa.

—Gracias —digo antes de entrar, aunque la verdad es que no quiero que la noche acabe.

Subo de la misma manera, luchando con Sofi. Las escaleras crujen y me detengo un momento esperando que nadie se haya despertado. Veo a Pegajoso salir de mi habitación y venir hacia mí. Se estruja en mis piernas, lo levanto y voy con él hacia dentro. Cierro mi puerta y por fin respiro cuando me siento segura.

Miro por mi ventana, esperando verlo, pero él ya se ha perdido en la oscuridad.

Miro el techo con insomnio, Mitzy se sube a mi estómago y se duerme allí.

Pienso en lo que he descubierto esta noche, y en cómo he estado viviendo en un mundo de fantasía, sin ver cómo son las cosas en realidad.

Como la perfecta Sophie, no es tan perfecta; la pareja perfecta, no lo es; lo que brilla se deslucce al anochecer. Y lo oscuro, de repente se ve más claro.

Yo tampoco soy la hija, la hermana, la estudiante perfecta, pero aun así cuando el día sale finjo serlo. Porque eso es lo que todos esperan de mí, porque a eso es a lo que estoy acostumbrada. Es por eso que como mi avena, aunque la odio; es por eso que no pregunto cuando mamá dice que amaneció mejor aunque veo en su cara que no es así. Es por eso que no hablo ni discuto con mis hermanos en todo el camino a la escuela. Porque estoy acostumbrada a mirar el lado brillante de las cosas, como dice Christian. Porque no sabría cómo enfrentar el lado malo, ese que muchas veces no se ve a simple vista.

CAPÍTULO 6



—¡Psstt! ¡Isa! Isa... —me sobresalto y me siento recta en mi silla. Miro hacia mi costado.

Eli está mirándome alucinada al ver que por poco me duermo en clase. Yo también lo estoy, pero es comprensible, últimamente duermo poco y no sé por cuánto tiempo pueda llevar este ritmo.

—Isa, ¿qué te pasa? ¿Estás enferma? —pregunta después Kim mientras vamos por el pasillo.

—No, solo he estado con un poco de insomnio.

—Si te vas a desvelar deberías venir con nosotras, hay una fiesta hoy.

—No lo creo —niego sin dudas.

—Piénsalo —no dice nada más porque nos encontramos con Matt y los demás.

Lo único que puedo observar es la mano de Sophie en la de Adam, justo como tenía la mano de ese otro chico anoche. Ella no me mira, es más, parece rehuir cualquier contacto visual o verbal conmigo.

Ya no tiene esa actitud altiva y recuerdo las palabras de Christian.

Ahora ella tiene miedo de mí, de lo que podría decir, de lo que ella puede perder.

Entramos todos juntos para almorzar y veo a Christian en su lugar, solo y misterioso como siempre. Come mientras escribe algo en su cuaderno. Si mis acompañantes no fueran tan ruidosos, él no hubiera levantado los ojos y no me hubiera visto. No hace ningún movimiento hacia mí y yo me dejo llevar por la corriente, por estas personas con las que estoy y tampoco digo nada.

Observo a Adam, él sonrío sin saber nada, Sophie intenta que no se note que está nerviosa y si no lo supiera, yo tampoco lo notaría, como todos.

Matt hace una broma y todos estallan en carcajadas. Ella me mira un segundo y luego desvía la mirada hacia otro lado.

—¿Qué sucede? —pregunta Eli que está cerca de mí—. ¿Por qué miras tanto a Sophie? Todos se pueden dar cuenta.

¿Y si le contara a Eli lo que vi?

¿Ella se lo contaría a alguien más?

¿Adam se terminaría enterando?

¿Terminaría con Sophie?

¿Se fijaría entonces en mí?

¡Pero qué estoy pensando!

Tal vez Sophie no sea la chica perfecta, pero él sigue siéndolo y nunca se fijaría en mí.

—Solo me perdí en mis pensamientos, no estaba mirando a nadie —decido no contarle nada, ni siquiera volveré a pensar en ello.

Christian se levanta, pasa cerca de nosotros cuando se va, pero no mira hacia nuestra mesa.

Eli pone cara de asco cuando lo ve, me molesta, pero no digo nada.

—Iremos a tu casa hoy —anuncia Kim cuando salimos.

Por un momento pienso que vendrán a ayudarme a buscar.

—Sí, no entendemos nada de ese trabajo que nos dio el maestro Green. Debes ayudarnos —dice Eli.

Hay un sabor agrio en mi boca con todas las palabras que quiero decir y que callo una vez más.

¿Qué significa la amistad?

Cada día tengo más seguridad de que no es nada comparado a lo que tengo con Kim y Eli.

—Nos iremos contigo —asegura Kim sin preguntarme.

—Está bien —y me odio por no saber decir que no. Además hoy no saldré en la tarde porque iré en la noche.

Así que supongo que puedo hacerlo, además yo también tengo que estudiar, con todas esas excusas aún no me siento mejor.

Cuando estamos afuera esperando a mi madre, una moto pasa muy cerca de nosotros, asustándonos. Saltamos hacia atrás.

—Estúpidos —chilla Kim, recomponiéndose.

—¿Viste eso? Casi nos atropellan, me quejaré con el director, esos mugrosos ya verán —asegura Eli.

—Sé quiénes son, bueno no sé sus nombres, pero es esa chica zombi y su moribundo novio —asegura Kim enojada—. ¿Tú sabes cómo se llaman? —pregunta.

—No —niego—. Ni idea.

También los he visto como ellas, pero al mismo tiempo no los conozco. Pienso si acaso conozco a Kim y a Eli.

Dejo de pensar cuando mamá viene por mí o por nosotras. No es la primera vez que ellas vienen conmigo así que no se sorprende.

Tengo sueño, mucho sueño. Pero me esfuerzo para terminar mi tarea y ayudar a mis amigas para que se vayan temprano, de lo contrario no podré salir.

—¿Se quedarán a cenar? —les pregunta mi madre.

—Yo no puedo, debo volver a casa temprano —dice Kim. Miente naturalmente.

—Yo también, se lo prometí a mi madre —agrega Eli.

—Hacen bien, no deben andar solas de noche.

Cuando mi madre nos deja, ellas por fin pueden reír de sus mentiras.

—¿Estás segura que no quieres venir con nosotras? —susurra Kim cuando se van—. La fiesta estará genial.

—No, me quedaré. Que se diviertan.

—Ve a dormir, porque tienes una cara fatal —dice Eli.

—Sí, eso haré —miento como ellas.

Cuando se van miro mi reloj, aún es temprano, le digo a mi madre que me iré a dormir y ella dice que hará lo mismo.

Cuando es la hora, tomo la llave de la puerta trasera y luego salgo por delante. Papá aún no ha llegado y nadie preguntó por qué mientras cenábamos en silencio.

Christian está parado en la esquina esperándome. Corro hasta él cuando me ve.

—Oye, ¿no tenías trabajo hoy? —pregunto dándome cuenta de que a esta hora debería de estar allí.

—Hoy trabajé más temprano —dice—. De allá vengo.

Huelo las hamburguesas en su ropa, pero no digo nada.

—Entonces, vámonos.

Esta vez nos dirigimos hacia otro lado, él siempre sabe hacia dónde ir. Pero esta vez cuando estamos frente a un enorme perro que nos enseña su dentadura, no estoy tan segura.

Estábamos buscando a Sunny en un agujero que resultó ser la guarida de ese enorme perro negro. Retrocedemos lentamente mientras él nos gruñe.

—No corras hasta que te lo diga —dice él.

Ni siquiera puedo contestar porque estoy aterrada. Seguimos retrocediendo sin hacer movimientos bruscos.

Cuando estamos cerca de una tienda, él jala mi brazo antes de hablar.

—¡Corre! —grita cuando ya lo estamos haciendo.

Nunca he corrido tan rápido en toda mi vida. Cuando llegamos a la puerta, ruego porque no esté cerrada; él la abre, me empuja dentro, entra, cierra y se coloca detrás de la puerta. El perro ladra afuera queriendo entrar.

Mi corazón late tan fuerte que es casi doloroso, pero irónicamente río. Y la risa se convierte en una carcajada frenética que no puedo detener.

Él está preocupado deteniendo la puerta, pero también ríe. Una risa de verdad.

—¡Hey, ustedes! ¿Qué quieren? —pregunta el dueño un poco enojado.

Me calmo antes de hablar.

—Disculpe, solo entramos porque un perro venía tras nosotros.

El señor se acerca y mira hacia afuera.

—Ese perro loco —se queja—. Ha estado espantando a mis clientes por días. Los de la perrera no lo han podido capturar.

Lo observo mejor cuando me siento a salvo.

—Creo que es hembra y parece que tiene cachorros en algún lugar. Tal vez por eso es tan mala.

—¿Y ahora cómo salimos de aquí? —pregunta Christian.

—Deberán comprar algo para que les muestre la puerta secreta —dice el señor con aire de misterio.

Nos miramos volviendo a sonreír.

Compramos una bolsa de papas fritas y refrescos, y el dueño nos lleva hasta una salida que da a la calle de atrás después de dejarme pegar algunos de mis carteles en su puerta y ventanas. A pesar de que el perro sigue al frente nos apresuramos a alejarnos del lugar.

Nos sentamos en la esquina de mi casa. Él abre mi refresco cuando ve que no lo consigo.

—Gracias.

—No deberíamos tomar esto a esta hora. Con todo el azúcar que contiene no podremos dormir.

—No deberíamos estar aquí tampoco —digo dando el primer trago.

Él abre la bolsa de papas y me la ofrece primero. Saco un par y crujen en mi boca, él hace lo mismo.

De pronto recuerdo por qué estoy aquí afuera y de que he fracasado otra noche.

—¿Qué sucede? —pregunta notando mi cambio de humor.

—No lo encontré. Otra noche que no lo logré.

—Lo haremos —dice en plural y sonrío de nuevo.

No puedo expresar con palabras lo agradecida que estoy con él por estar conmigo, por acompañarme.

—¿A qué hora saldremos mañana? —dice cuando las papas se acaban.

—¿Hasta cuándo me acompañarás?

—Hasta que aparezca o hasta que tú quieras —asegura y siento algo extraño en mi pecho. Como una pequeña presión que va en aumento, pero no se siente mal, todo lo contrario. No sé cómo llamarlo, así que lo ignoro—. Debemos ir a casa, tienes que dormir —dice levantándose y ofreciéndome su mano, la miro un momento y luego la tomo.

Es cálida y grande, pero a pesar de lo áspera que se siente es suave por la delicadeza con la que me ayuda a levantarme.

—Mañana podemos seguir preguntando casa por casa.

—¿En la tarde?

—Sí, si es que está bien para ti.

—Solo tengo que hacer unas cosas y te veo, podría llamarte cuando esté listo si me das tu número de teléfono —dice algo nervioso.

Me doy cuenta de que no tenemos nuestros números hasta ahora, supongo que este es un nuevo paso en nuestra misteriosa relación.

Se lo dicto y él lo guarda, luego hace sonar el mío para que tenga el suyo.

Me deja de nuevo en casa y se va.

Cuando me acuesto rodeada de mis gatos, oigo un auto llegar. Me levanto

y observo por la ventana, veo que es el auto de mi padre, lo deja ahí y entra tratando de no hacer ruido, lo sé por sus pasos cuidadosos.

¿Dónde estaría hasta tan tarde?

Él siempre ha trabajado mucho, pero llegaba a horas más decentes para dormir, llegaba a tiempo para la cena, para acostar a sus hijos y contarles historias, para apagar todas las luces de la casa.

Sin embargo ahora entra a oscuras, cuando todos están durmiendo, como un ladrón.

¿Qué pensará mamá de esto?

CAPÍTULO 7



No sé si es que nadie se dio cuenta de la hora de llegada de papá, pero no se menciona el asunto.

Él se despide de nosotros, pero se va una vez más sin dirigirse a mi madre. Mis hermanos no lo notan, pero yo no puedo ignorar la tensión en el ambiente.

De pronto me he vuelto consciente de todo. Veo sus manos, ya no se pinta las uñas como solía hacerlo; no se maquilla, ni se hace un peinado diferente cada día, se conforma con una coleta que agarra con la misma liga negra.

Miro hacia otro lado porque no puedo seguir observando el lado menos brillante de mi madre.

A pesar de que dijo ayudarme en mi búsqueda el fin de semana, mi padre ni siquiera lo menciona. Cuando se lo recuerdo dice que no tiene tiempo y cambia de tema.

Paso todo el fin de semana tratando de ponerme al día en mis estudios y por las noches me escapo para ir a buscar a mi gato con la ayuda de Christian.

El lunes cuando dejamos a mis hermanos en su escuela y me quedo sola con mi madre siento que debo preguntar algo.

—Mamá, ¿estás bien?

Ella sonrío, pero es una sonrisa falsa.

—¿De qué hablas? Yo debería preguntarte eso. No te veo nada bien.

—Yo tampoco —susurro y ella calla.

No decimos nada más hasta que nos despedimos.

Cuando estoy a punto de llegar a mi casillero soy interceptada por dos chicas, sé que son amigas de Sophie, las he visto con ella aunque no se sientan con nosotros.

—Hola, Isabella —me sonrío una mientras la otra me toma del brazo como si fuéramos buenas amigas.

Entre las dos me conducen al baño de chicas, abren la puerta y me empujan adentro, sola.

Cuando veo a Sophie ahí, sé a lo que me enfrentaré. Ella me empuja contra la pared y por un momento mi cuerpo clama de dolor. Me sigue aprisionando cada vez más. Es un poco más alta que yo, pero es más delgada, si me defiendo siento que tendré alguna oportunidad de ganar esto, ¿pero a qué precio?

—¿No pudiste mantener la boca cerrada?! ¡Eres una estúpida! ¿Por qué le contaste todo a Adam?

—¡Yo no dije nada! —me defiendo.

—¿Por qué mientes?! —me toma del cabello por la parte de atrás y lo jala haciendo que mire hacia arriba, hacia ella.

—No miento, ¿por qué diría algo?

—Porque te gusta Adam. No creas que no lo sé.

—No dije nada —repito—. Ni siquiera lo he visto.

—Zorra mentirosa —toma mi mochila y comienza a abrirla.

—¿Qué haces? Deja mis cosas —pero ella me ignora y continúa, saca mis libros y se lo que va a hacer antes de que rompa las primeras hojas.

No entiendo cómo puede disfrutar hacer esto, pero lo hace. Lo veo en su cara, en su sonrisa malvada.

Me limpio las lágrimas antes de que caigan de mis ojos.

—¿Estás llorando? ¿Estás triste? —pregunta burlándose—. ¡Por Dios! ¡Tus libros están destrozados! ¿Quién haría algo tan cruel?

No respondo y ella los empuja contra mi pecho, haciendo que golpee de nuevo contra la pared.

—Cuenta algo de esto y ya verás lo cruel que puedo ser. Puedo romper muchas cosas más, además de hojas de papel. No querrás ver eso —dice como hablándole a un niño, haciendo su voz más aguda de lo que es.

Se arregla el cabello y la sonrisa antes de salir, dejándome ahí dentro. Me quedo inmóvil no sé por cuánto tiempo, pero reacciono cuando la puerta se abre de nuevo, me sobresalto pensando que ella ha vuelto, pero es una chica que no conozco. Me mira con curiosidad pero no dice nada. Se mete en uno de los cubículos y aprovecho para lavarme la cara y tratar de recomponerme.

Cuando salgo no miro a nadie, pero siento que todos me miran a mí. Llego a mi clase justo a tiempo. Cuando el maestro nos pide sacar nuestros cuadernos estoy a punto de llorar, respiro hondo y busco dentro de mi mochila. Tal vez algo haya sobrevivido.

Trato de desarrugar una hoja que está entera, no levanto la vista para que nadie note mis ojos rojos. Por eso cuando alguien me da unos golpecitos en el hombro, me sobresalto.

Cuando veo que me ofrece un cuaderno, no entiendo. Estoy por darle las gracias pensando que es suyo, pero él apunta hacia atrás. Sigo la dirección que señala y me encuentro con sus ojos intranquilos, trato de sonreírle para

que no se preocupe por mí. Supongo que vio todo mi drama desde atrás. Había olvidado que él estaba aquí.

Cuando abro el cuaderno hay una nota en medio.

<<Usa las que quieras>>.

Se refiere a las hojas.

Quiero llorar de nuevo, pero me contengo.

Trato de concentrarme en la clase, pero no puedo evitar curiosear. Su letra es desordenada pero legible, aunque lo que me doy cuenta es que en realidad presta atención a clases. Son muy buenas anotaciones, pero nunca lo he visto participar o hablar en público.

Cada día pienso conocerlo más, pero también me doy cuenta de todas las cosas que desconozco de él.

Cuando la clase termina, me acerco con la intención de devolvérselo, pero él se niega.

—Consérvalo, lo necesitarás para el resto del día.

—Gracias.

Los últimos chicos que quedan nos miran curiosos. Supongo que su sorpresa se debe a que nunca nos han visto conversar.

—¿Fue Sophie? —pregunta y yo asiento.

—Creo que terminó con su novio y piensa que yo le conté de su pequeño secreto. No te ofendas, pero ¿por qué no sospecha de ti también?

—¿Por qué lo haría ahora? si hubiera querido hacerlo, lo hubiera hecho hace mucho. No gano nada con ello, ni me interesa.

—¿Desde cuándo?...

—¿Por qué lo diría ahora? —repite comenzando a caminar hacia afuera.

Comienzo a salir yo también sin estar segura de si quiero ir a almorzar, estoy por ir a esconderme en la biblioteca, cuando veo que Kim y Eli me esperan en la puerta. Ellas me miran por todos lados como comprobando si tengo golpes visibles, supongo que ya lo saben.

—¿Es cierto? —susurra Kim.

—¿Qué cosa?

—Que tú le contaste lo de Sophie a Adam.

—¿Qué? ¿Ustedes también creen eso? Ni siquiera lo he visto desde el almuerzo del viernes.

—Pero eso es lo que aseguran todos —agrega Eli.

—Pues están equivocados.

—Solo tenemos una duda, ¿Cómo lo supiste? ¿Sabes quién es él?

—No quiero hablar más de eso.

—Sabemos lo del baño —dice Kim—. Espero que no le hayas contado a ningún maestro.

—No, no lo hice.

—Qué bueno, porque Sophie aún sigue muy enojada.

Me llevan hacia la cafetería y pierdo de vista a Christian, hasta que lo veo de nuevo en su mesa.

Todos se sorprenden de verme, pero nadie se atreve a preguntar nada. Kim va hacia su novio. Eli se sienta al lado de Gus, yo también me siento esperando que Sophie aparezca en cualquier momento y me saque de aquí, pero ni ella ni Adam lo hacen.

No hay más contratiempos en todo el día, y lo agradezco. Necesito algunos cuadernos nuevos, pero no puedo decirle a mi madre. Así que apenas llego a casa, le digo que seguiré con mi búsqueda. Christian aún no vendrá, así que camino hasta el supermercado.

Cuando estoy por llegar, un auto se coloca a mi lado, siento temor hasta que veo de quién se trata.

—Isa —saluda con su sonrisa perfecta. No sé si responder o si Sophie saldrá de alguna parte y me arrancará la cabeza.

—Hola —saludo también mirando a todos lados.

—¿Dónde vas? ¿Puedo llevarte? —ofrece.

—No te preocupes, solo voy al supermercado.

—Vamos, te acompaño —dudo—. Además, quiero hablar contigo.

Eso era todo lo que hubiera querido escuchar hace unos meses. Y no puedo negar que la adolescente que hay en mí está saltando de alegría de que un chico lindo me esté invitando a salir, aunque esto sea más un aventón que una cita.

No puedo evitarlo y acepto. Él desbloquea la puerta del copiloto y yo entro.

—¿En serio ibas al supermercado? O puedo llevarte a otro lugar.

¿Otro lugar?

Pienso en todas las posibilidades que pueden abarcar esas dos palabras. Quisiera averiguar a dónde me llevaría, pero recuerdo que en verdad necesito esos cuadernos, gracias a su novia psicópata.

¿Novia?

¿Seguirá siendo su novia?

No me atrevo a preguntar.

—Supe lo que te hizo Sophie hoy —dice apenado—. Lo siento, debí decirle que yo la había visto, que nadie me lo contó.

Me sorprende su sinceridad.

—¿Tú lo sabías? —pregunta interesado.

No sé qué decir.

—Bueno... vi algo el otro día, pero no estaba segura, era de noche.

—Entiendo si no me contaste, no te preocupes. Supongo que ya sabía que esto podría pasar, ella siempre ha sido así.

Me sorprende de nuevo. Sigo descubriendo lo imperfecta que es o era su relación.

—Entonces, ¿sigues con ella?

—Claro que no —niega.

—Ahora comprendo por qué está tan enojada.

—Solo busca a quién culpar por sus acciones.

Estaciona y baja conmigo.

—No tienes que acompañarme, puedo ir sola.

—Pero prefiero ir contigo, además no tengo dónde ir, compadécete de mí —pone cara de cachorro y no lo puedo evitar.

Camina a mi lado con las manos en los bolsillos.

—¿Qué necesitas? —pregunta cuando entramos.

Me avergüenza decirlo en voz alta.

—Unos cuadernos —él no comenta nada y me guía hasta allí.

Tomo unos cuantos y caminamos hasta la caja.

—¿Solo eso?

—Sí.

Él toma un par de refrescos, una bolsa de papas fritas y unos chicles.

Cuando estoy buscando mi dinero para pagar, él me detiene.

—Es lo menos que puedo hacer —dice sintiéndose culpable.

—No hace falta —aseguro.

—Por favor —ruega y una vez más cedo.

Él paga y caminamos de vuelta a su auto.

Una vez dentro me alcanza un refresco que no preguntó si quería.

—¿Qué harás ahora?

—Solo regresaré a casa.

—¿Solo eso? ¿Quieres ir a tomar un helado?

Miro la hora, recuerdo a Christian. Pero esto es algo que seguramente no volverá a pasar si me niego ahora.

—Está bien, solo avisaré a mamá.

Él sonrío arrancando el auto.

Envío un mensaje a Christian.

<<No podré salir ahora. Tengo unas tareas que hacer en casa ¿Crees poder en la noche?>>.

<<Veré si puedo salir más temprano>> contesta.

<<Te avisaré>>.

<<Ok, gracias>> envío de vuelta.

Hay muchos chicos de la escuela aquí, estoy nerviosa de que alguien nos vea y le cuente a Sophie.

—Chocolate y frutilla para ti ¿te parece bien? —pregunta aunque no me da más opciones. Eso me incomoda un poco, pero lo dejo pasar.

Nos sentamos un momento a disfrutar nuestros helados y me doy cuenta de que no sé de qué hablar con él. En todas mis fantasías nos sonreíamos mutuamente, hablábamos de sueños, de cuán lejos están las estrellas, de libros, de películas, pero no sé por dónde comenzar.

—¿Irás a nuestro partido la próxima semana?

—La verdad no sé mucho sobre fútbol. Además, no sé si encontraré a mi gato hasta esa fecha.

—¿Gato? —pregunta sonriendo.

Saco un volante de mi bolsillo y se lo enseño.

—Ah, es real—dice como si antes pensara que bromeaba—. Ya lleva varios días perdido.

—Sí —me lo devuelve.

—Suerte con eso, pero no deberías faltar al partido. Ganaremos —asegura.

¿Qué esperaba?

¿Qué se ofreciera a acompañarme?

—Creo que debería volver a casa —digo no sintiéndome con ganas de

seguir hablando con él.

Con cada palabra que pronuncia destruye más mi fantasía. No sé por qué pensé que hablar con él sería diferente.

—Está bien, te llevo —ofrece y acepto porque quiero llegar lo más rápido que pueda.

Vamos en silencio. Él abre la bolsa de papas y comienza a comer mientras conduce. Ni siquiera me las ofrece primero. Odio compararlo con Christian, pero no puedo evitarlo cuando las diferencias saltan a la vista.

—El helado estaba demasiado dulce —dice tomando un puñado y mascándolas todas—. ¿Quieres?

—No, gracias.

Lo observo, podría ser una escena parecida a otra que viví hace poco, pero no es así.

Tomo un trago de mi refresco mientras miro hacia un costado. Y entonces lo veo.

Él me está mirando fijamente. Veo decepción, más que enojo, en sus ojos.

Veo a Christian en el mismo lugar por el espejo lateral del auto, se hace cada vez más pequeño mientras más avanzamos.

¡Soy una estúpida!

CAPÍTULO 8



Adam me deja en la esquina de mi casa como se lo pido.

—Oye, Isa. La verdad no te había notado antes, pero eres una chica muy linda.

—¿Gracias? —no sé si eso es un cumplido, aunque no lo siento así.

—En serio, ¿te gustaría salir conmigo otro día?

Él sonrío esperando mi respuesta, tardo demasiado porque pienso en todo lo que ha cambiado en apenas unos días. Esa pregunta me hubiera hecho saltar de felicidad en el pasado, pensé que aún me haría feliz ahora, pero no es así.

—Mmm, no lo creo —él se ve confundido, pero yo no lo estoy.

—Pensé que te gustaba, Kim y Eli dijeron que...

—¿Qué?! ¿Ellas te dijeron que me gustabas?

—Pues sí, ¿no es así? —luce extrañado.

—¡No! —exclamo antes de salir del coche azotando la puerta.

—¡Oye!, ¡con cuidado! —él sigue gritando algo cuando yo ya estoy lejos.

¿Cómo pudieron?

Eso fue lo único que les pedí cuando se los conté. Que no le dijeran a nadie y mucho menos a él.

¡Aaah! ¡Las odio!, pero ellas no son mi prioridad ahora.

Probablemente él no esté en casa aún, pero aun así decido ir y esperarlo. Tal vez sea mejor ir a buscarlo a su trabajo. No sé cuál elección es la mejor. Intento llamarlo, pero obviamente no contesta.

Pienso en escribirle un mensaje, aunque creo que se merece una explicación en persona.

Él llega con la cabeza baja y una bolsa de compras, ni siquiera ve que estoy en frente.

—¡Christian! —Lo llamo mientras cruzo, él se apresura a llegar a su entrada—. Espera, por favor.

—Vete a casa —dice comenzando a abrir su puerta.

—Espera, yo lo siento. No es lo que crees, yo solo fui a comprar unos cuadernos.

Él se vuelve y me mira sin expresión.

—No tienes por qué darme explicaciones, pero no me mientas. Si prefieres estar con él, está bien. Pero no me mientas. Supongo que ya encontraste alguien más para que te ayude en tu búsqueda, así que adiós.

—No, no es así.

—Pues lástima. Solo eres como los demás, una mentirosa. No quiero nada que ver contigo.

Entra y me deja llorando fuera. Comienzo a alejarme porque él tiene

razón. Soy una mentirosa. Creo que estábamos convirtiéndonos en amigos, pero supongo que hasta aquí llegamos.

Cuando llego a casa subo a mi habitación sin mirar a nadie, me hago una bola en mi cama, mis gatos se dan cuenta de cuánto los necesito porque todos me rodean. Siento su calor y su amor por mí, pero siento mi pierna fría donde Sunny le gusta apoyar su cabeza mientras duerme.

Papá llega tarde de nuevo, pero mamá no dice nada.

Cuando voy a la escuela al día siguiente camino sin rumbo, pero encuentro a Kim y Eli charlando animadamente.

—Isa, te estábamos esperando —saluda Kim.

—¿Por qué no contestas tus llamadas? —cuestiona Eli.

—Cómo pudieron... —las acuso y ellas saben a lo que me refiero.

—Era la única forma, tú nunca harías nada.

—Te hicimos un favor —agrega Eli como esperando que les dé las gracias.

—No lo hicieron, solo me hicieron pasar vergüenza, además se los pedí. Les pedí que no dijeran nada.

—¿Y por qué no aceptaste salir con él? Si te gusta.

—¡Él ya no me gusta! —grito más de lo necesario—. ¡Lo sabrían si me lo hubieran preguntado!

—¡Por Dios! Tienes que dejar de gritar, todos nos están mirando, además últimamente no nos dices nada, estás paranoica con lo de tu gato —dice Kim.

Observo a mi alrededor y así es, todos vuelven a lo que estaban haciendo, menos Christian que se queda ahí un par de segundos más, luego entra a su primera clase.

—No quiero hablar con ustedes ahora.

Ellas no me siguen y no vuelvo a verlas hasta que decido ir a almorzar, pero en realidad quiero hablar con Christian.

Camino con mi bandeja. Kim y Eli me ven, Adam también está ahí. Hay una silla vacía justo a su lado. Días atrás me hubiera imaginado ahí ocupando el lugar de Sophie.

Ellas me llaman y es como si la charla de antes en el pasillo nunca hubiera ocurrido. Las miro y por un momento dudo. Ellas han sido las únicas amigas que he tenido en un par de años y sé que alejarme de lo conocido y quedarme sola puede sonar aterrador en la secundaria, pero no puedo seguir mintiéndome a mí misma.

—Ven, ¿a dónde vas —dice Eli.

Pero yo sigo caminando.

—Oye —Kim se levanta y se coloca frente a mí—. No nos vas a ignorar por hacer lo que no tenías el valor de hacer por ti misma.

—No las voy a ignorar por eso, lo haré porque ustedes no son mis amigas y ya me tienen harta —termino casi gritando y muchos me miran.

—Oh, ¿en serio? ¡Somos las únicas amigas que tendrás alguna vez! —alza la voz cuando doy un paso.

Regreso frente a ella.

—Ustedes no han sido mis amigas. Los amigos, se escuchan, se apoyan, se ayudan. No quiero esta falsedad, prefiero estar sola —me vuelvo hacia Adam—. Y tú no me gustas.

Todos los chicos ríen, mientras él frunce el ceño avergonzado.

—Pues qué bueno que prefieras estar sola —dice Eli a mis espaldas—. Porque es así como te quedarás.

Trato de que sus palabras no me hieran, pero lo hacen.

Camino y me coloco frente a la mesa de Christian. Coloco su cuaderno junto con un *cupcake* de chocolate. Él no me mira, solo saca su cuaderno y se va sin dirigirme una palabra.

Todos me observan burlándose de mí. Cuando consigo moverme, corro al baño para esconderme.

Cómo fue que perdí todo lo que tenía en tan corto tiempo. Pero, ¿de verdad puedo perder a mis amigas si nunca lo fueron en realidad?

También perdí a Christian. Espero que al menos la carta que escribí y escondí en su cuaderno le ayude a perdonarme. Si es que no la bota a la basura antes de leerla.

<<Christian,

Tienes razón, soy una mentirosa. Lo he sido por mucho tiempo. Lo soy cuando digo que estoy bien aunque no es así, fui una mentirosa cuando acepté ser amiga de personas que solo me utilizaban y aunque en el fondo lo sabía, no dije que no por miedo a estar sola.

Soy una mentirosa cuando finjo no saber que mi padre llega en la madrugada a casa y que mi madre también lo sabe pero prefiere callar.

Pero hay algo en lo que no puedo mentir. Nunca he conocido a alguien como tú. Dispuesto a ayudar sin pedir nada a cambio. Alguien auténtico que me hizo querer vivir en un mundo real.

Sentí que comenzábamos a ser amigos, pero supongo que lo arruiné todo. Una mentira fue suficiente. Ni siquiera sé por qué lo hice, seguramente tú lo habrías entendido si te hubiera dicho la verdad.

Solo quiero disculparme, tú eres el mejor amigo que he tenido, espero que algún día puedas ver cuán arrepentida estoy de herirte. Y si existe la posibilidad de que me dieras otra oportunidad, no la desperdiciaría. Pero te daré tu espacio, porque si no quieres verme o hablarme, es lo mínimo que

puedo hacer.

Gracias por todo.

Atentamente, Isa>>.

No vuelvo a ver a nadie más, excepto a Sophie que pasa cerca de mí a la salida, se burla con sus amigos, pero no me agrede físicamente de nuevo.

Respiro hondo cuando entro al coche de mamá.

—¿Estás bien? —me mira.

Me pregunto si ella está preparada para la respuesta. Veo en sus ojos cansados, su voz ronca y su sonrisa perdida.

—Estoy bien —miento porque es lo que ella quiere oír. Aunque me odio por seguir mintiendo.

No volvemos a hablar, no le pregunto si ella está bien, porque sé lo que dirá, pero no quiero que se vuelva una mentirosa como yo. Así que lo dejo pasar y creo que eso la alivia un poco.

Sé que estoy sola en mi búsqueda de nuevo, pero no puedo rendirme. Así que después de llenarme de amor gatuno, salgo como lo hice el primer día.

Mis pasos se sienten más pesados, tal vez es por toda la culpa que llevo encima.

No paso por la casa de Christian, no sé si podré hacerlo otra vez.

Voy por algunos lugares por los que fui con él, pero regreso a casa antes de que anochezca.

Me duermo esperando que él me llame cuando lea mi nota, pero no lo hace.

Al día siguiente en la mañana desayunamos con papá y mamá.

—Niños, hoy saldremos en la noche. Iremos a la fiesta de cumpleaños de mi jefe. Así que arréglense bien, por favor.

—¿Es necesario que vayamos? —pregunto no queriendo ir.

—Si lo digo es porque así es.

Continúo comiendo sin añadir nada más. Observo a mamá, ella también está en silencio. No recuerdo cuando fue la última vez que salimos en familia y que disfrutamos de ello.

La escuela no es tan mala, si evito el tema de que estoy más sola que nunca entonces está bien. Nadie me habla, ni yo hablo con nadie. No voy a almorzar, me escondo en la biblioteca.

Solía caminar sola, no me parecía nada malo porque era a lo que estaba acostumbrada, pero ahora que sé lo que es tener buena compañía, una caminata solitaria nunca más será igual.

En la tarde voy de nuevo al refugio de animales y no tienen noticias.

Cuando regreso, mis hermanos están en silencio haciendo sus tareas de la escuela sobre la mesa de la cocina. Me sirvo un vaso de agua, estoy a punto de beberlo, pero noto algo extraño en ellos.

No levantan la vista, ni dicen nada. Me aclaro la garganta, pero ellos no me miran.

—Nunca los vi haciendo tarea tan concentrados.

—Mamá dijo que la hiciéramos —contestan sin ninguna emoción en su VOZ.

—¿Desde cuándo hacen lo que dice mamá? —me burlo de ellos. Pero me arrepiento de inmediato cuando Dustin me mira, tiene los ojos rojos, entonces Oliver no puede más y lo veo derramar una lágrima.

Dejo el agua, me acerco a ellos y los abrazo.

—¿Qué pasó?

—Mamá y papá discutieron —susurra mi hermano menor.

—¿Por qué? —Ellos encogen los hombros—. ¿Dónde están ahora?

—Arriba —contesta Oliver.

No se escucha nada.

Me quedo ayudándolos. Terminamos antes de que mamá baje. Almorzamos los cuatro solos.

—Isa, busca un bonito vestido para la fiesta de hoy. Yo me ocuparé de tus hermanos.

—¿Iremos? —pregunto desconcertada.

—¿Por qué no lo haríamos? —ella luce confundida.

La miro, incrédula.

Estoy a punto de explotar por todo lo que quiero decir. Todos seguimos fingiendo que no pasa nada, que aún somos una familia normal que se alista para salir a una fiesta, pero al final no digo nada y subo a cambiarme.

Mis padres no se hablan en todo el camino, pero apenas llegamos veo un cambio visible en mi padre, él respira hondo como preparándose para hacer algo desagradable. Todos salimos del auto.

La casa a la que vamos a entrar es hermosa, con balcones con flores, parece antigua; no he visto nada igual.

Mis padres se adelantan y justo antes de la entrada mi padre le ofrece su mano a mi madre, veo el segundo en que ella tarda en reaccionar. Se recompone y está lista para interpretar su papel.

Él nos mira y nos ordena en silencio que nos comportemos.

Cuando nos reciben, papá le entrega el caro vino que compró para su jefe. Es un hombre mayor, sesenta años, aunque solo es evidente cuando sonrío por todas las arrugas que surcan su rostro.

—Richard, qué bueno que trajiste a toda tu familia, hace muchos años que no los veía. Tienes toda una señorita aquí —dice el hombre refiriéndose a mí.

Todos saludamos como es debido, mis hermanos parecen robots programados para repetir todo lo que les dijo mamá antes de venir, y eso es lo más escalofriante. Cada día veo a mis hermanos perder sus emociones o lo que es peor, guardárselas en lo más profundo, ahí donde se ocultan para luego comenzar a comernos por dentro.

Nos quedamos con otros hijos, todos tienen la misma cara de aburrimiento, pero ninguno hace nada por interactuar con los demás.

Mis padres ríen con otros padres, ellos se miran a los ojos con algo que intentan que parezca amor.

¿Acaso eso es el amor?

CAPÍTULO 9



¿Eso es el amor?

¿El silencio que reina en el auto?

¿La manera como mi madre evade la mirada de mi padre y las nuestras?

¿Eso es el amor?

¿El vacío que ocupa todos los espacios y amenaza con romper las ventanillas?

¿El sonreír cuando todos observan?

¿El llorar en la madrugada cuando nadie escucha?

¿Eso es el amor?

Tal vez, sí. Tal vez esa es la realidad y no lo que imagino.

—Buenas noches —dice papá apenas entramos por la puerta.

Camina en silencio mientras todos vemos su espalda alejarse. Desaparece en su habitación, observamos a mamá.

—Vayan a dormir, cepíllense los dientes —dice antes de desaparecer en la cocina.

Mis hermanos dirigen su mirada a mí, esperando que diga algo, pero no sé qué.

—Vamos, tal vez mañana sea un mejor día —digo esperando creerlo.

Ellos se van con Sofi pisándoles los talones. Decido hacerlo yo también cuando no me atrevo a ir a la cocina con mamá.

Cuando entro a mi habitación, mis gatos me reciben.

Mitzy se sube encima de mí, protegiendo mi corazón, mientras los demás se colocan a mis costados. No podré moverme en un buen rato, pero no me atrevería tampoco.

Tal vez esto sí es el amor.

Una clase más pura de amor verdadero.

Lo que queda de la semana soy un zombi, no hablo, no miro a nadie. Nadie me habla tampoco. Ya todos deben de estar enterados de mi situación. Aunque ni yo misma estoy segura de cuál es.

El lunes estoy revolviendo mi comida durante el almuerzo, en una mesa alejada de todos, aunque aún puedo oír las risas de las que alguna vez consideré mis amigas. Es entonces cuando veo una sombra proyectada en la mesa; una bandeja es colocada en el puesto que está frente a mí. Él se sienta sin decir una palabra mientras yo levanto los ojos lentamente para comprobar que no es una fantasía o para darle tiempo de arrepentirse e irse, si eso es lo que quiere, pero no lo hace. Se queda inmóvil esperando que termine de observarlo. Uno, dos, tres segundos pasan y él al fin habla.

—Creo que he encontrado a tu gato —dice tan bajito que apenas consigo oírlo.

—¿Qué?

De todas las cosas que esperaba que dijera, esa fue la más inesperada.

—Shhh... —intenta que baje la voz, mientras mira alrededor.

—¿Dónde está? Vamos por él —digo más bajo.

—Ahora no podemos —niega.

—¿Por qué? Podemos escaparnos.

—No es tan fácil.

—Claro que sí, los chicos lo hacen todo el tiempo. Hay un lugar al fondo sin vigilancia, lo único que tenemos que hacer es...

—No me refiero a escaparnos —me corta—. Hablo de rescatar a tu gato.

—¿Rescatar? —pregunto con voz temblorosa pensando que mi gato puede estar en peligro.

Él da una respiración profunda antes de continuar.

—Está en una casa, tú tienes que confirmar que es él. El problema es que ahí viven unas personas un poco... peligrosas.

Esto comienza a asustarme de verdad.

—¿Por qué son peligrosas?

—Porque no hacen cosas buenas.

—Me refiero a qué clase de cosas. ¿Y cómo es que tú sabes eso? —mi pregunta lo sorprende.

—Es una larga historia, no podemos hablar de eso aquí.

—Si mi gato está en peligro, tengo que ir por él. Dime dónde está.

—No puedes ir sola. Mira, te contaré todo en la tarde. ¿Puedes salir hoy?

—Claro que sí.

Después de acordar vernos en su casa, él se va sin haber comido nada.

No lo vuelvo a ver hasta que lo encuentro afuera de su casa esperándome.

Él se levanta y viene a mi encuentro.

—Vamos, aquí no podemos hablar.

Miro hacia su casa y no entiendo por qué no podemos quedarnos, todo se ve tranquilo y silencioso, pero no lo cuestiono y voy detrás de él. Comienza a caminar hacia el lado contrario de mi casa.

—¿Cuál es el misterio? ¿Por qué no podemos ir por mi gato ahora mismo? —cuestiono mientras seguimos andando.

—Ya te dije que es peligroso. Necesitamos un plan.

—¿Y cuál es ese plan?

—Aún lo estoy pensando.

—Si me contaras todo, podría ayudarte a pensar. Después de todo, el gato es mío.

—Primero necesito que tú compruebes que en verdad es tu gato, antes de cualquier rescate. Pero no encuentro una manera segura de que lo veas.

—Comienzas a asustarme.

—Deberías.

—¿Cómo lo encontraste en ese lugar?

—Porque estuve ahí anoche.

Un escalofrío me recorre entera y no sé si me va a temblar. No tengo miedo de él, pero tal vez debería. Podría ser tan peligroso como todos creen y yo

estoy aquí caminando a su lado como si nada. Si no fuera así, entonces por qué sabría lo de la “casa peligrosa” con “personas peligrosas”. Debía de ser una de ellas. Debía de estar metido en asuntos con esa gente. Además los delincuentes del parque parecían conocerlo bien.

Pero, ¿por qué está ayudándome?

¿Y si no lo está haciendo? ¿Y si todo es una trampa para hacerme algo malo?

—Por Dios, deja de hacerte tantas preguntas que tu cabeza va a estallar.

Por un momento creo que he hablado en voz alta, pero no. Estoy segura que no he dicho nada.

—Sigues haciéndolo —continúa él—. Cuando piensas demasiado tus ojos se desenfocan y parece que miras, pero en realidad estás muy lejos.

Me sorprende su observación, no me había dado cuenta de ello.

—Solo quiero saber cómo es que tú sabes todo lo de esa casa.

—Supongo que tengo que contártelo para que entiendas de lo que hablo —dice encogiéndose de hombros, pero sé que no quiere hacerlo.

Me observa, pero el sol le da en la cara haciéndolo entrecerrar los ojos. Se detiene, hace una visera con su mano derecha y lo suelta sin más.

—Tu gato está en una casa donde venden drogas y algunas otras cosas.

—¿Qué?!

—¡Shhh!...

Las preguntas se agolpan de nuevo en mi mente y él se da cuenta.

—Vamos a sentarnos, te lo explicaré mejor.

Caminamos un poco y nos sentamos en un lugar alejado de las miradas.

No puedo callarme más.

—¿Tú vendes drogas?, ¿o las consumes?

—¿Qué? ¡No! —niega viéndose confundido—. ¿Eso es lo que crees que soy?

—No... Bueno, no lo sé. Solo trato de entender.

—Pues déjame hablar —dice algo molesto—. Mi padrastro, digamos que no es una buena persona. Hace un par de años que se metió en las drogas, consumía demasiado y yo tengo que ir a buscarlo siempre para traerlo a casa. Pero ahora es peor, ya no solo consume, ha comenzado a venderlas a raíz de que perdió su trabajo.

Mi cabeza sigue dando vueltas, pero no quiero interrumpirlo por miedo a que se arrepienta de contármelo todo.

—El caso es que anoche estaba demasiado borracho y drogado, fue entonces que me llamó para que vaya por él. Fui a la dirección que me dio, ya sabía dónde era, había estado ahí muchas veces gracias a él. Rob, el dueño de la casa tiene una hija. Cuando estaba charlando con él, un gato entró corriendo a la sala, pasó entre mis piernas y fue a esconderse debajo de un mueble que había en una esquina.

Me mira para ver la cara que tengo. No sé cómo me veo, pero mi corazón está latiendo a toda velocidad esperando sus próximas palabras.

—El hombre me comentó que era la nueva mascota de su hija, la niña entró buscándolo y me pidió que la ayudara a sacarlo de su escondite. Me agaché, vi sus ojos brillantes y sus pupilas completamente dilatadas. Daba un poco de miedo, la verdad. Su padre me tendió dos guantes gruesos y me estiré para alcanzarlo. Luchó mucho —se sube las mangas de su camiseta y veo los arañazos frescos, me horrorizo—. Cuando al fin logré sacarlo pude verlo un poco mejor. Comparé todas las características que tú me diste y creo que es él.

—¿Cómo estaba?

—Pues muy asustado, pero no parecía tener heridas.

—¿Y luego que pasó?

—Lo llevé al sótano porque la niña me dijo que en la noche lo metían ahí. En el camino me contó que había llegado una noche muy asustado y se metió por algún lugar que encontró. Lo bajé al suelo y él corrió a esconderse de nuevo.

Comienzo a llorar de impotencia, puedo sentir su miedo y angustia. Tengo que ir por él.

—¿Crees que si voy con uno de mis carteles y toco su puerta, me lo devolverán?

Él lo piensa un momento.

—No lo creo —contesta con pesar y yo lloro más.

—¿Entonces qué hago?

—Tendremos que entrar y sacarlo sin que se enteren, es la única forma que encuentro. Su hija se ha encariñado con el gato y él no se lo quitará para devolvértelo a ti.

No me pasa desapercibida la palabra “tendremos”. Él habla en plural, incluyéndose en esta campaña incierta y peligrosa. La verdad es que me alegro por ello, ya que yo estoy muerta de miedo.

Entrar en una casa ajena es un delito, pero entrar en una casa ajena donde vive gente que seguramente estaría armada tal vez sea un suicidio.

—Solo dime dónde está la casa y yo veré cómo entrar, no tienes que arriesgarte.

—Pero tú lo harás.

—Eso es porque no puedo abandonar a un amigo.

—Yo tampoco —asegura sin dudar—. Iré contigo.

¿Eso significaba que somos amigos?

Siento mi corazón expandirse, pensé que estaba lleno, pero ahora descubro que aún queda un sitio vacío y Christian poco a poco se está adueñando de él.

—Deja de pensar tanto. Sí, somos amigos —confirma mientras se levanta—. Bueno, si tú quieres.

—Quiero —reafirmo—. ¿A dónde vamos? —pregunto levantándome también.

—Vamos a acercarnos a esa casa, pero prométeme que no haremos nada hasta tener un plan.

—Está bien.

¿Qué más podría hacer?

No decimos nada en todo el camino. Él está muy pensativo, supongo que buscando un plan. Yo también trato de encontrar una buena idea que me conduzca a tener a mi gato de vuelta.

Él se detiene en medio camino.

—¡Agáchate! —dice empujándome detrás de un auto estacionado.

—¿Qué pasa? —pregunto cuando ya estoy en el suelo.

—Él está saliendo, no mires. Esperaremos a que pase. Es la casa de la esquina.

Permanecemos ocultos bajo la sombra proyectada de ese auto, hasta que escuchamos el ruido de un motor pasar por detrás de nosotros. Esperamos un momento más para estar seguros y luego salimos.

—No nos acerquemos demasiado, tienen cámaras de seguridad.

—¿Cámaras de seguridad? ¿Y cómo se supone que entraremos?

—No lo sé —confiesa afligido.

Una casa de al frente tiene un jardín muy descuidado, con arbustos creciendo sin control, así que podemos ocultarnos detrás de ellos para mirar más de cerca. También hay un gran árbol que nos da sombra.

—¿Esta casa está abandonada o qué? —pregunto observando a mi espalda el deteriorado inmueble.

—Puede ser, parece que nadie cuida este lugar —responde mirando también.

Volvemos la vista hacia nuestro objetivo.

—Podemos intentar entrar ahora, ya que él salió —propongo.

—Claro que no, seguramente hay alguien que se queda a vigilar.

Veo el momento exacto en que una idea viene a su mente.

—Eso es, tenemos que vigilar la casa para saber cuándo es más seguro entrar.

Comienzo a dudar. Además, quiere esperar demasiado. Mi gato está ahí dentro asustado.

—¿Por qué no llamamos a la policía y ya?

—¿Estás loca? No podemos hacer eso. Si descubren que fuimos nosotros, estaremos en peligro y no solo eso, nuestras familias también lo estarán.

Me resisto a creer que estamos en una situación así. Pensaba que estas cosas solo sucedían en la televisión.

—No puedo esperar mucho tiempo, Chris.

Él levanta la mirada al escuchar cómo lo llamo, pero no me corrige.

—Solo un par de días —propone.

—Está bien —acepto porque él parece saber mejor que yo a qué nos estamos enfrentando.

Al cabo de un par de horas sentados ahí, escondidos y aburridos porque no parece haber movimientos, algo nos llama la atención en la casa que tenemos detrás. Tal vez no esté abandonada después de todo.

—¿Qué tanto hacen ahí? —la voz aburrida de un chico nos sobresalta.

—Sí, ya nos cansamos de esto. ¿A quién espían? —nos pregunta una voz femenina.

Christian y yo nos miramos sin saber cómo responder. Yo sé quiénes son. Son los chicos de la moto que mis ex amigas siempre están molestando y ellos también lo hacen. Creo que son novios o algo así.

Sé que están un año por encima de nosotros, a ella le dicen la chica zombi por su pálida piel y sus ojos demasiado oscuros, además de lo delgada que es. Sin embargo su pelo corto color miel le da un aspecto delicado que estoy segura que no es intencional. Su novio también es rubio, aunque más claro. Junto con sus ojos demasiado celestes, sus ropas oscuras y sus fuertes brazos, hacen que se vea peligroso.

—No espiamos a nadie —intenta evadir Chris.

—Sí, claro. Están ahí aplastados dos horas mirando hacia esa casa, ¿por nada? —dice el chico.

—Ya nos vamos —comienzo a caminar.

—Hey, alto ahí. O nos dicen o llamamos a la policía. Están en propiedad privada, ¿saben? —amenaza él.

Genial, iría a la cárcel y ni siquiera había entrado en la casa correcta por mi gato.

—Estamos mirando la casa de la esquina —confiesa Chris y yo lo miro

severamente. Pensé que esto era un secreto.

—¿Y eso? —pregunta ella—. ¿Quieren drogas o qué?

—No —niego rotunda.

—¿Entonces? —pregunta él comenzando a impacientarse.

—Perdimos algo y está en esa casa —digo.

—Uhhh... pues despídanse de eso —silva ella.

—¿Qué perdieron? —pregunta él con nuevo interés.

—Mi gato —respondo. Ellos se miran sin creerlo.

—¿Tu gato? —preguntan al mismo tiempo.

—Creemos que está ahí, pero ella tiene que verlo para comprobarlo —
agrega Chris.

—Suerte con eso —ríe ella.

—Tal vez puedan ayudarnos —dice Chris y yo lo jalo disimuladamente.

A mi parecer ellos nos son personas de confianza.

—¿Por qué la ayudaría? Es una de ellos. De los que se creen más de lo
que son —dice él ignorándome.

—¿Y qué te crees tú? —pregunto ofendida.

—Isa, ¿podemos hablar un momento? —Chris me aparta.

—No podemos pedirles su ayuda —susurro cuando estamos lejos de ser
escuchados.

—Son una buena opción, alguno de ellos vive aquí y nos puede ser muy
útil. Además, ¿por qué los juzgas? No los conoces.

En realidad, tiene razón. No los conozco. Solo he escuchado lo que Kim y Eli dicen.

—¿Crees que podemos confiar en ellos?

—No veo una mejor idea —dice. Asiento y regresamos.

—Mejor, váyanse de mi casa —dice él—. O ya saben lo que haré —comienza a caminar hacia adentro.

—Esperen —intento detenerlos—. ¿Podrían ayudarme, por favor?

Ellos regresan y me observan de arriba hacia abajo.

—¿Por qué?

—Mi gato.

—Hay muchos gatos abandonados por ahí. Solo busca otro —dice él.

—Hay muchos gatos, lo sé, y seguramente todos ellos merecen un hogar lleno de amor, pero ninguno de ellos es el mío. Él debe de estar muy asustado y solo. No puedo abandonarlo y menos si sé dónde está. Él no es solo un gato, es mi amigo. Y hay un lugar en el infierno para aquel que es capaz de abandonar a un amigo —termino llorando. Chris toma mi mano.

Ellos cambian de actitud, pero aún están callados.

—Será muy peligroso —dice ella.

—Lo sé —aseguro.

—Y hay muchas cosas que pueden salir mal —continúa.

—Lo sé —repito.

—¿Lo sabes? —cuestiona él.

—Sí. Las cámaras, la droga, las armas, lo sé —digo fingiendo que no

estoy muerta de miedo.

—Está bien, te ayudaré —acepta.

—Yo también —se une ella.

—Gracias —susurro, pero quisiera decir algo más grande que abarque todo lo que siento.

CAPÍTULO 10



—Siéntense —ofrece cuando nos invita a entrar a su casa—, por cierto soy Evan. Ya sé quiénes son ustedes. Ella es Laura.

Todo está demasiado desordenado, pero no digo nada que pueda hacer que se molesten y se arrepientan de su decisión de ayudarme.

Hay un sofá lleno de revistas viejas. Chris las aparta y me indica que me siente a su lado.

Evan vuelve de la cocina con un pack de cervezas y nos ofrece una a cada uno.

—No, gracias. No tomo alcohol —niego.

—Lo suponía —dice Laura entrando también y me ofrece un refresco.

—Gracias —digo aceptándolo.

Ellos tres abren sus cervezas y toman un trago largo.

—No quiero juzgar —comienza Evan—, pero creo que tu padre tiene buenos contactos en esa casa. ¿Por qué no le pides ayuda?

—No es mi padre —responde Chris—, es mi padrastro. Y él no me

ayudaría ni siquiera si el que estuviera en peligro fuera yo.

—Está bien, entiendo. Pero no sé cómo podremos entrar ahí.

Todos nos miramos incómodos.

—Parece que yo soy la única que piensa aquí —dice Laura—. Mi idea es lo más obvio. Tienen que ir a comprar drogas.

Ahora todos dirigimos nuestras miradas hacia ella.

—Eres tan... —comienza su novio—. Lista. Por eso te amo.

Chris y yo desviamos la mirada cuando ellos se dan un beso en los labios.

—No quiero comprar drogas —intervengo.

—Escucha, no digo que la consumas. Solo debes comprarla. Después puedes tirarla si quieres —comenta ella segura de su plan.

—No sé si sea buena idea —dice Chris mirándome de reojo.

—No podemos simplemente entrar por la fuerza. Qué tal que no es el gato que buscamos. Sería un esfuerzo innecesario —Contesta Evan.

—¿No sería igual de peligroso ir a comprar? —pregunto.

—No. Todos los días veo chicos y chicas entrar ahí. Deberían venir en la noche para verlo ustedes mismos.

Nos quedamos en silencio, analizando qué tan loca o peligrosa es esa idea. Estoy muerta de miedo, pero solo hay una opción para mí.

—Lo haré —digo segura.

—Me gusta tu actitud —sonríe Laura con lo que creo que es un nuevo respeto hacia mí.

—Iremos —afirma Christian cuando ve que no retrocederé.

—Yo los acompañaría, pero creo que cuatro personas son demasiado. Además, si algo sale mal estaremos afuera cubriendo sus espaldas —dice ella.

—Laura tiene razón, seremos sus refuerzos —agrega Evan.

Sé que tienen razón y el que no quieran entrar es más por precaución, que por miedo. No sé dónde estaban estas personas antes o por qué nunca las vi como realmente son. Estaba ciega.

Hace algunos días no hablaba con ninguno de ellos y hoy están dispuestos a arriesgarse por mí.

Mi teléfono suena, sé quién es. Mamá.

Todos esperan que conteste. Me disculpo con la mirada mientras me levanto y me alejo un poco para hablar.

—Hola, mamá.

—¿Dónde estás? Es tardísimo. Ven ahora mismo.

—Está bien, ya voy —cuelgo.

Vuelvo y los encuentro realizando un pequeño mapa en la mesa de café.

—Me tengo que ir —anuncio.

—Si quieren pueden volver más tarde para que vean lo que ocurre —ofrece Evan.

—¿Y tus padres? —pregunto mirando alrededor.

—No les digas a los de servicios sociales, pero vivo solo.

Eso me sorprende. Él no agrega nada más y yo no vuelvo a preguntar. Sé que ellos tienen un año más que yo, no creo que aún estén listos para vivir solos.

—Pueden venir a cualquier hora —ofrece ella.

—Está bien, gracias —digo mientras Chris comienza a levantarse.

Ellos abren otra lata de cerveza antes de que nos vayamos.

—No podré acompañarte esta noche —dice Chris cuando llegamos a la calle.

—¿Por qué?

—Voy a trabajar en el turno nocturno.

—Ah... ¿Crees que sea seguro si yo voy sola?

Él lo piensa demasiado.

—Si te digo que no, igual lo harás, ¿no? —sonrío porque tiene razón—. Entonces iré a acompañarte en cuanto salga de mi trabajo —ofrece.

—Me parece bien —acepto.

Él me deja cerca de casa y luego corre hasta la suya para recoger su bicicleta.

Cuando entro, mis hermanos están poniendo la mesa para cenar. Me miran algo molestos por dejarlos solos.

—Hasta que por fin llegas —dice mamá.

—Lo siento, se me hizo tarde.

—Se te hace tarde muy a menudo últimamente —se queja.

—Ya dije que lo siento.

Voy por la comida de los gatos y relleno sus tazones, cambio su agua. Además corto unas zanahorias para Jeimy y se las subo.

Cuando bajo, ellos ya están sentados en la mesa. Voy a mi lugar y pongo en mi plato un poco de comida.

—Come más que te veo demacrada —dice mamá.

—No tengo hambre —respondo.

No comenta nada más, pero no deja de mirar cada bocado que me llevo a la boca.

—¿Y por qué tus amigas ya no vienen por aquí?

—Porque ya no son mis amigas.

—¿Por qué? —insiste.

—Nunca lo fueron, solo me querían cuando les hacía la tarea —confieso sin tristeza.

—Mmm... eran tus únicas amigas —comenta como hablando consigo misma, así que no respondo.

Ella no sabe que eso no es verdad. Que tengo un nuevo amigo y esta misma tarde, al parecer, hice dos más. Teniendo en cuenta que no le gusta Christian, probablemente tampoco le gusten Evan y Laura, así que no comento nada; no porque me avergüence de ellos, sino porque ella los juzgaría como yo lo había hecho antes de conocerlos.

Me pongo a lavar los platos mientras mamá se va a su habitación, eso después de decir que le duele la cabeza. Papá aún no llega.

Cuando termino subo a mi habitación y espero que todos se acuesten. Apago mis luces para que piensen que duermo. Veo a mis gatos descansando y quiero acostarme junto a ellos, pero si lo hago corro el riesgo de quedarme dormida.

Me cambio de ropa, me coloco mis zapatillas rosas y lentamente abro la puerta, pero al hacerlo me llevo un susto de muerte. Me agarro el corazón como si así pudiera volverlo a su lugar. Mi hermano menor se encuentra

parado ahí como una estatua.

—¿A dónde vas? —me pregunta después de ver mi vestimenta.

—Shhh... —lo empujo dentro y cierro la puerta—. ¿Qué hacías ahí?

—Quería hablar contigo, pero pensé que estabas durmiendo.

—¿De qué quieres hablar? —pregunto ya más calmada y notando recién sus ojos temblorosos.

—Creo que yo fui —confiesa y se pone a llorar.

—¿Que fuiste qué?

—El que dejó la puerta abierta. Creo que olvidé cerrarla, por eso Sunny se escapó.

Ya había pensado que eso era lo que había sucedido, pero no quería culpar a alguien sin razón.

Me acerco más a él y coloco mi brazo sobre su hombro.

—Ya no importa. Lo encontraré —intento calmarlo.

—Pero estás deprimida por mi culpa.

—No estamos seguros de que eso sea lo que haya sucedido, pero nunca te culparía. Si fue así, sé que lo hiciste sin querer —él llora más y no sé que más decir para hacerlo sentir mejor.

La única manera de evitar que él se siga sintiendo culpable es encontrar a Sunny y traerlo de nuevo a casa.

—¿A dónde ibas? —vuelve a preguntarme. Pensé que lo había olvidado.

—¿Puedes guardar un secreto? —él asiente—. Creo que encontré a Sunny.

Su rostro se ilumina.

—¿Irás a traerlo? Puedes decirle a mamá que te lleve.

—No, ella no debe saberlo. Promete que no le dirás —él asiente de nuevo —. No estoy segura si es él y está en una casa...

No quiero que se preocupe por mí, así que omito que lo que voy a hacer es peligroso.

—Pero mamá no quiere que salgas de noche.

—Lo sé, pero es la única forma. ¿Puedes cubrirme la espalda si ella se despierta?

Él no puede contestarme porque mi otro hermano abre mi puerta y entra.

—Puedo acompañarte —ofrece mientras cierra.

—¿Estabas escuchando detrás? Eso es muy maleducado —lo regaño.

—¿En serio? ¿Le dirás a mamá? —me pregunta sonando a amenaza porque sabe que no puedo hablar.

Termino contándole a los dos mi secreto, omitiendo las partes peligrosas. Ambos están de acuerdo en ayudarme, así que se llevan a Sofi a su habitación para evitar que ladre y me delate.

Tengo un poco de miedo de salir sola de noche de nuevo, así que corro, evadiendo la ruta que toma mi padre para llegar a casa. Sería terrible encontrármelo en medio camino.

Llego cansada por el esfuerzo, la casa está oscura y se ve mucho más aterradora en las sombras de la noche. Tal vez no haya nadie e hice el viaje en vano. Pero entonces veo un pequeño punto de luz, me acerco más y los veo. Están en el porche delantero, sentados en dos sillas parecidas a las que se usan en las piscinas y playas.

Evan está fumando y el punto de luz que veo proviene del cigarrillo.

—Ven de una vez —susurra ella apurándome.

—Hola —saludo cuando llego junto a ellos, apenas consigo ver sus rostros.

—Se llama camuflaje —vuelve a hablar Laura.

—Siéntate —ofrece él mientras me acerca otra de las mismas sillas—. Ponte cómoda, las encontramos en un terreno abandonado el otro día.

Por un momento dudo si en verdad las han encontrado, pero detengo mi mente que comienza a juzgarlos de nuevo.

—Viniste sola, ¿qué pasó con tu novio? —cuestiona ella.

—No es mi novio —mi cara se calienta.

—¿No? —pregunta él—. Disculpa, pensé que sí por cómo se miraban y esas cosas.

—¿Esas cosas? ¿Qué cosas?

—Nada, olvídalo —corta ella—. Pero, ¿por qué no vino Christian contigo?

—Tenía que trabajar, vendrá más tarde.

—Bien —dice él—. ¿Quieres? —me ofrece un cigarrillo.

—No, gracias. No fumo.

Entonces él le da una última calada y lo apaga en uno de los reposabrazos de la silla.

Me sorprende que haga eso, es una forma de considerarme, sin presionarme a hacer algo que no quiero.

—¿Qué ha pasado? —pregunto refiriéndome al lugar que vigilamos.

—Algunos clientes habituales. Rob, que es el dueño de la casa salió en su auto, no estamos seguros si fue solo porque llevaba los vidrios oscuros — explica ella.

—En realidad salen más temprano, creo que saca a su hija a cenar cada noche. Así que creo que salió solo y la niña está bajo vigilancia.

—¿Cuándo creen que podamos ir? —pregunto.

—Creo que deberían ir mañana, antes de que la luna vuelva a estar llena —dice ella y él sonríe.

—¿Por qué? —le pregunta él—. ¿Se convertirán en hombres lobo o qué?

—Estúpido. Lo digo porque es más fácil esconderse en las sombras.

—Tienes razón —conuerdo.

—¿Tienes dinero? —pregunta él hacia mí.

—¿Qué?

—Dinero para comprar la droga, creo que deberían ir solo por marihuana, no sé si crean que te meterías algo más fuerte. Aunque a Christian tal vez sí —sonríe.

—¿Cómo cuánto dinero?

—Si compras un par de gramos no lograrás entrar a la casa. Solo los que hacen grandes negocios son llevados adentro. ¿Que te parece doscientos o tal vez un poco más?

— ¿Doscientos? ¡¿De dónde voy a sacar doscientos dólares?! —exclamo afligida.

—Pues tú verás. ¿No tenías algo para el rescate de tu gato? —pregunta él.

—Mi padre me iba a dar algo, pero obviamente no me dará un centavo para comprar drogas.

—Vende algo —propone ella.

—Lo pensaré.

Nos quedamos en silencio mucho tiempo, esperando. Tal vez los estoy incomodando, ellos son una pareja después de todo. Me estoy comenzando a sentir como la quinta rueda.

—Voy un momento adentro, chicas —dice él desapareciendo.

Ella me ofrece otro refresco, lo acepto porque no tenemos nada más que hacer.

—¿Tú también vives aquí? —le pregunto.

—¿Con Evan? No. Yo también me escapé esta noche. Para que veas que tenemos algo en común. Vivo como a diez minutos de aquí. ¿Por qué eras amiga de Kim y Eli? No se parecen en nada a ti.

Quiero creer que eso es un halago.

—Supongo que cedí a la presión social de tener amigos.

—¿Aunque no lo sean en realidad?

—Sí, exactamente —suena tonto decirlo así.

—Estás mejor así —asegura—. Puedes ser parte de nuestra pandilla —me alarmo y ella sonrío—. Es un decir, no somos esa clase de pandilla. Solo somos un grupo de chicos que nos reunimos para divertirnos.

—¿Quiénes son?

Dan, Nana y el Jefe, que por cierto es vecino de Rob. Dan y Nana son hermanos mellizos y viven atrás. Te agradarán. Tal vez los hayas visto por ahí, son nuestros compañeros.

Ella se nota amable queriendo que yo forme parte de algo que les pertenece a ellos. Es tan diferente a cómo se comportaba cuando mis antiguas

amigas hablaban con ella.

No estoy segura, pero comienzo a verlos como realmente son y no me desagrada pasar el tiempo a su lado.

Me siento más cómoda donde estoy. Tengo un objetivo claro y personas dispuestas a ayudarme. Esto tiene que salir bien, ¿cierto?

CAPÍTULO 11



—¿No hay nadie en casa? —grita desde adentro una voz masculina. Miro a Laura aunque no consigo distinguirla bien.

—Es Dan. Viven metidos aquí —murmura ella.

—¿Son los vecinos de atrás? —pregunto.

—Sí —confirma cuando la puerta principal se abre y las siluetas de dos personas aparecen.

—Pensamos que no había nadie —dice la chica antes de notar mi presencia.

Él apunta la luz de la pantalla de su teléfono hacia mi cara, haciendo que entrecierre los ojos.

—Tú no eres Laura —dice.

Ambos dirigen su mirada hacia el otro lado por explicación. La luz va con ellos.

—Quita eso de mi —se queja Laura dándole un manotazo al teléfono que casi hace que caiga de la mano del chico.

—¿Dónde está Evan?

—Está adentro, creo que fue al baño.

—¿Hay algo que pasó este día de lo que no estoy enterado?

—Estamos —agrega la chica y creo que me mira de reojo.

Ellos hablan como si yo no estuviera presente y me incomoda.

—Nada, solo nos hicimos amigos de Isa.

¿Amigos? Eso sonaba bien.

Ellos no entienden nada.

—Pero... —la chica comienza sin saber cómo continuar.

—Deja el drama —dice Laura—. Isa no es como ellas. Además necesita de nuestra ayuda, por eso está aquí. Isa ellos son Danae y Daniel, más conocidos como Nana Y Dan.

—Hola —saludan los dos desconfiados.

—Bueno, siéntense y ella les explicará todo —ordena Laura.

¿Yo?

Pienso que un secreto se guarda mejor cuando menos personas lo saben.

¿Puedo confiar en ellos? Ni siquiera consigo ver claramente sus caras. Deseo que Chris esté aquí para ayudarme a decidirlo.

—Yo perdí a mi gato —comienzo.

—¿Tu gato?! —exclaman ambos sorprendidos. Todos tienen esa reacción cuando pronuncio esas palabras.

Procedo a contar de nuevo la historia y ellos no me interrumpen hasta que

acabo.

—¿Y piensas entrar ahí a recuperarlo? —pregunta Nana con tono preocupado.

—Sí —afirmo.

—Nosotros teníamos un perro. Murió hace un par de años —comenta él.

—Es verdad —agrega ella—. Amábamos a ese perro. Era parte de la familia.

—El caso es que entiendo las razones que te hacen querer arriesgarte a entrar ahí a rescatarlo, pero es muy peligroso.

—Estoy dentro —dice la chica cortando a su hermano—. ¿Cuál es el plan?

— Nana —la reprende él—. Tú no entrarás ahí. Si alguien tiene que acompañar a Isa, seré yo.

Siento ganas de llorar de emoción. ¿Ellos se están peleando por ayudarme?

—Siempre le quitas la emoción a mi vida —se queja ella.

—No es necesario que la acompañen adentro —dice Laura—. Ella ya tiene a alguien para eso.

—¿Ah, sí? ¿Quién? —quieren saber.

—Christian —dice Evan saliendo de la casa.

—Mierda, no puedes entrar así a una reunión secreta —dice Dan sobresaltado.

—Eso deberían saberlo ustedes que siempre son tan oportunos —se burla Evan.

—Bueno, no nos desviemos del tema. Hablábamos de Christian. ¿Es que acaso él habla con alguien? Recuerdo que tuvimos algunas clases juntos el año pasado.

—Vendrá más tarde, así que puedes comprobarlo —anuncia Laura.

Ahora lo recuerdo, Christian iba en el mismo nivel que ellos, pero creo que perdió el año.

—Por un día que no venimos y ya son amigos de toda la escuela —dice Nana—. ¿Y por qué no hablamos de esto con el Jefe ? después de todo, él es vecino de Rob.

—Sabes que está molesto con nosotros por espantarles sus últimas novias —argumenta Evan.

Me sorprende el comentario, porque no sé a qué se refieren.

—Sí, pero si le pedimos ayuda estoy segura de que no nos dirá que no.

Todos se quedan pensativos, yo no comento nada porque no conozco al famoso Jefe.

En ese momento un auto conocido se detiene al frente de la casa que vigilamos. No lo puedo creer. Miramos en silencio.

Un chico baja mirando al piso, lleva un suéter con capucha, entra en la casa. Parece que hay personas esperándolo en el coche, vemos sus siluetas aunque no sus caras.

Estuve en ese auto y estoy segura de que conozco a las personas que están dentro, aunque no quiero reconocer que al parecer no conocía lo suficiente a ninguna de ellas.

Al cabo de unos minutos la puerta principal vuelve a abrirse y sale alguien. Lo reconozco cuando levanta brevemente la cabeza. Es Adam. Sube apresurado a su auto y se marchan.

—Yo no sabía esto —murmuro pensando en voz alta.

—Ya lo sabemos —dice Evan—. No es algo nuevo, ellos vienen cada vez que tienen una fiesta o qué se yo, cuando no pueden más con sus insufribles vidas.

No me atrevo a formular la pregunta que tengo en mente.

—Y sí, alguna de tus ex amigas seguramente estaba en ese auto —dice Laura confirmando mis sospechas.

—¿Y cómo demonios acabaste con esas amigas? —pregunta Nana—. Aquí estás mejor.

—Sí, volvamos al plan.

En ese momento vemos una sombra acercarse.

—Ay diosito. Viene el coco —se encoge Nana abrazando a su hermano.

—Estúpida, es Christian. Suéltame, ya estuvimos pegados nueve meses como para seguir aguantándote.

Todos guardamos silencio hasta que él llega con nosotros. Dan vuelve a encender la luz de su teléfono.

—Hola —saluda Chris mirando con desconfianza a nuestros nuevos aliados.

—Chris... ¿qué tal el trabajo? —pregunta Evan despreocupado.

—Bien —contesta él sentándose a mi lado en el espacio que le dejo.

—Te presento a Danae y Daniel, más conocidos como Nana y Dan. Viven atrás y han decidido ayudarnos en nuestra cruzada —explica de nuevo Laura como lo hizo conmigo.

Chris me mira tratando de ver mi reacción y comprobando que estoy de acuerdo con ello.

—Hola, me parece bien —dice luego de ver que yo estoy conforme con

la ayuda que nos ofrecen.

—¿Por qué no llamamos a el Jefe? —vuelve a proponer Nana.

—¿Tú crees que nos responderá? —pregunta Dan.

—¿Qué sucedió con él? —cuestiono esperando que no suene como una entrometida.

—Hicimos una fiesta la semana pasada y lo invitamos. También invitamos a Amy, una chica que era su novia o algo así. Pero cometimos el error de no decirle antes y él llegó con otra chica. Bueno, sobra decir que se fue sin ninguna de ellas. Desde entonces somos sus enemigos.

—¿Y crees que sí nos ayudará?

—Claro... Es un buen amigo —responde Laura segura.

Evan comienza a buscar el número del Jefe y lo pone en altavoz.

—Váyanse a la mierda —contesta malhumorado.

—Espera, no cuelgues —ruega Nana—. Te necesitamos.

—Oh, ¿en serio? Pues no me importa.

—¿Puedes venir a la casa? —interfiere Evan.

—Así que están todos...

—Sí, deja el drama —dice Dan.

—No me interesa estar con ustedes.

—Por favor —ruega Laura—. Te necesitamos.

—¿Para qué?

—Es Top Secret. Tienes que venir para enterarte —contesta Nana.

La línea se queda en silencio un momento, él está considerándolo y nadie quiere interferir.

—Está bien —dice al fin—. Voy para allá.

Todos suspiran aliviados cuando el Jefe cuelga el teléfono. Yo estoy sorprendida de que haya accedido. Solo bastó decir que lo necesitaban para que él aceptara venir. Es una clase de amistad que aún no entendía en las personas, porque no la había vivido, al menos hasta ahora.

—Puede parecer un poco agresivo al comienzo, pero es solo una máscara —explica Evan—. Él es el único de nosotros que puede comprar alcohol legalmente, trabaja desde casa, cuida de su madre, es buena gente. Creo que eso es todo lo que debes saber de él.

No sé qué esperar del famoso Jefe. Miro a Chris y aunque no puedo ver su rostro, él toma mi mano dándome apoyo.

—Siento llegar tan tarde, tuve que ir a mi casa primero —susurra para que nadie más lo escuche.

—No importa, gracias por venir.

De la casa de al lado vemos salir a un muchacho muy alto, es lo único que puedo ver desde la distancia. Cruza la calle y se encamina hacia nosotros por el frente.

—¡Imbécil! —grita—. ¿Te olvidaste de pagar la luz?

—Shhh... —todos lo callan.

—¿Cuál es el misterio? —entonces nos nota—. ¿Quiénes son ellos?

—Nuevos amigos —dice Evan.

—Hola, soy Jeff —nos saluda desde su posición.

—Hola —respondemos Chris y yo al mismo tiempo.

—Bueno, hablen. No tengo mucho tiempo —se dirige a los demás—. ¿Pueden encender las luces?

—No, no podemos. Cállate y siéntate —vuelve a hablar Evan.

—Tú no me das órdenes.

—Quieres sacarte el palo del...

—Basta —interfiere Nana—. No te hicimos venir para esto. Sabemos que estás enojado con nosotros, pero te necesitamos.

Él se sienta en la grada más alta de la escalera de entrada y mira hacia nosotros por más explicación.

—Me aburren. Me explican mejor o me voy —amenaza.

—En realidad, la que necesita ayuda soy yo —digo—. Sé que yo no te conozco, pero tus amigos confían en ti. La versión corta de los hechos es que mi gato desapareció hace unos días, lo busqué por todos lados hasta que creo haberlo encontrado, pero tengo que comprobarlo. Eso sería fácil si no estuviera encerrado en la casa que estamos vigilando ahora.

—Disculpa, pero ¿yo qué tengo que ver en esto?

—Es la casa de Rob —dice Laura.

—¿Qué? —pregunta sorprendido—. ¿Quieren entrar en la casa de Rob? Están dementes.

—Por favor, tú puedes ayudarnos —ruega Nana.

—No sé cómo.

—¿Conoces la casa? ¿Puedes decirnos cuál es la mejor manera de entrar? —le pregunto—. No es necesario que vengas conmigo.

—¿Tú entrarás? —él suena más sorprendido aún.

—Yo también —intefiere Chris.

Él mira al techo y niega con la cabeza, pero no responde.

—Es mi vecino, si algo sale mal, él vendrá por mí y por mi madre.

—No se tiene por qué enterar que nos ayudarás. De hecho no se tiene que enterar que alguno de nosotros está involucrado en esto —contesta Evan.

—Creo que no se dan cuenta de lo que quieren hacer —nos reprende—. Como el mayor de todos, debería decirles que esto es una sentencia de muerte. ¿Por qué harían eso por un gato?

—Llegó a mi casa una mañana, cuando me levanté vi una caja de zapatos sellada frente a mi puerta y algunos ruidos dentro —comienzo y todos me prestan atención—. Estaba segura de que había un animal adentro y me apresuré a abrirla antes de que el pobre muriera asfixiado. Cuando conseguí levantar la tapa, mi sorpresa fue ver dos pares de ojos asustados. Conseguí agarrar uno y el otro saltó como un resorte y fue a esconderse. Lo recuerdo como si lo estuviera volviendo a ver. Sus ojos completamente negros y asustados, su boca babosa, su pelaje sucio y su cuerpo flaco.

>>Eran dos gatos. Él que había conseguido agarrar se encogía en mi mano con las orejas bajas. Seguramente pensaba que había llegado su fin. Por su tamaño calculé que tendrían como dos meses. Tengo una perra muy grande en casa y estaba muy ansiosa. Llevé al pequeño gato a una habitación segura y fui a buscar al fugitivo, pero no lo encontré por ningún lado. Volví con mi nuevo invitado que resultó ser una niña, pero estaba muy desconfiada y no se atrevía a beber la leche que le dejé. De todas maneras la bañé, porque se notaba que estaba llena de pulgas. A pesar de que mis padres se enojaron, me pasé toda la noche con ella, me senté en el suelo y esperé. Quería que ella se diera cuenta de que podía confiar en mí. Mientras tanto seguía preocupada por dónde estaría su hermano o hermana.

Ninguno dice nada, pero sé que están atentos a mis palabras.

>>Más de un día pasó, antes de que la vecina de al lado viniera a tocar mi puerta con un gato en las manos. Dijo que lo había escuchado llorar en la

noche y lo logró sacar de su escondite con mucho esfuerzo y algunos arañazos. Dijo que era un gato muy malo y me lo ofreció esperando deshacerse de él de una vez por todas. Lo agarré con miedo y él intentó huir de nuevo. Me apresuré a llevarlo con su hermana, pero para mi sorpresa ella lo rechazó. No sabía qué hacer. Los llevé al veterinario para que los vacunaran y desparasitaran. Con el susto que se llevaron se volvieron a hacer amigos en la transportadora.

>>Pasaron días antes de que ellos se atrevieran a acercarse a mí por su propia cuenta. Yo seguía ahí sentada, esperándo que ellos estuvieran listos. Un día Mitzy, la gata, vino sola, se colocó entre mis piernas y cuando la acaricié no huyó. Sunny, el gato, nos miraba desde lejos. Un día Mitzy se quedó dormida encima de mis piernas, entonces Sunny vino y se apegó a mí. Ni siquiera respiraba para que no huyera de nuevo. Miró a su hermana encima de mí, pero no se atrevió a subirse también. En cambio se acostó a un lado de mis piernas y de a poco se acercaba más, hasta que colocó su cabecita encima de una de mis piernas y se quedó dormido. Ese día gané dos nuevos amigos para siempre. Solo ellos saben lo que vivieron antes de llegar a mi casa, aún son desconfiados, especialmente Sunny que no se deja acariciar con nadie. Solo conmigo. Él piensa que soy digna de confianza, que soy una buena persona, que nunca lo abandonaría, ni le haría daño como otros lo hicieron. Y no lo haré. Así tenga que entrar en esa casa, iré por él. Sé que él me está esperando.

Alguien se sorbe la nariz cuando acabo, es el Jefe. Nos da la espalda desde la escalera.

—Yo tenía un gato cuando era niño —comienza aún de espaldas—. Era negro, se llamaba Batman. Era el único amigo que tenía. Un día desapareció y no regresó nunca más —vuelve a sorber su nariz, pero nadie se burla por eso—. Te ayudaré.

Y así con esas dos palabras, sé que he conseguido más que un aliado, he ganado otro amigo.

CAPÍTULO 12



—Estamos locos —declara el Jefe cuando acabamos de ultimar los detalles del plan.

—Deberíamos hacer un brindis, por si mañana estamos muertos —bromea Dan.

—Dramático, no puede matarnos a todos —ríe Evan, pero nadie le responde—. Voy por una cerveza.

—Ya es muy tarde, tengo que irme —comienzo a despedirme.

—Bueno, nos vemos mañana —dicen los demás.

Christian estuvo bastante callado durante toda la noche, hacía solo los comentarios necesarios cuando veía que el plan no era lo suficientemente seguro o cuando tenía una idea mejor.

—¿Qué piensas del plan? —le pregunto mientras caminamos por las calles vacías.

—Muchas cosas pueden salir mal, pero supongo que es mejor tener la ayuda de los chicos que hacerlo nosotros solos.

—Sí, es una suerte que los hayamos encontrado y sobre todo que quieran

ayudarnos.

—Eres tú.

—¿Qué?

—Tú haces que todos quieran ayudarte, todos se sienten mejor a tu lado.

—¿Tú también?

—Sí. Pienso que ahora soy parte de algo bueno que está a punto de suceder.

—Creo que algo bueno ya ha sucedido —aseguro mirándolo de reojo.

Me refiero a él, a nosotros, a los chicos, a lo que estamos construyendo juntos y a lo que vamos a hacer. Me refiero a esa cómoda confianza con la que hablamos, pero no lo menciono para no arruinarlo. Porque Chris es como un gato al que hay que acercársele muy despacio para que no huya.

Cuando nos despedimos frente a mi casa, se acerca y me da un beso en la frente antes de marcharse. No dice nada. Es un breve instante que no sé interpretar.

Estoy ansiosa toda la mañana. No tengo dudas, pero eso no quiere decir que no tenga miedo.

En el almuerzo paso cerca de Kim y Eli, no sé si creer que estuvieron en ese auto anoche. Supongo que confirmo que nunca las conocí en realidad. Ellas me ignoran esta vez y lo agradezco porque no estoy preparada para una confrontación justo ahora.

Chris me ve y me sonrío, es la primera vez que veo que sonrío frente a todos.

—¿Por qué tienes cara de espanto?

—Tanto se me nota —respondo sentándome.

—Un poco, pero tranquila. Yo no dejaré que nada malo te pase.

Esta vez la que sonrío soy yo.

—Tengo la lista —anuncia Laura llegando hasta nuestra mesa. Agita el papel en una mano y en la otra sostiene la mano de Evan.

Ambos se sientan sin esperar invitación. Se refiere a la lista de materiales que anoche dijimos que necesitaríamos para entrar en la casa. Supongo que cuando nos fuimos, ellos siguieron pensando en el asunto.

Me la extiende para que la mire. Apenas puedo entender la letra, pero hago el esfuerzo.

Guantes

Pintura en aerosol

Ropa cómoda (negra)

Gorros negros

Transportador de gatos

Linternas

Bomba

—¿Bomba? —leo la última línea con preocupación.

Ellos sonrían.

—Esa es broma, solo queríamos ver qué cara ponías —dice Laura—. Espero que tengas sentido del humor.

Respiro aliviada.

—¡¿Ya se la mostraron?! —llega Nana con su hermano y también se sientan como si nada—. ¡Quería ver su cara!

—¿Por qué llegas tarde? —cuestiona Laura.

—Hola —nos dice a nosotros—. No llegamos tarde, ustedes vinieron temprano.

—Da igual. Acabamos de llegar.

A la luz del día puedo ver mejor a los hermanos. Nana es bajita, de cabello oscuro que le llega a mitad de la espalda. Sin embargo no usa tacones, lleva unas botas planas y unos pantalones de cintura alta. Dan tiene los ojos más claros que ella, su cabello castaño hace una especie de pico hacia el frente. Es un poco más alto que su hermana y más serio.

Nana se pone a buscar algo en su mochila, saca una billetera y con una sonrisa coloca un billete de veinte dólares en el centro de la mesa. Chris y yo la miramos sorprendidos, pero los demás comienzan a rebuscar en sus bolsillos y dejan caer encima de la mesa otros billetes.

—No tienen por qué hacer eso —les digo abrumada por su desprendimiento.

—Acéptalo. Ojalá tuviéramos más —se lamenta Dan—. Aún no es suficiente.

—Literalmente no sé cómo les devolveré esto.

—No es un préstamo. Puedes debernos un favor si te hace sentir mejor —asegura Nana.

—Yo traje algunas cosas para venderlas después de clases, no me siento bien al tomar el dinero de todos.

—Pero nosotros sí nos sentimos bien al dártelo. Hagamos algo, si al final no lo necesitas, nos lo devuelves —agrega Laura.

—Está bien. Gracias.

Con eso queda terminado el asunto y todos comienzan a comer hambrientos, menos yo. Por encima del hombro de Evan veo a Kim y Eli, ya

no me ignoran. Me están mirando fijamente con mala cara, pero es mi turno de ignorarlas.

Al salir me despido de Chris, él trabajará en la tarde para tener la noche libre. Yo le había pedido permiso a mi madre para hacer un trabajo en casa de una compañera, mamá no se negó con tal de que consiguiera nuevos amigos.

—Iré por ti, me llamas cuando estés lista para salir. Solo trabajaré hasta las seis —dice Chris.

—¿No estás perdiendo muchas horas de trabajo por mi culpa?

—No te preocupes. Después que acabemos con esto, haré turnos extras.

—Me siento culpable.

—Lo hago porque quiero.

Vamos las tres chicas en el auto de Nana y de su hermano, ella conduce.

—Creo que las cosas de la lista las debemos comprar una vez que comprobemos que es el gato que buscamos —comenta Laura.

—Estoy de acuerdo —agrega Nana.

—Me parece bien —digo cuando veo que ellas aparentan ser expertas en estos asuntos.

En mi mochila traigo lo más valioso que tengo. Un anillo, unos pendientes y un collar que pertenecía a mi abuela paterna.

—¿Estás segura de que quieres vender eso? —pregunta Nana después de contarle de dónde provienen las joyas.

—Quizá solo deberías empeñarlo —aconseja Laura.

—No tengo cómo recuperarlo después.

—¿Tus padres no te los pedirán? —pregunta Nana.

—Mi padre ni siquiera sabe que la abuela me lo dejó. Y mi madre no se llevaba bien con ella.

Los miro. Mi abuela me dijo que eran de oro, así que espero que valgan algo. Si no es así, no sé lo que haré porque no tengo nada más que tenga valor. Por lo menos no el suficiente.

—¿Conoces a Cody? —me pregunta Laura.

—No.

—Es un compañero nuestro. Resulta que su padre tiene una tienda de empeños. Ahí es donde vamos a ir. Si tienes ropa cara también conozco gente que compra eso.

—¿Conoces mucha gente? —pregunto con curiosidad.

—En realidad no, solo la adecuada. Ahora, si alguien quiere saber algo acerca de gatos, te conozco a ti.

Eso me hace sonreír.

—Bueno, si alguien quiere escuchar tonterías yo también conozco a la persona indicada —la molesta Nana.

—Y si alguien busca a una amargada, tengo alguien en mente —sigue Laura.

En lugar de molestarse, Nana sonrío más. Entiende que solo es una broma.

Estacionamos frente a una especie de almacén, aunque es una construcción vieja, se ve que ha sido recién pintado. No tengo dudas de lo que debo hacer, sé que estas joyas son solo cosas materiales, así que camino decidada junto a mis nuevas amigas.

Cruzamos la puerta de vidrio y una campanilla suena. Un hombre corpulento de unos cuarenta años aparece detrás del mostrador.

—Laura, ¿qué te trae por aquí? No me digas que buscas trabajo porque ahora estoy con personal lleno.

—No es eso, vine a vender algo. En realidad, mi amiga quiere vender unas joyas.

—¿Cuál de ustedes? —el hombre nos mira detenidamente.

—Yo —respondo sacando de mi mochila lo que quiero vender..

—Oye, no es robado, ¿cierto? No quiero problemas con la ley.

—Claro que no, era de mi abuela. Su nombre está ahí atrás.

—Eso me lo dicen mucho, pero solo porque eres amiga de Laurita te creeré. A ver muéstrame.

Saco la caja aterciopelada negra donde se encuentran y se la entrego para que él la abra. Se cambia de lentes y lo hace. Los mira detalladamente.

—Sí, es oro.

Entonces toma el collar, los pendientes y el anillo, luego los coloca en una pequeña balanza que tiene detrás de él.

—¿En serio los quieres vender? Sería una pena derretirlos, ahora ya no se hacen diseños tan elaborados.

—¿Los derretirá?

—Sí. Tengo que ganar algo de dinero yo también.

—Entiendo —sueno triste—. Lamento eso, pero debo hacerlo.

Él ahora me examina a mí como lo hizo con las joyas.

—¿Por qué esa cara triste? ¿Para qué necesitas el dinero?

—Es para rescatar a mi gato —comento.

—¿Tu gato? —repite incrédulo por mi confesión.

—Sí, se perdió y quiero recuperarlo.

—Es para la recompensa —interfiere mi amiga Laura.

Eso lo sorprende más y vuelve a mirar las joyas detenidamente.

—Te las compraré —dice al fin—. Pero las guardaré por un mes antes de derretirlas por si quieres recuperarlas.

Eso me alegra, pero luego recuerdo que probablemente dentro de un mes tampoco consiga el dinero para tenerlas de vuelta. Sin embargo es un lindo gesto.

—Está bien, gracias.

Él saca su calculadora y comienza a presionar los números, luego va hacia atrás y regresa con unos billetes en la mano.

—Es todo lo que te puedo dar —dice—. Espero que sea suficiente para rescatar a tu amigo.

Miro el dinero y es más de lo que pensé que obtendría, así que supongo que servirá.

—Bien, lo tomaré.

—Recuerda... un mes —dice cuando estamos abriendo la puerta para marcharnos.

—Lo recordaré, gracias.

Nos vamos con la primera parte del plan realizada.

Dinero. Listo.

CAPÍTULO 13



—Eso salió mejor de lo que esperaba —dice Nana emocionada.

—Pensé que me darían mucho menos —contesto.

—Es un hombre justo. Creo que en verdad puedes recuperar tus joyas después. Ya veremos la forma —agrega Laura.

Me siento a gusto con ellas en el auto, ni siquiera con Kim y Eli me sentí así alguna vez. Ellas no juzgan lo que traigo puesto, ni mis zapatillas rosas. No critican mi cabello, ni mis uñas despintadas. Parece como si nos conociéramos desde siempre, aunque ni siquiera sé dónde vive Laura, ni he entrado en la casa de Nana.

—Podemos ir a tomar algo, yo invito —ofrezco porque quiero relajarme un poco antes de hacer lo de esta noche.

Ellas aceptan, pero sugieren no gastar demasiado hasta que no hayamos ejecutado el plan. Vamos por unos refrescos y después me dejan en casa. Luego tendré que escaparme de nuevo.

—¿Cómo te fue con tus compañeras? —pregunta mamá sin mucho ánimo cuando entro en la cocina. Me pregunto si en verdad le importa.

—Muy bien —es la verdad y me alegro de decirla.

Después de cenar voy hasta el cuarto de mis hermanos sin hacer mucho ruido y les digo que volveré a salir.

—¿Y si te pasa algo? —pregunta mi hermano mayor con preocupación.

—Me cuidaré. Te enviaré mi ubicación por WhatsApp, si no estoy aquí por la mañana, sabrán dónde encontrarme. ¿Está bien?

Él dice que sí, pero no se ve seguro. La verdad yo tampoco lo estoy, pero trato de demostrar lo contrario para que ellos no se preocupen.

Cuando encierran a Sofi en su habitación con ellos, me escabullo por la puerta de atrás. Antes le había enviado un mensaje a Chris diciéndole que saldría dentro de un rato. Así que cuando llego a la calle, lo encuentro esperándome en la esquina. Está sentado en la acera, observando sus zapatillas negras y haciendo más grande la rasgadura de su pantalón.

Voltea justo cuando llego a su lado. Se levanta, pero está serio.

—Hola, ¿pasa algo malo? —digo al mismo tiempo que él me dice hola.

—Creo que no es seguro para ti entrar ahí, no he dejado de pensar en todas las cosas que podrían salir mal.

—¿Te estás arrepintiendo de ayudarme?

—¡No! Solo que no quiero que nada malo te pase.

—Nada malo pasará. Vamos, debemos hacerlo de una vez.

Él camina a mi lado, pero es como si estuviera ausente. Comienzo a preocuparme también con cada paso que damos pues creo que apenas me cae el peso de lo que vamos a hacer.

Cuando llegamos a la casa de Evan, está a oscuras de nuevo, pero sabemos que están ahí, así que seguimos hasta que nuestros ojos se adaptan a la oscuridad y los vemos sentados en el porche.

—Rob acaba de llegar, todos están dentro. ¿Aún quieren hacer esto? —

pregunta Evan.

—Sí —decimos a la vez.

—Pues vamos a comenzar.

Todos entramos a la casa y Dan enciende la luz. En la mesa de la cocina está esparcido un plano.

—Mi casa tiene la misma distribución —comenta el Jefe—. Solo que la de él tiene un piso extra, pero como no subirán, con esto será perfecto. Nos servirá cuando confirmen que es el gato.

—Ahora, hemos conseguido algo más de dinero —dice Evan entregándoselo a Chris.

—¿Puedo llevarme a Isa un momento? —pregunta Laura—. Ven conmigo —me jala antes de que pueda negarme.

Vamos hasta la habitación que supongo que es de Evan. Ella abre el armario y comienza a lanzar ropas de mujer a la cama. Es como si ella viviera aquí también, pero no comento nada porque unos jeans me golpean la cara.

—¡Oye! —me quejo.

—Lo siento, creo que te quedarán.

—¿Qué tiene mi ropa?

—Nada, pero grita que eres una niña buena por todos lados.

—¿Eso es algo malo?

—No. Pero para este caso, sí. Nadie te creerá que tú quieras comprar drogas.

—Las apariencias engañan.

—Pues sí, pero solo pónitelo y no hagas berrinches.

—¡Está bien! —exclamo caminando hacia el baño.

Si tuviera que adivinar cuánto tiempo tienen estos jeans, solo diría: muchos años. Algunas partes están tan desgastadas que son completamente blancas, sin contar las rasgaduras en las rodillas y otros lugares. Pero si algo tienen de bueno es que compruebo lo cómodos que son después de ponérmelos. Ella toca la puerta, la abre y avienta una blusa también.

—Fíjate si esto combina —dice.

No respondo y me la coloco. Me miro al espejo y suelto mi cabello. No me reconozco. La versión de mí misma que veo en mi reflejo es de una chica atrevida, sin complejos, segura de sí misma. Encuentro maquillaje en el lavabo y me aplico un poco para acentuar el aspecto. Cuando salgo, Laura se ve sorprendida.

—Perfecto, luces como yo, en una versión mejorada.

—Tú eres muy bonita —aseguro porque es verdad.

—Gracias, lo sé —bromea, pero sé que debajo de sus palabras hay inseguridades.

Cuando bajamos, todos están enfocados en un debate y apenas nos prestan atención, pero cuando al fin se dan cuenta de nuestra presencia, todos me miran de arriba hacia abajo.

—¿Y quién es tu amiga? —le preguntan a Laura bromeando.

—Les presento a Isa. Una chica genial que acabo de conocer —responde.

Todos sonrían, menos Cristian que tiene las cejas fruncidas levemente. No sé si es por la preocupación o por mi nuevo aspecto.

—Bien, ahora que están listos, comencemos con el operativo “Pantera negra” —dice Evan.

—Mi gato no es negro —intervengo.

—Le quitas la emoción a esto—responde Dan.

—Está bien, sigamos.

—Creé un grupo de Whatsapp con ese nombre, revisen sus teléfonos después. Tú serás “Hello Kitty” —me dice Nana—. Y tú Garfield —le dice a Christian.

—No quiero un sobrenombre —se queja él.

—Ya hemos discutido eso.

—¿Han estado discutiendo nombres gatunos mientras estábamos arriba?
—pregunta Laura—. Increíble.

—Sí —afirman todos.

—Yo soy Tom —dice Dan.

—Yo soy Silvestre —interfiere Evan.

—Y yo... El Gato con Botas —dice el Jefe.

—¿Qué hay de mí? —pregunta Laura.

—Tú serás Bola de Nieve —responde Nana.

—¿Es que Bola de Nieve es niña?

—Sí, eso creo. Bueno... Entonces puedes ser Penélope. Si Pepe Le Pew fuera un gato yo sería él —dice Evan acercándose para abrazar a su novia.

—Y yo seré Duquesa, de los Aristogatos —finaliza Nana.

Todos la miramos y sonreímos.

—¿Qué? Me gusta cómo suena —se excusa—. Y Rob será Pedro el malo.

—¿Pedro el malo es un gato? —pregunta Laura—. Esta es la clase de

cosas que deberían enseñarnos en la escuela.

—Bien, ya que todos están de acuerdo con sus nombres —Chris se queja con un murmullo—. Bueno, casi todos. Entonces comencemos —dice el Jefe.

Christian guarda el dinero en su billetera y vamos por atrás. Damos la vuelta y cuando estamos frente a la casa, Chris me toma de la mano.

—¿Lista? —me pregunta.

—Lista —digo aunque no estoy segura.

La casa está silenciosa, pero cuando damos el primer paso hacia adentro un hombre vestido de negro viene hacia nosotros.

Realmente estamos haciendo esto.

—¿Qué quieren? —pregunta el hombre hasta reconocer a Chris—. Muchacho, ¿tú de nuevo? Tu padre no está aquí esta noche.

Él se remueve casi imperceptiblemente cuando el hombre nombra la palabra padre.

—Sí, lo sé. En realidad quería comprar algo.

—¿Para ti?

—Para mí y unos amigos. Tendremos una fiesta.

—Claro, pasa. La chica puede esperar —dice entrando.

—Ella viene conmigo, no la dejaré sola aquí afuera —contesta rápidamente él y el hombre se vuelve hacia nosotros con una sonrisa.

—Está bien, vamos.

Ambos suspiramos aliviados mientras avanzamos hacia adentro detrás del hombre. Nos conduce hasta el sótano, pero antes de bajar nos encontramos con Rob. Él sonrío al ver a Christian.

—Muchacho, ¿qué haces por aquí? ¿Es que has decidido aceptar mi oferta?

¿Oferta?

—No, en realidad solo he venido a comprar un poco.

—¿Para ti?

—Sí.

—¿Y la muchacha?

—Es mi novia.

Bajo la vista para que no se note mi nerviosismo y sonrojo.

—Muy bonita. Vamos abajo entonces.

Él despide a su ayudante y nos guía hasta el sótano.

—¿Qué les puedo ofrecer y cuánto quieren? —nos pregunta cuando llegamos.

Christian dice que marihuana mientras toma su billetera y saca doscientos dólares.

—Una buena fiesta —afirma tomando el dinero y yendo por la mercancía a un pequeño cuarto escondido.

Aprovechamos para mirar alrededor, entonces veo algo que parece una enorme caja en un costado, no sé que hay debajo porque está cubierta con una sábana blanca. Me acerco sin pensarlo demasiado y la levanto por un extremo.

Unos enormes ojos asustados se encuentran con los míos. No necesito mirarlo dos veces para saber que es él.

—Muy bien, espero que la disfruten —dice entregándole a Christian un

paquete negro—. Veo que descubrieron a mi gato. ¿Te gustan los gatos? — me pregunta mirándome directamente mientras yo bajo la sábana.

—No mucho —miento tratando de sonar convincente y escondiendo mis manos para que no note que estoy temblando.

—A mi tampoco me gustan, pero es de mi hija —se encoje de hombros.

Él nos guía de vuelta arriba, pero cuando pasamos por la sala nos detiene.

—Christian, siéntense un rato, prueba esto —le ofrece un porro y ambos lo miramos nerviosos.

—No es necesario, ya llevo suficiente —dice él mostrando el paquete que saca de su bolsillo.

—Pruében esto, es una nueva mercancía que estoy trayendo para el público más selecto —nos explica—. Prueba —me lo coloca frente a mí.

—Yo lo haré —dice él quitándole de los dedos lo que me ofrece.

Quiero decirle que no lo haga, pero no sé qué pasará si alguno de los dos no lo hace.

Él toma el porro aparentando estar seguro de lo que hace. Quizá sí lo ha hecho antes.

El hombre le ofrece fuego y él se acerca para encenderlo.

Esto no puede estar pasando. Quiero alargar el brazo y apartar eso de él, pero no llego a tiempo porque él da una calada honda, ahogándose un poco. Él hombre sonrío satisfecho.

—¿Qué te parece?

—Muy bueno —dice después de toser. Rob espera que le de otras caladas antes de intervenir de nuevo.

—Ya lo creo, cuando quieran tengo más. Pero dámelo, no puedes salir

fumando de aquí. Si los pillan, ya saben, yo no les vendí nada. Ahora fuera —dice en tono amigable.

Ambos asentimos antes de dirigirnos a la puerta.

Apenas llegamos a la calle, Christian comienza a toser más, respira como si le faltara el aire.

Nos alejamos lo suficiente cuando él lo pregunta.

—¿Es él?

—Sí, lo es —afirmo y con eso lo que sigue del plan se pone en marcha.

CAPÍTULO 14



Christian camina tomando su cabeza con las manos como si no pudiera tenerla en su sitio sin la ayuda de ellas.

Tenemos que caminar un poco para llegar a la casa de Dan y Nana para que nadie sospeche de nosotros. Mi corazón martillea fuertemente y me pide volver por esos ojos asustados que confían en mí, pero Chris comienza a asustarme también cuando se detiene y se sienta en el borde de la acera.

Respira con dificultad y tose fuertemente.

—¿Estás bien? No debiste hacer eso.

Él no responde.

—¡Chris! ¿Estás bien?

Él asiente mirando hacia el suelo. No le creo nada.

Le levanto la cabeza y lo tomo de las mejillas, trato de leer sus ojos mientras él me observa detenidamente, es como si me viera por primera vez. Aunque parece que le pesaran los párpados.

—Tus ojos son...

Espero mientras él lucha por encontrar las palabras.

—Grandes —termina al fin tomando mi cara entre sus manos, las mías caen decepcionadas.

—¿Me estás insultando? Si no te gustan mis ojos no te...

—No, no, no —me corta—. Me encantan tus ojos. Eso es lo que quiero decir.

Me quedo inmóvil mientras él me sigue observando y barre con sus pulgares mis mejillas como si hubiera lágrimas imaginarias.

Nunca había visto sus ojos tan de cerca y si no fuera por el estado en el que se encuentran diría que también me encantan.

—Tus ojos no están mal, deberías mostrarlos más y no ocultarlos detrás de todo ese cabello.

Tomo el cabello que los cubre y se lo alboroto tratando de enviarlo hacia atrás.

Entonces él baja uno de sus pulgares a mi boca y la acaricia levemente. Me pongo nerviosa. Nunca he estado tan cerca de un chico antes.

Despierta en mí un sentimiento que no pensé tener justo ahora, pero lo cierto es que veo a Chris de una forma diferente y eso me asusta.

La verdad que no admitiré es que quiero que me bese, pero sé que no es el momento.

—Vamos —comienzo a levantarme—. Tal vez los chicos sepan qué hacer contigo.

Él se levanta de un salto, pero creo que el movimiento precipitado lo desestabiliza porque se tambalea hasta un arbusto cercano y vomita. Es posible que no haya comido nada porque no veo salir ningún alimento. Por asqueroso que suene, me acerco para apoyarlo tanto físicamente como moralmente.

—Siento que mi corazón va a explotar —murmura sosteniendo su pecho.

—No debiste fumar eso —le sigo recriminando mientras caminamos, la verdad es que me siento muy culpable también.

—Sí debía, él desconfiaba de nosotros. No dejaré que nada malo te pase.

Ya suponía que todo eso se debió a desconfianza, pero escucharlo decirlo me asusta más. Aunque no como el hecho de que mi gato sigue ahí dentro.

—Yo tampoco, así que camina —le ordeno y esta vez no nos detenemos.

Cuando llegamos a la esquina vemos a todos esperándonos, nos apuran con las manos. Caminamos más rápido lo que queda del camino.

—Nos tenían preocupados —dice Laura—. ¿Por qué tardaron tanto?

A Chris se le escapa una sonrisa y todos lo miran desconcertados, luego vuelven la vista hacia mí.

—¿Están drogados? —pregunta Evan como un papá preocupado y molesto.

—Ella no —contesta Chris mirándome.

—Adentro les cuento todo —les digo para que nos movamos.

Pasamos de largo la casa de los hermanos y entramos por la puerta trasera a la de Evan.

—Laura, trae agua —le pide apenas llegamos a la sala. Ella se va corriendo sin preguntar más.

—¿Qué le dieron? —pregunta el Jefe preocupado.

—Fumó un porro de no sé qué.

—¡¿Qué?! —todos preguntan en coro.

Cuando Laura llega con el agua y le da un vaso a Chris y otro a mí, procedo a contar todo lo que nos ocurrió allí dentro.

Ellos viven cada instante de mi narración, veo sus rostros angustiados sin dejar de observar a Chris de reojo, que se mantiene inmóvil con los ojos cerrados, está apoyado en el respaldo del sofá, pero sé que no está durmiendo.

—Es imposible que esté así de colocado por unas cuantas caladas — comenta el Jefe.

—Es la primera vez que fuma algo, algunos la toleran mejor que otros — explica Evan.

—Esperemos que Chris recobre su verdadero yo para que nos diga qué es lo que piensa — agrega Dan.

Todos lo miramos.

—¿Creen que estará bien? —les pregunto.

—Sí, aunque parece que no le sentó muy bien. Mejor así —dice el Jefe.

—Ahora que ya sabes que es tu gato —Evan comienza—. ¿Qué quieres hacer?

—Recuperarlo, por supuesto —contesto sin duda.

—Creo que por ahora todos debemos descansar, especialmente Chris — dice Laura—. Nana, ¿crees que podemos sacar el auto para llevarlos?

—¿Por qué le preguntas a ella? El auto es mío —se queja Dan.

—Dan, ¿puedes o no? —se impacienta Laura.

—Sí —afirma levantándose—. Pero tendremos que empujarlo para sacarlo, no puedo encender el motor, mis padres despertarían.

—No es necesario —digo.

—Oh, de eso nada. No los dejaremos irse así —asegura Laura.

Todos se levantan y yo los imito.

—Es mejor que te quedes con él, por si acaso. Te avisaremos cuando el auto esté afuera —dice Evan.

Miro a Chris y pienso que tienen razón.

—Está bien —digo volviendo a sentarme.

—¿Isa? —pregunta Chris con la voz pastosa después de que todos se van.

—¿Sí?

—Tengo miedo de abrir los ojos.

—¿Por qué?

—No lo sé.

Me acerco más a él y le quito los mechones que cubren su rostro. Noto una gran cicatriz cerca de su cuero cabelludo, delinear las marcas de los puntos de sutura y él se remueve.

—¿Cómo te hiciste esto?

—Mi padrastro —asegura y yo me detengo.

—¿Por qué?

—No lo sé, porque me odia.

—¿Es eso lo que estás ocultando?

Una esquina de su boca se curva y pienso que sonreirá, pero al final no lo hace. Solo comienza a abrir lentamente los ojos y me observa.

—No sé por qué tenía miedo —susurra al fin mirándome con una

intensidad que dice mucho.

Voy a responder, pero entonces Laura entra con Evan a su lado.

—El auto está listo, ¿crees que pueda caminar? —pregunta ella.

—Vamos, chico. Mañana te sentirás mejor, o eso esperamos —dice Evan tratando de levantar a Chris.

Salimos todos por la casa de los hermanos y caminamos hasta el auto que está estacionado en la esquina.

—Bueno, no es necesario que vayamos todos, así que yo me despido. Seguiré trabajando desde mi casa. Si quieren realizar la operación mañana me avisan —indica el Jefe mientras se marcha.

Parece que los demás no piensan seguir su ejemplo porque veo que comienzan a analizar cómo entraremos.

Dan se sube en el asiento del conductor, Laura y Nana se apretujan en el asiento del copiloto. Chris, Evan y yo vamos atrás.

—Solo falta el Jefe para que este sea un auto de payasos —ríe Laura.

—Con lo alto que es, ¿se imaginan? ¿Si vamos por él? —propone Nana.

—Cállense, solo dejemos a los chicos y volvamos —dice Dan.

—¡Qué aburrido! —agrega Evan.

Christian vuelve a apoyar su cabeza en el asiento y cierra los ojos.

—¿Estás bien? —le susurro, pero Evan me escucha y sonrío.

—Sí —contesta.

No le digo nada más, solo lo tomo del brazo para ayudarlo a estabilizarse.

—Bajen la ventanilla, tal vez un poco de aire le siente bien —dice Dan

mirádonos por el espejo retrovisor.

Lo hago y creo que todos lo necesitábamos porque respiramos profundamente.

—¿Qué haremos con el paquete? —les pregunto refiriéndome a la droga que aún cargamos.

—¡Mierda! —dicen todos sobresaltando a Chris.

—No quiero eso en mi auto —dice Dan nervioso.

—Hay que deshacernos de ella —concluye Evan.

—Genios, es obvio. Pero a dónde la botamos —interviene Nana.

—Podríamos quemarla —sonríe Laura.

Todos sonríen, incluso yo.

—Podríamos aventarla al río y que los peces se pongan hasta las nubes —bromea Nana.

—No pensé que fuera tan difícil deshacerse de eso —intervengo.

—Podríamos dársela a los vagabundos que andan debajo del puente —sugiere Evan.

—Y seguir fomentando la drogadicción y delincuencia, claro que no —se opone Dan.

—Y si solo la vaciamos al retrete —vuelvo a proponer.

Todos se quedan pensando.

—¿Alguien sabe dónde va toda esa agua y desechos? —pregunta dudando Evan.

Todos vuelven a pensar.

—¿A... algún lugar... seguro? —responde Laura, pero parece que lo pregunta.

—Esta es la clase de cosas que deberían enseñar en la escuela —dice Dan.

—Claro, deberían enseñarnos cómo deshacernos de la droga comprada para entrar en la casa de un mafioso como excusa para buscar un gato desaparecido. Sí, justo lo que deberían enseñar, genio —contesta Nana sarcásticamente.

—¿Y cuál es tu brillante idea?

—Bueno, eso es una planta. Pues llevémosla con otras plantas. Vamos al bosque y la esparcimos por ahí.

Todos lo pensamos de nuevo.

—Creo que es buena idea —digo y todos están de acuerdo también.

Dan se desvía del camino y conduce hasta las afueras de la ciudad, donde hay un pequeño bosque que sirve para asustar a los niños. Cuando no encuentra más camino se detiene.

—No puedo ir más allá. ¿Quién se bajará?

—Todos. ¿O tienes miedo? —lo reta su hermana.

Él responde abriendo su puerta y saliendo.

Todos lo imitamos, incluso Chris que ya se ve mejor. Aunque todavía sus ojos están raros y pesados.

Evan le quita el paquete que guardaba Chris y saca una navaja de su bolsillo.

Todos formamos un círculo y vemos cómo él entierra la navaja rompiendo el plástico que cubre el paquete. Realiza dos cortes para sacar el contenido.

—Deberíamos hacer un pacto —sugiere Laura—. Este será nuestro secreto.

—No más películas de adolescentes para ti —se burla su novio siguiendo su trabajo.

—Tiene razón —dice Nana—. Prometamos no decir nada de esto a nadie, nunca. Aunque aquí falta el Jefe, tendremos que confiar en que no dirá nada.

Todos colocan su mano encima del paquete medio abierto. Yo soy la última en hacerlo. Así prometemos guardar el secreto.

—Ahora somos una hermandad —se burla Dan, pero en realidad es algo más profundo.

—Tomen un poco cada uno y arrójenlo, si viene un perro policía, no quiero ser el único que huela a esta mierda —dice Evan y lo hacemos entre risas.

Arrojo mi parte cerca de un árbol frondoso. Mientras me sacudo las manos Christian viene hacia mí.

—¿Terminaste?

—Sí.

—Bien, vamos.

No digo nada del hecho de que él toma mi mano para volver con los demás, y ellos tampoco lo hacen cuando ven nuestras manos juntas. Trato de hacerles ver que es por la oscuridad, de seguro él me tomó la mano para asegurarse de que no cayera. Pero todos hacen como si miraran hacia otro lado.

—Bueno, nos detuvimos porque Evan quería orinar —dice Dan—. Aquí no pasó nada más. Vámonos.

Todos asentimos y volvemos a meternos en el auto. Chris vuelve a tomar mi mano y yo lo dejo. Cuando veo hacia el otro lado, Evan está sonriendo y

me da un guiño rápido cuando se da cuenta.

Salimos del bosque y volvemos a la civilización. Chris insiste en que me dejen a mí primero y todos están de acuerdo. Cuando lo veo por última vez en la ventanilla del auto, él sonrío haciéndome saber que estará bien. Me despido de todos con la mano mientras me pierdo en el oscuro camino hacia la puerta trasera de mi casa.

CAPÍTULO 15



Cuando paso por el cuarto de mis hermanos, Sofi comienza a rasguñar su puerta. Me apresuro hacia mi habitación para que nadie me encuentre en el pasillo. Mitzy sale de algún lugar, pasa entre mis piernas y entra conmigo.

Pegajoso duerme en mi cama, pero no encuentro a Sisy. Miro mi reloj que dice que son las cuatro de la mañana. Lloriqueo ante la escasa cantidad de tiempo que tendré para dormir, pero un par de horas es mejor que nada.

Cuando estoy en mi pijama, mi gata blanca aparece saliendo del armario. Me acuesto, pero no puedo dormir tranquila a pesar de lo cansada que estoy, tanto física como mentalmente.

No sé en qué momento me quedo dormida, pero cuando mi alarma suena no puedo creer que tenga que levantarme ya. Me duele todo el cuerpo. Mitzy se para frente a mi cara como revisando si estoy en condiciones de levantarme.

—Tranquila, estaré bien —murmuro mientras alejo las sábanas para levantarme.

El baño no hace nada para que mi cerebro funcione normalmente. Ni siquiera la taza de café que robo de la cafetera de papá lo consigue.

—¿Estás bien? —pregunta mamá sorprendiéndome.

—Sí —miento de nuevo porque es más fácil.

—Nunca tomas café.

—No dormí bien —y eso es lo más honesto que le he dicho en días.

—Estás comenzando a preocuparme, ¿tengo que hacerlo? Con todo lo que está pasando en casa y tú con esa cara.

Me siento culpable por un segundo, pero luego recuerdo que no lo soy. Me lo repito una y otra vez. No soy culpable de lo que pasa en esta casa.

—Tranquila, mamá. Estaré bien —repito lo que le dije a Mitzy y ella solo asiente, mientras se sirve un poco de café para ella. Supongo que tampoco durmió bien.

Cuando me siento al lado de mis hermanos, ellos me dan una mirada interrogativa, trato de decirles que luego les contaré.

Cuando llego a la escuela me cuesta concentrarme, estoy luchando cada minuto para mantener mis ojos abiertos. Todos los días que he estado trasnochándome me pasan factura.

—¡Señorita Baker! ¡Isabella! —salto de golpe en mi asiento y me doy cuenta de que todos me están mirando. Mi cara arde de vergüenza.

—¿Sí? —me aclaro la garganta—. ¿Me hablaba señorita Anderson?

—Claro que te hablaba, no puedo creer que estés durmiendo en mi clase. Toma tus cosas ahora mismo y ve a la dirección.

Por un momento no entiendo sus palabras. Nunca antes había tenido que ir a la dirección por una falta.

Todos comienzan a murmurar entre risas mientras meto mis cuadernos en mi mochila.

—Supongo que no trajiste el trabajo de hoy —dice la maestra cuando me levanto.

¿Trabajo? No sé de qué habla.

—No —admito mirando al piso porque no soporto que todos se estén burlando de mí.

—Vete, después hablaré contigo.

No miro a nadie mientras camino hasta la puerta y salgo. El pasillo está vacío y creo que nunca lo había visto así. Cuando llego a la dirección y la secretaria me hace esperar me doy cuenta de que probablemente llamarán a mi madre y quiero morir.

El reloj se mueve demasiado lento, me doy cuenta de que mis uñas están largas y descuidadas, no he tenido tiempo de arreglarlas. Podría estar utilizando este tiempo para hacerlo, pero no tengo un cortaúñas a mano y supongo que sería desagradable para la secretaria que me mira de reojo.

Me pregunto que estará haciendo Chris y si es que él tampoco ha tenido tiempo de arreglarse las uñas. Pero no puedo preguntarme nada más porque entonces mi madre entra y me mira como si no pudiera creer que yo hubiera salido de su interior.

—No puedo creerlo, Isabella —dice antes de acercarse a la secretaria y anunciar su presencia.

Es tan humillante exponer nuestros problemas ante la directora, mi madre trata de excusarme apelando a problemas familiares y depresión por la pérdida de mi gato.

No estoy deprimida, por lo menos ya no. Solo estoy preocupada y cansada, muy cansada, pero nunca admitiría por qué. Así que le sigo la corriente a mi madre y trato de lucir apenada y arrepentida. Aunque no es algo que haya querido hacer.

La directora me pide que vaya una vez por semana con la psicóloga de la escuela, pero dice que no puede intervenir en el trabajo de los maestros y si estos consideran castigarme por su cuenta por no cumplir con los trabajos a tiempo, ella no intervendrá.

Luego me pide un momento a solas con mi madre, así que salgo afuera a esperar de nuevo. Iré a casa en cuanto mamá salga y es lo que más lamento porque no podré ver a Chris, ni a los chicos para hablar de lo de anoche.

¿Por qué no me dormí después del almuerzo?

Cuando mamá sale no me dirige la palabra, camina y espera que la siga, así lo hago sin decir nada también porque puedo sentir la tensión y tengo miedo de que cualquier movimiento detone la bomba.

Cuando estamos en el coche aún no me habla.

—Mamá... —comienzo, pero ella levanta la mano para callarme.

—Ahora no —dice en un tono duro y se dedica a conducir.

No vuelvo a intentar hablar y solo miro por la ventanilla hasta que llegamos a casa. Supongo que aquí es donde se acaba mi suerte.

Ella se baja y yo la sigo hasta la cocina, me siento en una de las butacas de la barra hasta que ella decida hablar, pero parece no tener prisa y comienzo a angustiarme porque siento que con cada minuto es como un globo siendo inflado más y más. Mientras yo solo me cubro las orejas porque el estallido es inevitable.

Ella pone agua a hervir dándome la espalda. Pegajoso se restriega en mis piernas y yo trato de decirle que no haga ningún ruido por el bien de todos.

—Ninguna palabra de esto a tu padre —es lo primero que dice aún de espaldas a mí.

No puedo entender todo lo que abarca ese pedido, pero puedo sentir un dolor en mi pecho. De todas las cosas que pensé que diría, esa nunca cruzó por mi mente.

Tengo miedo de preguntar por qué.

—¿Me escuchaste? —pregunta más alto cuando no respondo.

—Sí —susurro y ella al fin se vuelve para mirarme.

En sus ojos hay decepción.

—¿Qué te sucede? ¿En qué estás pensando? ¿Por qué no duermes ni haces tus deberes?

Con cada pregunta su voz se intensifica más y agradezco que mis hermanos no estén aquí para ver ni escuchar esto.

—Nada —contesto mirando al piso.

—¿Es por lo del gato? ¿Sigues con eso? Supéralo. Podemos ir por otro o deshacernos de todos, así tienes más tiempo para la escuela.

—¡Nooo! —exclamo más fuerte de lo que pretendía—. Haré mis tareas.

—Si no puedes ocuparte de la escuela y de los gatos, ellos se van —amenaza.

No me doy cuenta de que estoy comenzando a llorar hasta que siento la humedad deslizándose por mi mejilla y cayendo sobre la barra.

—Nunca me habías hecho pasar tanta vergüenza, ahora todos creen que soy una mala madre. Yo, que me desvivo por ustedes.

—Lo siento —me disculpo aunque en realidad no sé por qué.

—Come algo y luego ve a descansar, espero que después de tu siesta comiences con todas esas tareas pendientes —dice antes de tomar su té y marcharse a su habitación.

No fue una explosión tan ruidosa como pensé, pero eso no quiere decir que no haya sido destructiva. Había algo en mi corazón que me decía que se había roto y no se podría arreglar.

A pesar de que no tenía hambre, hice lo que mamá me pidió. Luego di de comer a mis gatos y a Jeimy. Por último me fui a acostar, no sin antes mandarles un mensaje a los chicos para decirle en pocas palabras lo que había

ocurrido.

Sisy viene y se acuesta cerca de mi cabeza, incluso me lame el pelo. Mitzy está a un costado y Pegajoso a mis pies. Hay un lado vacío, pero estoy segura que no estará así por mucho tiempo. Necesito dormir para pensar con más claridad en cómo lograr que eso pase en el menor tiempo posible y con los mínimos riesgos.

Despierto asustada sin saber dónde estoy ni qué día es, mucho menos la hora. Miro mi teléfono y veo que son pasadas las cinco de la tarde. Salto de la cama con el corazón acelerado. Veo que tengo varios mensajes de los chicos, pero ninguno es de Christian.

Ellos me dicen que ya se enteraron de lo sucedido, y que al parecer Chris no ha asistido a clases.

Veo que el mensaje que le envié antes de acostarme aún no ha sido visto y comienzo a preocuparme. ¿Y si le pasó algo por lo de anoche?

Trato de llamarlo, pero no contesta. Lo intento un par de veces más, hasta que recibo la llamada de Laura.

—Hola, Isa. Pensé que tal vez seguirías durmiendo —saluda como burla, pero suena preocupada.

—Acabo de despertar. ¿Saben algo de Chris?, no me contesta.

—Pues no, estamos todos aquí reunidos y no le ha contestado a nadie.

—¿Y si algo le pasó por lo de anoche?

—¡No lo menciones! —exclama Dan y entonces sé que estoy en altavoz.

—Ok. ¿Creen que algo malo le haya pasado?

—Debe ser algo familiar —dice Evan—. O solo tiene un resfrío, a lo mejor también necesita descansar.

—Tal vez... —concedo pensando en lo que puede estar pasando.

—¿Vendrás hoy? —pregunta Nana esta vez.

—No lo sé, quería hacer... eso esta noche, pero al parecer no se podrá. Tengo que terminar mis deberes y tal vez se me haga muy tarde, sin Chris no sé si podría hacerlo.

—Estaremos aquí toda la noche, avísanos cuando termines y te recogeremos —ofrece Laura—. No podemos hablar de esto por teléfono.

—Está bien, si saben algo de Chris, me avisan.

Todos se despiden, están preocupados aunque no tanto como yo. Sigo intentando llamarlo mientras trato de concentrarme en todo el trabajo que tengo acumulado. Es difícil ponerme al día cuando mi cabeza está toda revuelta, pero si es lo que debo hacer para conseguir salir de aquí, además de conservar a mis gatos, es lo que haré.

Si Chris no me contesta hasta que vengan los chicos, les diré que vayamos a buscarlo a su casa o a su trabajo.

¿Dónde estás?

CAPÍTULO 16



A pesar de la cara de enojo de mi hermano mayor lo convengo de que me ayude a salir de nuevo.

Los chicos me esperan en la esquina con el motor del auto encendido. Las chicas están en el asiento trasero y se apartan para hacerme un lugar donde sentarme.

—¿Nada? —pregunto después de saludarlos.

—No, nada. No nos responde. No creo que sea buena idea ir a su casa a esta hora —dice Laura.

—Podemos ir a su trabajo, tal vez esté ahí —ofrece Evan.

—Está bien, vamos.

Me siento cómoda con ellos en el auto, a pesar de que hace apenas unas semanas no me hubiera subido ni aunque me hubieran obligado. Es gracioso cómo las cosas pueden cambiar tan fácilmente con solo darte la oportunidad de conocer a las personas más allá de las apariencias y los prejuicios.

Dan conduce despacio mientras intento llamar de nuevo a Chris.

Cuando nos bajamos en el *McDonald's* vemos que está casi vacío. Somos

atendidos por una camarera con cara de pocos amigos. En el momento en que vuelve con nuestro pedido le preguntamos por Christian. Ella parece sorprendida con nuestra pregunta.

—¿Son sus amigos?

—Sí —respondemos todos.

—Veré qué puedo hacer —dice marchándose sin confirmarnos si está ahí o no.

Todos nos miramos sin comprender nada. Los chicos comienzan a comer, pero yo no tengo hambre.

—¿Creen que deberíamos llevarle algo al Jefe? —pregunta Dan—. Seguro olerá las hamburguesas cuando lo veamos.

—Podemos llevarle las papas —se burla Evan.

—Malos —defiende Nana—, le llevaremos una doble.

Observo la puerta por la que la muchacha se fue, pero nadie sale de ahí. Entonces siento mi teléfono vibrar sobre la mesa. Tengo miedo de que mi madre se haya dado cuenta de que no estoy, pero no. Es un mensaje de Chris.

<<Estoy bien, chicos. No puedo salir ahora, estoy trabajando. Los veré mañana en clases>>.

—¿Eso es todo lo que dice? —pregunta Nana un poco molesta—. Nosotros tan preocupados por él.

—Bueno, al menos sabemos que está bien —interviene Evan antes de darle un gran mordisco a su hamburguesa.

Todos lo imitan, trato de comer también. Pero a pesar de que él dice estar bien, siento que no es del todo sincero.

Cuando le pedimos algo para llevarle al Jefe, la muchacha se ve apenada.

—¿Sabes a qué hora sale Chris? —pregunta Nana.

—¿Chris? —ella se ve más sorprendida por el hecho de que lo llamemos así—. No creo que sea pronto, está haciendo horas extras. Es mejor que lo vean mañana —dice más amable que al principio.

Cuando salimos al estacionamiento todos estamos de acuerdo en que es mejor esperar hasta mañana. Si él no quiere vernos ahora, debemos respetar su decisión. Aunque espero que nos explique por qué.

Vamos hasta la casa de Evan y enseguida aparece el Jefe. Como adivinando de dónde venimos nos mira sospechosamente.

—Espero que me hayan traído algo —amenaza.

—Claro que sí, cómo nos olvidaríamos de ti —dice Dan arrojándole la bolsa a la cara, pero él la detiene antes.

—Una doble, los amo —se sienta a disfrutar.

Todos toman sus lugares mientras vemos los planos de la casa a la que pretendo entrar, esparcidos en la mesa de café.

—Lo conseguí —dice el Jefe con la boca llena.

—¿Qué cosa? —pregunto.

—Su sistema de seguridad, fue un juego de niños. Puedo hackearlo ahora mismo si quieren.

—¿En serio? —Evan sonrío con Laura sobre sus piernas.

—¿Cómo lo conseguiste? —quiero saber.

—Te dije que era bueno en esto. No solo me paso todo el día en la computadora por nada. Y he estado pensando mucho en esto.

—¿Qué tan seguro crees que es entrar ahí? —pregunta Dan con preocupación, lo sé por cómo arruga las cejas.

—Lo más seguro que puede ser, considerando las circunstancias.

Todos se miran entre sí no muy convencidos. El Jefe nos explica su plan en detalle. Él se encargará de desactivar las alarmas y cámaras, además cortará la luz, aprovecharemos ese momento para entrar ocultos por las sombras, bajaremos, sacaremos a mi gato, correremos lo más lejos que se pueda de allí antes de que ellos logren reestablecer las luces y los sistemas.

Se escucha fácil, pero muy peligroso. Si nos descubren y nos atrapan podríamos estar en serios problemas. Además que lo que intentamos hacer es ilegal y somos menores de edad, a excepción del Jefe, que tiene veintidós años.

—Oye, si Cristian no puede yo iré contigo —ofrece Evan.

—Yo también —dice Dan.

—Yo iría, pero tengo que encargarme de todo el sistema. Soy el cerebro en esta operación, aunque claro que si llegamos frente a un juez lo negaré todo.

Todos estallamos en carcajadas, porque sabemos que solo está bromeando. En el poco tiempo que conozco a Jeff, alias el Jefe sé que es de los tipos que no tiene miedo en tomar la culpa por un amigo. Todos son así y me siento tan bien de estar en medio de ellos.

Miro a todos lados cuando voy por los pasillos de la escuela buscando a Chris, pero no lo veo por ninguna parte.

Él prometió vernos hoy y confío en su palabra, aunque es muy raro que desaparezca así.

La mañana pasa y el café que me tomé esta mañana hace efecto porque estoy atenta a todo, pero mi pierna derecha no deja de rebotar.

Cuando me dirijo al almuerzo y lo veo en su mesa me lleno de alivio. Es como si estuviera reteniendo el aire todo este tiempo y apenas puedo soltarlo. Él está de espaldas a mí, lleva un suéter negro con capucha y creo que es

extraño porque pensé que estaba más abierto a todos.

Camino con mi bandeja, la coloco en el puesto frente a él y me siento con una sonrisa, pero esta desaparece apenas veo su rostro.

Ahogo un grito mientras me llevo la mano a la boca.

—Chris, ¿qué te pasó?

—Nada —intenta quitarle importancia encogiéndose de hombros—, solo tuve una pelea con unos chicos ayer.

—¿Ayer? Por eso no viniste a clases.

—Sí, lo siento.

—¿Por qué?

—Dije que te ayudaría ayer, pero no pude hacerlo.

—No te preocupes, lo entiendo.

Estoy por preguntarle más de la pelea, pero el resto de los chicos vienen y se sientan con nosotros. Todos tienen la misma expresión en sus rostros al ver el estado en el que Chris se encuentra.

—Hombre, te ves mal —Dan es el primero en conseguir hablar.

Chris les repite lo mismo que me dijo a mí, pero al escucharlo de nuevo siento que no es toda la verdad, aunque no pregunto.

—Debiste llamarnos —dice Evan—. Nos hubiéramos escapado para ayudarte.

Veo sorpresa en el rostro de Chris. Sé que se está preguntando por qué alguien se escaparía de la escuela para ayudarlo.

—O por lo menos contéstanos el teléfono, estábamos preocupados — agrega Laura.

—¿Fuiste al hospital o algo así? No te ves nada bien —como siempre Nana tratando de cuidar a todos.

—Estoy bien ahora, lamento haberlos preocupado a todos —dice Chris mirando a su alrededor y deteniéndose en mí.

—Creo que como estás, es mejor que acompañemos Dan y yo a Isa para entrar en la casa —interviene Evan.

—Yo lo haré, prometo que estaré bien.

—¿Estás seguro? Parece como si necesitaras unos días para descansar —dice Nana.

—Estoy seguro.

Evan toma el mando y pone al día a Chris sobre nuestros planes, él escucha atento. Cuando termina se ofrece a ir conmigo a comprar las cosas que nos hacen falta. Nana está de acuerdo porque le digo con la mirada que me gustaría aprovechar ese tiempo para hablar con él. Ella comprende y convence a todos de que es lo mejor.

Le había dicho a mamá que iría con unas compañeras a ponerme al día con unos trabajos, por lo que hoy no viene por mí.

—¿Estás segura de que no quieres que los llevemos? —pregunta Nana junto a los demás que están por irse.

—Sí, es lo mejor. Los veremos más tarde.

Ellos se van mientras yo espero que Chris salga. Me dijo que tenía que ir a la dirección antes de irse, pero ya lleva mucho allí. Cuando al fin sale, se ve agotado.

—Vamos —dice al llegar a mi lado.

—¿No viniste en bicicleta hoy?

—No, no hubiera sido muy práctico —entonces me doy cuenta de que

cojea ligeramente con un pie.

—Llamaré a las chicas y les diré que ellas compren todo.

—No —me detiene—. Puedo hacerlo, por favor.

Lo observo un momento y al final acepto. Caminamos despacio, pero con cada paso estoy más convencida de que lo que nos contó no es toda la verdad. Pero no sé cómo preguntárselo.

CAPÍTULO 17



—Chris, ¿cómo te hiciste todos esos golpes? —pregunto sin preámbulos cuando no puedo soportarlo más.

Llegamos al supermercado y él no responde.

—¡Chris! Dime.

Él suspira derrotado.

—Vamos a sentarnos.

Nos sentamos en la acera y estoy ansiosa porque me cuente todo.

—Esa noche que llegué después de haber ido a la casa de Rob, mi padrastro se dio cuenta de que había fumado. Tuvimos una pelea porque también se enteró de dónde había sacado la marihuana o lo que fuera que fumé.

—¿Tu padrastro te hizo eso?!

Lo miro mejor, tiene golpes por todos lados. Un labio partido, un ojo morado y su mejilla derecha parece haber sido arañada con algo filoso. No puede estar hablando en serio. Apenas se estaba recuperando de la pelea con esos chicos del parque.

—Lo hizo —se encoge de hombros.

—¿Le explicaste lo que pasó? Yo puedo hablar con él si quieres.

—No es necesario. Él no me hizo esto porque estuviera preocupado por mi metiéndome en drogas.

—¿Entonces por qué lo hizo? —parece debatir entre si contármelo todo o no—. Puedes confiar en mí —aseguro tomando su mano y por su mirada sé que me cree.

—Él piensa que fui con Rob porque le quiero quitar el trabajo. Cree que quiero vender drogas y sacarlo del juego a él.

—Eso es estúpido, no pudo haberte dado esa paliza por una confusión. ¿Y tú madre estaba ahí?

—Como si no lo estuviera. Isa, mi madre es una alcohólica. El noventa por ciento del día no sabe ni quien es ella.

—¿Por qué no lo denuncias?

—Tengo un hermano pequeño, él es su padre. Si lo denuncio, la policía vendrá a investigar. ¿Qué crees que harán cuando vean cómo vivimos?

Todos los posibles escenarios se me vienen a la cabeza y entiendo el temor de Chris. Tal vez consiga deshacerse de su padrastro, pero seguramente su hermano sería alejado de él. Ahora comprendo.

—No tiene por qué pasarle nada malo.

—No puedo dejar que se lo lleven lejos. Él solo me tiene a mí.

—Entiendo, pero no podemos dejar que te haga esto de nuevo.

Él sonrío.

—¿Qué? —pregunto.

—¿Podemos? Nunca nadie se ha preocupado tanto por mí. La verdad es que he estado así muchas veces, la gente piensa que estoy en alguna pandilla por eso. Les dejo creerlo porque es lo mejor.

—Por un momento yo también lo creí —confieso.

—¿Qué te hizo cambiar de opinión?

—Tu desinteresada ayuda y tu sincera amistad.

—¿Podrías no decirle de esto a los demás?

—¿Por qué? Ellos también quieren ser tus amigos —aseguro.

—No quiero que más personas lo sepan.

—Está bien. ¿Te puedo hacer una pregunta antes de irnos? —él asiente en silencio—. ¿Por estas cosas es que estás practicando boxeo? Te vi una vez que pasé por tu casa.

—Me ayuda a liberar un poco de tensión y además me ayuda a estar más preparado para la próxima vez.

No me gusta como suena eso, porque quiere decir que se volverá a repetir.

—Tranquila, no siempre es tan malo. Y él no puede ganar eternamente.

Se levanta y me ofrece su mano para que lo haga también. Busco en mi mochila la lista de cosas que tenemos que comprar y vamos por ellas.

Cuando tenemos todo tomamos un autobús hasta la casa de Evan porque es más fácil y estamos retrasados. A pesar de estar dolorido, él se ofrece a llevar las bolsas.

—No tienes que ir si no te sientes bien, los chicos se ofrecieron a acompañarme.

—Me quedaría más tranquilo si yo fuera contigo. Estaré bien, quiero que

tú también lo estés.

—Yo también, me siento más segura a tu lado.

Y no sé por qué mi pequeña confesión hace que me acalore y recuerde cómo me miró la otra noche. No sé lo que él piensa porque se queda callado sin dejar de observarme.

Pero cuando estamos por llegar a la casa de Evan toma mi mano para detenerme.

—También podría ir yo solo. No sé cómo pero sacaré al gato sano y salvo, lo prometo —veo preocupación en sus ojos casi ocultos por su cabello.

Me paro frente a él y tomo su mejilla herida.

—Sé que lo harías, estoy segura de eso. Pero yo también estoy segura de que no te dejaría entrar solo ahí. ¿Entiendes eso?

—No —niega y yo sonrío.

—Lo que estoy diciendo es que me importas tanto que no quiero que nada malo te pase.

—Eso es lo que yo estoy tratando de decirte —sonríe también mirando al piso.

Entramos a la casa y los chicos están escuchando música mientras hacen su tarea.

—Siempre me pregunté en qué momento hacían esto —les digo sorprendiéndolos.

—Para que veas —dice Evan—. No somos tan tontos como creías, ¿eh?

No sé qué contestar porque sí los juzgué mal desde el principio.

—Quita esa cara, ya sabemos que ahora nos admiras —bromea Laura viniendo hasta nosotros.

—¿Trajeron todo? —pregunta Dan.

—Sí, aquí está todo lo de la lista —contesta Chris.

—Está bien, ahora tengo que ir a casa. Volveré más tarde —me despido de todos al igual que Chris.

Cuando estamos caminando despacio hasta mi casa nos encontramos con Kim y Eli. Están en el asiento trasero de un auto convertible riendo sin parar, sus novios están adelante. Ellas me ven después de que yo las veo. Kim le dice algo a Matt y todos sonrían. Cuando llegan hasta nuestro lado arrojan hacia nosotros dos vasos de gaseosa, Chris me aparta justo a tiempo. Los vasos de plásticos se estrellan contra la acera y nos salpican los pies.

Cuando miro hacia ellos, ríen y Kim me lanza un beso guiñándome el ojo. No me dicen nada y solo se alejan.

Los miro por un momento hasta que dan vuelta a la esquina y se pierden de mi vista.

—Pobrecitas, ahora no tendrán nada que tomar —dice Chris haciendo que vuelva a mirarlo.

Es lo último que se me hubiera ocurrido que fuera a decir y me echo a reír.

—Pobrecitas, seguro era de dieta —comento siguiendo la broma.

Continuamos caminando sin volver a mencionar el asunto. Me doy cuenta de que en verdad no me importa que las que hasta hace unos días se decían mis amigas ahora me estén arrojando bebidas desde un auto en movimiento. No me importa que ahora se declaren mis enemigas, porque sé que la amistad es otra cosa. Y creo que lo sabré mejor esta noche.

Trato de administrar mejor mi tiempo para realizar todos los trabajos que tengo pendientes. No me preocupo demasiado por la calidad, solo no quiero fallar otra vez.

Mis hermanos me están ayudando a alimentar a los gatos y a Jeimy.

Agradezco que no me hagan demasiadas preguntas, aunque Oliver no deja de mirarme con preocupación, más aún cuando le digo que saldré de nuevo esta noche y que espero volver con Sunny.

—¿Cómo va la escuela? —nos pregunta papá mientras cenamos.

—Bien —contestamos los tres mirando nuestros platos. Estoy segura de que todos estamos mintiendo.

Cometo el error de mirar a mi madre, ella me devuelve la mirada cómo diciendo que no comente que me quedé dormida en clases. No sé por qué piensa que lo haría, no es algo de lo que enorgullecerme. Supongo que cree que es un fallo de su parte como madre, aunque no sea así.

Esa es la única interacción que tenemos como familia. Parece que Sofi es la única que siempre está de buen humor.

Cuando al fin creo que todos duermen, saco de mi armario el transportador de mascotas que tengo, es negro y tiene una correa gruesa que me servirá para llevarlo en el hombro. Me despido de todos mis gatos y acaricio un momento a Jeimy. No quiero pensar en lo que les ocurriría a todos ellos si algo malo me pasara esta noche, pero tengo que hacerlo.

Me armo de valor y bajo tratando de no hacer ruido, mis hermanos están con Sofi en su habitación. Sin embargo me paro en seco cuando veo una figura durmiendo en el sofá de la sala. Al enfocar mejor la vista me doy cuenta de que es mi padre.

Me quedo inmóvil al pie de las escaleras sin saber qué hacer, podría despertarse o podría no hacerlo. Él siempre ha tenido el sueño pesado, pero ¿la suerte estará conmigo esta noche?

¿Por qué tuvo que pasar esto justo hoy?

Tendría que atravesar la sala para llegar a la cocina y salir por la puerta trasera, la otra opción sería salir por el frente, pero la puerta está más cerca y podría escucharla. Aunque...

Miro la puerta que está ubicada debajo de las escaleras, por ella se accede al sótano. No tiene puerta hacia afuera, pero tiene un par de ventanas que tal vez pudiera usar. Decido probar.

El clic de la puerta al abrirse me sobresalta y miro angustiada hacia la figura de mi padre que permanece inmóvil. Entro y cierro con el mismo cuidado y pongo el seguro. Bajo las escaleras y me concentro en las ventanas. No son demasiado altas, pero necesitaré algo para subir y poder salir.

Hay un escritorio con ruedas que mi padre solía utilizar cuando trabajaba aquí, lo muevo con cuidado y luego coloco una silla encima de él.

Cuando subo decido que es lo suficientemente seguro para aguantar mi peso. Mi corazón golpea fuertemente contra mis costillas y respiro aliviada cuando compruebo que el transportador logra salir por la pequeña ventana, si hubiera sido un par de centímetros más grande, no lo hubiera logrado.

Aún tengo que darme un pequeño impulso para salir yo también, pero cuando lo logro siento la adrenalina correr por mis venas a toda velocidad.

Dejo la ventana abierta porque solo se puede abrir por dentro y corro hacia la calle. A un par de metros veo que Chris ya está esperándome.

—¿Qué pasó? ¿Por qué tardaste tanto?

—Un pequeño contratiempo —respondo sin dejar de caminar, él me sigue.

Siento mi teléfono móvil vibrar y veo que tengo varios mensajes en el grupo “Pantera Negra”. Los chicos están comentando que están listos.

Chris también los lee. Corremos más rápido.

Cuando llegamos a la casa de Dan y Nana envío un mensaje al grupo para decirles que ya estamos aquí. Al momento aparece Dan para llevarnos hasta la casa de Evan. Cuando entramos todos están reunidos en la sala alrededor de los implementos que necesitaremos.

Es oficial, vamos a entrar en esa casa.

CAPÍTULO 18



—La suerte está de nuestro lado esta noche —anuncia Evan dramáticamente—. Pedro el Malo no está en casa.

Me doy cuenta de que todos estamos vestidos de negro a la luz de una única lámpara, haciendo que lo que estamos por ejecutar parezca más tenebroso.

Repasamos el plan de manera general antes de que el Jefe vuelva a su casa para dirigir la operación desde allí y realizar su trabajo.

Nos entrega unas gafas de visión nocturna que pertenecían a su padre y que encontró en su sótano. No pregunto qué es lo que hacía en realidad su padre y las acepto.

—Solo sigan el plan y todo saldrá bien —nos ordena antes de irse.

—Todavía están a tiempo de arrepentirse —dice Nana con preocupación.

—No —decimos ambos.

Revisamos todos los materiales, nos colocamos los guantes y las capuchas. Chris lleva también una mochila con lo demás.

Nos paramos detrás de la puerta listos para la señal. Todos sabemos

cuándo será el momento.

—Un minuto —anuncia Evan después de mirar su teléfono.

Lo último que veo antes de que se apaguen las luces es la mirada preocupada de Laura y Nana.

Chris y yo nos colocamos las gafas mientras abrimos la puerta y corremos para cruzar la calle con Evan y Dan detrás de nosotros.

El plan era que el Jefe conseguiría hackear el sistema de seguridad de la casa, pero él dijo que podía ir más allá y ahora había conseguido dejar sin electricidad a todo el vecindario.

Siento mi corazón en los oídos al compás de los pasos que damos. Entramos por un costado de la casa del Jefe, mientras Dan y Evan tantean el muro por el cual tendremos que saltar. Juntan sus dos manos para que Chris tenga donde apoyarse, él irá primero. Lo hace parecer tan fácil, cuando está arriba saca la pintura en aerosol y pinta las lentes de las cámaras que hay sobre el muro, cuando desaparece al otro lado sé que es mi turno.

—Ellos están afuera, seguramente salieron a vigilar y comprobar que no hay luz en toda la zona —dice Dan quien tiene un audífono en el oído y está conectado con las chicas, que miran desde el exterior.

Sin perder más tiempo trato de hacer lo que Chris hizo tan fácilmente, pero mis piernas están tan débiles que me es casi imposible.

—Recuerda por qué estás haciendo esto —comenta Evan al ver que fracaso al tercer intento.

Todos reunimos nuestras últimas fuerzas, así consigo estabilizarme sobre sus manos; luego ellos me elevan y cuando logro alcanzar la cima del muro me dan un último impulso que me ayuda a cruzar. Salto hacia el otro lado con ayuda de Chris que me atrapa.

No vemos a nadie y él toma mi mano mientras corremos hasta la casa. Me siento asfixiada con todo lo que traigo puesto, pero no me quejo.

Llegamos hasta una ventana, Chris saca de la mochila un rollo del film protector de superficies adherente que el Jefe nos consiguió, ambos lo desenrollamos y lo colocamos sobre la ventana asegurándonos de que esté bien pegado y de que sea la ventana correcta según los planos que revisamos.

Él enrolla en su mano un pedazo de tela y golpea la ventana con fuerza pero tratando de ser lo menos ruidoso posible. Esperamos unos segundos y cuando vemos que no viene nadie sacamos los pedazos de vidrio para poder entrar. Chris lo hace primero, le paso el transportador y luego entro yo, él vuelve a atraparme.

—Vamos bien —susurra él a Laura que está en su oído y a mí que estoy muerta de miedo.

Chris va a la puerta y nos encierra en el sótano, mientras yo voy por la jaula. Levanto la sábana y ahí está mi amigo. Estoy segura de lo que estoy haciendo, pero eso no evita que mis manos estén temblorosas, tanto que me cuesta abrir la puerta de la jaula. Le susurro para intentar calmarlo y conseguir que colabore.

Coloco la puerta de la transportadora contra la de la jaula, pero él solo me mira más asustado cada vez. Chris me ayuda tratando de empujarlo por el otro lado.

—Sunny, por favor, es la única forma de salir de aquí —susurro lo más cerca que puedo.

Parece que entiende la situación porque al fin entra a la transportadora y sin perder el tiempo cierro la puerta y la aseguro.

Respiro con alivio, pero la sensación no me dura mucho.

—Mierda —murmura Chris y sé que Laura le ha dicho una mala noticia.

—¿Qué pasa?

—El auto de Rob está llegando. Tenemos que salir de aquí.

No me paro a pensar en que me estoy escapando de dos sótanos

diferentes en una misma noche.

Chris toma la transportadora y la saca por la ventana, cuando está ayudándome a salir alguien intenta abrir la puerta. Ambos centramos nuestra atención en el ruido. Alguien está queriendo forzar la cerradura. Saben que algo no está bien.

—Apúrate —dice volviendo a ayudarme a salir—. Ve por al frente, yo los entretendré.

Empujo la transportadora por el suelo mientras me arrastro para alcanzar el exterior de la casa. Cuando lo consigo escucho que la puerta se abre.

—Vete —ordena Chris sin dejarme decidir—. Corre.

—¿Y tú?

—Saldré después, lo prometo.

Apenas tengo un segundo para dudarlo porque él se pierde dentro de las sombras de la casa y yo estoy afuera.

Escucho pisadas cerca y sé que tengo que correr o ninguno de los dos logrará escapar.

Me acomodo las gafas, tomo a mi gato y ambos nos dirigimos por el lado contrario por el que entramos, como Chris me dijo. Miro hacia atrás para ver si él viene, pero no veo a nadie. Apenas me alcanza el oxígeno para mantenerme enfocada en mi propósito.

Cuando llego a la única salida que tengo veo que está cerrada. El enorme candado no deja lugar a dudas. El plan original era volver por donde entramos, Chris tiene una cuerda en su mochila que era la que utilizaríamos para que los chicos desde el otro lado nos ayudaran, pero yo no tengo nada. Veo que sobre la pared hay unas enredaderas con flores, me acerco y tanteo hasta encontrar una especie de malla que es de donde se agarran, los huecos son lo suficientemente grandes como para que mi pie entre en ellos, pero no sé si soportará mi peso. Cuando escucho los pasos más cerca sé que es la

mejor opción que tengo.

Comienzo a subir sintiendo algunas espinas clavarse en mis manos, la malla se siente inestable, me apresuro y cuando llego a la cima del muro estoy casi eufórica.

—¡Hey! —gritan dos hombres al dar conmigo al fin. Corren más rápido hacia a mí.

Todos nos detenemos en nuestras posiciones cuando escuchamos una fuerte explosión que viene de adentro de la casa. Aprovecho la confusión de los hombres para saltar hacia el otro lado a pesar de ser alto. Caigo lo mejor que puedo, pero uno de mis talones me molesta, no tengo tiempo de pensar en ello cuando comienzo a correr de nuevo. No importa la dirección, lo único que quiero es alejarme, aunque al mismo tiempo quiero volver porque lo irónico e injusto de la situación es que logré rescatar a uno de mis amigos, pero tuve que dejar a otro.

Mis pasos retumban en la silenciosa calle oscura, pero no son los únicos. Alguien me sigue, quiero pensar que es Chris que viene por mí, pero lo más seguro es que sea alguno de los hombres que me perseguían. Así que continúo huyendo como si mi vida dependiera de ello porque tal vez es así.

La correa del bolso me pesa en el hombro y Sunny está rebotando contra mi pierna, seguramente con mucho miedo. Miro hacia atrás y veo un hombre, está peligrosamente cerca.

Trato de cruzar la calle, pero una motocicleta me corta el paso. Es una silueta negra y me asusto.

—Sube —me ordena y reconozco la voz de Laura debajo del casco.

No lo pienso dos veces antes de subir, ella acelera mientras el hombre maldice.

Tengo el corazón en la boca y el alma en los pies. Podría desmayarme ahora mismo, pero tomo mis últimas fuerzas para sostenerme fuertemente de Laura. Mientras me aseguro de que Sunny se encuentra conmigo.

Me quito los lentes cuando vemos que la luz regresa.

Estamos lo suficientemente lejos cuando nos sentimos más seguras y ella disminuye la velocidad.

—¡Whoa! ¡Poder femenino! —grita llena de euforia llamando la atención de algunos conductores.

—Tenemos que volver, Chris se quedó adentro —le grito para que me oiga.

Ella se detiene en un semáforo en rojo y se vuelve para mirarme.

—Lo sé, la comunicación se cortó antes de la explosión.

—¿Qué fue eso?

—No lo sé, no estaba en el plan.

Comenzamos a avanzar de nuevo y ella regresa por un camino distinto. Cuando al fin llegamos a la casa de Nana ella nos está esperando afuera.

Toma la transportadora de mis manos mientras me bajo y me conduce hacia la casa de Evan. Laura viene detrás de nosotros con la moto a un costado para no hacer ruido.

—¿Y Chris? ¿Logró salir? —pregunto ansiosa.

—No lo sabemos. No podemos comunicarnos con él.

La casa de Evan no tiene sótano, así que Laura me conduce a una habitación que está casi vacía donde hay una pequeña cama, arena para gatos, agua y comida. Me quito los guantes después de dejar la transportadora en el suelo. Me arrodillo y abro la cremallera dejando la puerta abierta, él sale corriendo inmediatamente y se esconde debajo de la cama.

Sé que estará seguro aquí por ahora, así que salgo en busca de mi otro amigo.

Cuando llego a la sala, Laura y Nana están al teléfono. Me quito la capucha y el pantalón negro, me coloco la ropa que traía antes y me reúno con ellas.

—Los chicos lo están buscando —dice Nana preocupada mientras me acerco a la ventana para observar hacia la casa.

Una patrulla está estacionada ahí.

—¿Cuándo llegó la policía? —pregunto.

—Supongo que alguien los llamó después de la explosión.

—Cuando Laura se fue a buscarte siguiendo tu ubicación de *WhatsApp*, varios hombres salieron huyendo. Creo que Rob salió en uno de los autos, pero no vi salir a Chris —explica Nana.

Busco mi teléfono e intento llamarlo, pero no contesta. Pienso en todo lo que pudo salir mal y definitivamente esto es peor.

—Deberíamos salir a hablar con la policía —propone Nana al borde de un colapso.

—No, esperemos un poco más, si Chris estuviera ahí dentro ya hubiera salido. ¿Qué piensas tú, Isa? —pregunta Laura.

—No lo sé, ¿y si le pasó algo malo? ¿Y si se lo llevaron?

Ellas se miran entre sí con preocupación. Cada minuto cuenta.

Cuando los chicos llegan por atrás y no vemos a Chris con ellos me desespero.

—No lo encontramos, creo que debemos hablar con la policía —dice Dan ante un Evan no muy seguro, pero igualmente preocupado.

Todos asentimos de acuerdo, pero el teléfono de Evan suena cuando estamos por abrir la puerta. Esperamos a que conteste. Él lo hace y lo pone en altavoz. Es el Jefe.

—Localicé su ubicación. Está en la fábrica abandonada de refrescos.

Todos damos media vuelta sin perder tiempo y vamos por el auto de Dan, nos acomodamos como podemos mientras él nos conduce hasta donde se supone que lo encontraremos.

Entramos por detrás, Evan se coloca las gafas de visión nocturna y nos guía por la densa vegetación. Nos detenemos cuando escuchamos el ladrido de un perro.

Los chicos intentan protegernos colocándonos detrás de ellos.

—Chris... —susurra Dan esperando que nos escuche si es que está aquí.

—Chris —repetimos todos a una voz.

Pero no es él quien aparece. Los ladridos ahora están delante de nosotros. Nana se sujeta fuertemente de mi brazo como si eso pudiera salvarla, pero todos estamos expuestos.

Dan enciende la linterna que tiene en manos y la dirige hacia el perro. Lo reconozco. Corrección, la reconozco. Es la perra furiosa que nos atacó a Chris y a mí esa noche. Y está aún más furiosa.

—¡Trinity! —grita alguien desde adentro y creo que todos reconocemos su voz, al igual que la perra porque inmediatamente se calla y corre hacia adentro.

—¡Chris! —volvemos a gritar todos mientras avanzamos con precaución buscando en la oscuridad.

Vemos una figura en la puerta, me asusto hasta que Dan dirige la luz hasta su cara. Todos respiramos aliviados al ver que es él.

CAPÍTULO 19



Suelto todo el aire que había estado conteniendo mientras observo su rostro. Aunque el alivio no me dura demasiado, veo que su ropa tiene mucha sangre. Él acaricia la cabeza de la perra y ella se sienta a su lado. No puedo entender nada, pero no es momento para preguntas.

Todos corremos hacia él viendo que ya no hay peligro.

—¡Mierda, Chris! ¡Qué pasó? —pregunta Evan.

—¿Estás bien? —cuestiono al seguir observando la sangre.

Él asiente, pero se ve pálido.

—Creo que sí, solo tengo una pequeña herida en la pierna —responde él.

—¿Por qué no contestas tu teléfono? —Nana está molesta.

—Creo que lo perdí en el camino.

—El Jefe lo ubicó en este lugar, así que debe estar escondido entre la maleza. ¿Cómo te heriste? —interviene Laura.

—Pues... cuando estaba saltando el muro para huir, uno de los tipos me apuñaló en la pierna.

—¡Qué! —exclamamos todos volviendo a mirar la sangre.

Dan apunta la luz hacia su pierna que tiene una especie de torniquete hecho por él mismo.

—¡Por qué no lo dijiste antes! —grita Evan—. Debemos ir al hospital.

—¡No! —niega Chris.

—¿Por qué? —preguntan los demás, aunque yo puedo imaginármelo.

—Nos harán muchas preguntas —responde él y tiene razón, aunque sé que eso no es todo.

—De todas maneras tenemos que sacarte de aquí para mirar mejor eso — agrega Nana.

Evan y Dan se acercan para ayudarlo a caminar, pero la perra comienza a gruñir de nuevo.

—Tranquila, Trinity —dice Chris y yo me quedo alucinada cuando ella se calla y se sienta.

—¿Cómo es que esto pasó? —pregunto.

—Larga historia —responde él mientras los chicos lo alzan por los hombros.

—¿Trinity? ¿Cómo la de The Matrix? —Sonríe Evan—. Buen nombre. Nunca se me hubiera ocurrido.

Comenzamos a caminar y la perra viene detrás de nosotros.

—Volveré mañana, lo prometo —le dice él y ella se resigna quedándose.

—¿Es tuya? —pregunta Nana.

—Algo así —es su respuesta.

—¿Estará bien aquí?

—Sí, vendré por ella mañana.

Caminamos despacio porque Chris se queja del dolor, cuando llegamos al auto, de nuevo nos acomodamos y nos dirigimos a casa de Dan para así llegar a la de Evan.

—Nos has dado un susto de muerte —dice Dan mientras conduce—. Estábamos a punto de entregarnos a la policía.

Veo la cara sorprendida de Chris, aún no se acostumbra a que la gente se preocupe por él, pero tendrá que hacerlo porque no se librará de nosotros.

—¿Qué fue lo que sucedió ahí? —pregunta Evan desde el asiento del copiloto.

—Cuando Isa logró salir de la casa, unos tipos consiguieron forzar la puerta de entrada al sótano. Obviamente se dieron cuenta de que había algo raro ahí. Yo me escondí en las sombras mientras preparaba una sorpresa que había llevado por si sucedía algo como eso.

—La bomba... —susurra Nana por todos.

—Sí, cuando vi que un par de ellos iban por Isa sabía que debía llamar su atención para que ella pudiera escapar. Logró salir, pero ellos notaron mi presencia, entre la huida perdí la comunicación con ustedes. Escuché la voz de Rob dentro de la casa, todos sabían que había un extraño en la propiedad. Antes de salir al exterior hice estallar la bomba y corrí, fui por detrás y no sé cómo pero logré alcanzar el muro a pesar de aún estar dolorido de mis viejas heridas, fue entonces que uno de los hombres me enterró una navaja antes de que lograra saltar al otro lado.

Todos estamos conteniendo la respiración mientras él continúa.

—Salí a la calle de atrás, pero cuando llevaba unos metros sentí que alguien me seguía, por suerte las luces aún estaban apagadas y pude alejarme lo suficiente para perderlo. Luego llegué hasta aquí y cuando busqué mi

móvil no lo encontré. ¿Cómo estás tú y el gato? —pregunta mirándome en la oscuridad del auto.

—Estoy bien, Sunny está seguro en casa de Evan.

Él toma mi mano y la suya está fría. Me aprieta más de lo necesario como si aún estuviera con miedo de perderme.

—Estaba tan asustado —me susurra y siento que no se refiere a que él haya estado a punto de ser atrapado.

—Yo también —digo esperando que se dé cuenta de que me refiero a que estaba asustada de perderlo también.

Los demás respetan nuestro momento de privacidad sin decir nada más.

Cuando llegamos vamos directo a la casa de Evan y encendemos las luces, vemos por la ventana que aún hay unas patrullas afuera de la casa de Rob y que está precintada. Nana corre y vuelve en un minuto con un kit de primeros auxilios. El pantalón está empapado y su camiseta tiene algunas marcas de sangre de sus manos. A la luz parece más atemorizante lo que podemos encontrar debajo.

—¿Estás seguro de que no quieres ir a un hospital? Esto se ve más feo de lo que parecía —dice Nana.

—Sí, estoy seguro.

—Sácate el pantalón, traeré ropa limpia para ti —ordena Evan marchándose a su habitación seguido de Laura.

Dan y yo lo ayudamos a desvestirse mientras Nana saca todo lo necesario del kit y se pone a mirar algo en su móvil.

Vemos que solo es una herida en la pierna derecha, la misma de la que cojeaba, pero parece ser profunda porque aún no deja de sangrar. Nana me pasa unas gasas limpias y yo las presiono contra el corte.

Laura vuelve con unas toallas y un recipiente con agua, mientras que

Evan trae una camiseta limpia y unos pantalones.

—Creo que esto te quedará bien —dice poniéndolo a un lado del sofá.

Laura moja una de las toallas y se la ofrece, él la toma y se limpia la cara, el torso, los brazos y las manos. Luego se coloca una camiseta limpia.

—¿Qué es lo que tanto miras? —pregunta Dan a su hermana.

—Estoy viendo un tutorial sobre cómo realizar puntos de sutura a una herida.

Todos la miramos alarmados.

—¿Qué? El chico no quiere ir al hospital, alguien tendrá que hacerlo — asegura ella.

Nos miramos entre sí viendo quién se ofrece.

—¿Tú lo harás? —pregunta Laura.

—¿Yo? Nooo... tengo pánico a las agujas —se excusa.

—Yo lo haré —digo y esta vez las miradas se centran en mí.

Nana no espera más y comienza a preparar la aguja con el hilo, luego me pasa un poco de alcohol para desinfectar la herida.

Miro a Chris con el frasco en la mano.

—Solo hazlo, confío en ti —dice seguro y eso me infunde un poco de seguridad.

Quito la gasa y vierto un poco sobre el corte, él se retuerce y lanza unas maldiciones.

—Oh, rayos. No puedo ver esto —dice Evan dándose la vuelta.

—No seas cobarde —le recrimina su novia.

Laura aplica un poco de lidocaína sobre la herida mientras Nana me muestra el video de lo que tengo que hacer. Trato de calmar el temblor de mis manos si quiero hacerlo bien.

Chris toma una respiración profunda y me mira seguro.

—Estoy listo, hazlo —repite recostándose contra el espaldar y cerrando los ojos.

Todos me miran, menos Evan que sigue de espaldas.

Respiro profundamente mientras Laura quita la gasa y espera que me mueva.

Cuando inserto la aguja por primera vez, Chris se remueve pero no dice nada, aunque por su cara arrugada sé que lo está sintiendo todo a pesar del anestésico.

—Debes ir más al fondo —dice Nana supervisando todo lo que hago y comparándolo con el video que acabamos de ver.

Vuelvo a intentarlo y esta vez lo hago mejor, uno las dos partes y realizo el nudo del primer punto lo mejor que puedo. Siento el sudor corriendo por los lados de mi cara.

—Que el nudo no quede sobre la herida —me instruye Nana y yo lo muevo hacia un lado—. Ves no fue tan difícil. Ahora repite lo mismo.

En total hago cinco puntos y al fin todos podemos respirar. Aplico más alcohol y coloco una gasa limpia.

Evan trae refrescos para todos y unas cervezas. Le ofrece una a Chris.

—Creo que la necesitas —le dice y él la toma.

Estamos todos más tranquilos cuando alguien llama a la puerta. Todos nos ponemos nerviosos de nuevo sin que nadie se atreva a levantarse para ir a abrir.

—Soy yo, ya sé que están ahí. Abran —es la voz del Jefe.

Evan se levanta y va hasta la puerta, abre lentamente comprobando que está solo, luego lo deja pasar.

—¿Por qué mierda no contestan? —se queja.

—Lo siento, estábamos en algo serio aquí —dice Dan todavía aturdido por lo que acaba de ver.

—Chris, estaba preocupado por ti. ¿Qué demonios fue lo que estalló?

Entonces vemos que Chris sonrío por primera vez en toda la noche.

—Una pequeña bomba casera. Se sorprenderían de las cosas que se puede aprender por internet —es su única respuesta.

—¿Es mejor no saber más? —pregunta el Jefe.

—Sí, es mejor —afirma Chris.

El Jefe nos cuenta que la policía tocó su puerta para preguntarle si había oído o visto algo referente a lo que pasó en la casa. Él les contestó que solo había escuchado la explosión y luego las sirenas de la policía. Un detective le dejó su tarjeta para que lo llamara si recordaba algo más.

—Creo que también vinieron aquí, pero como nadie salió pensaron que la casa estaba vacía y se fueron. Tal vez vengan después.

—Les diremos que estábamos fuera, dando una vuelta en el auto o algo así —indica Evan.

—¿Y el gato? ¿Está bien?

—Sí, está seguro en una habitación —le respondo y procedo a contar mi experiencia.

Les hablo de cómo subí por esa malla y les muestro los arañazos que tengo en las palmas de las manos. Todos se ven sorprendidos cuando les digo

que salté desde un muro de 2 metros y luego logré despistar a uno de los matones hasta que Laura vino a mi encuentro en la moto.

—Rayos, eres una chica ruda —dice el Jefe con orgullo y todos asienten de nuevo—. Me alegra tanto de que estén bien, cuando perdí la comunicación con todos pensé que todo iba a terminar mal.

—¿Cómo lograste mantener las luces apagadas tanto tiempo? ¿Crees que no descubrirán que fuiste tú? Podrías tener muchos problemas —digo preocupada.

—No lo creo, tomé todas las precauciones. Nunca lo sabrán —responde seguro y todos esperamos que tenga razón.

—¿Cómo explicarás tus manos? —pregunta Nana fijándose en mis arañazos.

—No lo sé, es la primera vez que lo pienso. Trataré de ocultarlas lo más que pueda.

—Puedes decir que te peleaste con tus otros gatos —indica Laura.

—O puedes decir que hay un fantasma en tu habitación que no te deja dormir y te tortura por las noches —sugiere Dan.

—Nadie creerá eso —interfiere Nana—. Los cortes no son tan profundos, podría decir que salió a su jardín a tomar un poco de aire y se cayó.

—No es una mala idea —respondo—. Lo que me preocupa ahora es que no sé cómo entraré, mi padre está durmiendo en la sala.

—¿Y eso por qué? ¿Están peleados tus padres? —pregunta Nana.

—Pues nunca los he escuchado pelear, pero pienso que no están en su mejor momento.

Todos bajan la mirada entendiéndolo.

—Eso apesta, si quieres te podemos subir por la ventana —ofrece Evan.

—Creo que prefiero arriesgarme por el sótano, pero gracias.

—Llámanos si cambias de idea —dice Dan y yo asiento.

Cuando vamos en el auto de regreso a casa pienso que me gustaría tener un tiempo a solas con Chris para agradecerle todo lo que ha hecho por mí, por todo el riesgo que tomó, pero es muy tarde y mañana tenemos que ir a clases. Sin embargo creo que él lo entiende porque de nuevo toma mi mano en todo el camino.

Dan estaciona una casa antes y yo bajo dándole las gracias a todos, ellos dicen que esperarán a que entre antes de irse a dejar a Chris.

Camino volviendo la vista atrás un par de veces pensando en lo afortunada que soy de haber encontrado amigos tan maravillosos.

CAPÍTULO 20



Voy rogando que mi padre siga en la misma posición donde lo dejé y con el mismo profundo sueño.

Contengo la respiración cuando me arrastro por la pequeña ventana para entrar al sótano de mi casa. Trato de tantear con mis pies donde está la silla y cuando la encuentro me dejo caer sobre ella lo más silenciosamente posible.

Espero un momento mientras mis ojos se acostumbran a la oscuridad y aguzo mis oídos por algún ruido procedente de la sala. Cuando pienso que es seguro, bajo y voy hacia la puerta. Luego la abro lentamente.

Salgo y veo la silueta de mi padre en el mismo sitio donde lo dejé. Me quito los zapatos, los llevo en mis manos mientras voy hacia la escalera rogando que no rechine demasiado, pero es otro el sonido que escucho al llegar a los pies. Mitzy viene bajando con su característico “miau”. Me alegraría tanto en otra ocasión, pero ahora solo veo cómo hacerla callar.

Me acerco lo más rápido que puedo y la tomo en mis brazos, ella se retuerce un poco pero se calla inmediatamente. Hago equilibrio con ella y los zapatos logrando subir hasta mi habitación. Cuando la dejo en el piso y cierro mi puerta al fin puedo respirar aliviada.

Tomo mi teléfono móvil, entro en el grupo “Pantera negra” y envío un mensaje:

<<Logré entrar a salvo. Gracias por todo, nos vemos más tarde>>.

Todos me mandan las buenas noches aunque sabemos que apenas dormiremos un par de horas.

A pesar de todo lo que hemos pasado, me duermo con una sonrisa en la cara y tranquila porque mis dos mejores amigos están bien.

Me remuevo arrojándome más en las sábanas cuando siento el estallido de furia de Sisy. Está detrás de mí y he cometido el grave, gravísimo error de moverla y despertarla. Me da unos zarpazos esperando que me vaya de su lado.

—Gracias, eres un despertador muy eficiente —le digo cuando salto de la cama para evitar su ataque. Ella me mira con mala cara, se lame la zona que osé tocar, pero luego se acuesta de nuevo.

Después de bañarme y arreglarme, bajo a desayunar. Mis hermanos me miran con complicidad y yo trato de hacerles saber que todo salió bien. Bueno, eso si no contamos con que casi me atrapan unos hombres armados y que Chris fue apuñalado en la pierna, pero no tienen por qué saber eso.

Mi padre aún está en casa y lo veo tomando su taza de café.

—Buenos días —saludo a todos.

—Apúrate —dice mamá—. Tus hermanos ya están listos.

Hago lo que me pide mientras papá enciende la televisión. Detengo mi cuchara en el aire cuando veo una imagen de una casa precintada que ahora me resulta conocida. No tengo necesidad de pedirle que suba el volumen porque él lo hace.

—Creo que esa casa está cerca de aquí —comenta acercándose más.

La periodista informa que anoche hubo un incidente extraño en el lugar y se descubrió que era una fachada para la venta de drogas. Hay dos detenidos que intentaron huir cuando sucedió una explosión, las causas de la misma aún no están del todo claras, la policía sospecha que sea una pelea entre bandas

porque no se registra algún robo evidente. Se desconoce si el incidente del corte de energía eléctrica tenga algo que ver con este hecho, pero aún se sigue investigando.

Me remuevo inquieta esperando que nadie note mi nerviosismo, si todavía siguen investigando, ¿quiere decir que aún estamos en peligro de ser descubiertos?

Mi mochila se siente pesada mientras voy por los pasillos, veo a Evan y Laura acercarse por el otro lado. Están sonrientes, así que supongo que ellos no están para nada preocupados, o saben fingir mejor que yo.

—Quita esa cara, cualquiera diría que anoche te metiste a la casa de un mafioso a rescatar a un gato —susurra Evan mientras Laura sonrío más.

—Shhh... alguien podría escuchar. ¿Cómo amaneció mi gato?

—Tranquila, no hay forma en que lo sepan y por el gato no te preocupes, está más tranquilo —me calma ella.

—Iré por él después de clases —aseguro.

Caminamos juntos hasta que vemos a Chris junto a su casillero y vamos hasta él.

—¿Cómo estás? —pregunto tratando de no mirar hacia su pierna.

—Duele un poco, pero los puntos se ven bien —contesta tranquilizándome.

—¿Vieron las noticias?

—Yo no —responde Chris.

—En realidad la policía no sabe nada. Dicen que están investigando lo que ocurrió, pero apuesto a que no saben por dónde empezar —dice Evan seguro.

En ese momento vemos a Dan y Nana acercarse bostezando. No se ven

preocupados tampoco y pienso que tal vez le estoy dando demasiadas vueltas a este asunto.

—¿Qué tal la pierna? —pregunta Dan removiendo su cabello.

—Mejor de lo que pensé —contesta Chris.

Miro a nuestro alrededor y algunos comienzan a notarnos, pero vuelvo la vista entre mis nuevos amigos. La comodidad con la que conversamos es tan nueva para mí que me siento extraña, de buena manera.

Chris y yo nos dirigimos a nuestra clase mientras los demás se van por otro lado. Lo veo cojear y me siento culpable.

—Nunca podré agradecerte todo lo que hiciste por mí —digo antes de entrar.

—No es necesario.

—Espero que me cuentes en detalle cómo te volviste amigo de esa perra.

—Larga historia, te la cuento después.

Trato de mantenerme despierta a pesar de lo agotada que estoy, lo último que necesito ahora es quedarme dormida y provocar otro problema con mi madre.

Tiro del dobladillo de mi camisa para cubrir mis manos, veo que no dejarán marcas porque no son muy profundas, pero tengo que tener cuidado hasta que desaparezcan.

—Tenía tanto miedo de que no pudieras salir —dice Chris mirando mis manos cuando estamos sentados en la mesa, los demás aún no llegan.

—Yo también. Estábamos a punto de ir todos por ti cuando el Jefe nos llamó.

Él parece incrédulo.

—¿Por qué harían algo así?

—Porque somos tus amigos, ¿aún no te has dado cuenta?

—Es solo que eso hubiera sido muy tonto después de lo que me arriesgué para que lograras salir.

—Aun así lo haríamos —aseguro y él niega, pero no dice nada más—. Ahora, cuéntame de la perra.

—Bueno, después de que nos atacó esa noche me quedé pensando en qué sería de ella y de sus cachorros si la encontraban los de la perrera. Fui al día siguiente y le llevé comida, hice lo mismo al otro día, hasta que ella se acercó a mí moviendo la cola.

—Me parece increíble que un animal así de furioso pudiera llevarse bien con alguien.

—Supongo que vio que no quería hacerle ningún mal y era la mejor alternativa que tenía para salvar a sus hijos.

—¿Por qué no me avisaste? Te hubiera ayudado.

—No pensé que necesitaría ayuda, pero ella confió en mí y terminé llevándola a ese lugar para cuidar de ella. No puedo llevarla a casa por el momento.

—Un animal no entra a tu vida por casualidad, creo que ambos se necesitaban. Tal vez no eres un chico de gatos, pero ¿qué tal un perro?...

—En realidad no sé qué más hacer a partir de aquí.

—Encontraremos una solución.

Nos miramos a los ojos y sé que me cree, así como yo creo en él.

—¿No molestamos? —pregunta Evan llegando con Laura a un lado.

—No —decimos los dos rompiendo el contacto.

Cuando los demás llegan les contamos sobre la situación de la perra y de su historia.

—Puedes traerla a mi casa —ofrece Evan.

—Tendremos que esterilizarla después —agrega Laura—. ¿Cuántos cachorros tiene?

—Tres —contesta.

—¡Yo quiero uno! —exclama emocionada Nana.

—Debemos preguntarle a mamá primero —la reprende su hermano.

—Tal vez el Jefe pueda quedarse con otro, nosotros podemos adoptar al que queda —comenta Laura mirando a Evan.

—Gracias —dice Chris y yo siento orgullo por mis nuevos amigos.

Me da miedo lo fácil que se me está haciendo mentir a mi madre, le dije que iría a hacer un trabajo de nuevo con unas compañeras y ella estuvo de acuerdo. Tal vez si ella preguntara más me sería más difícil, pero supongo que ella elige el camino fácil también.

Evan y Laura se van en la moto, mientras que nosotros nos vamos con los hermanos. Me retuerzo al escuchar decir a Chris que vino a pie. Los chicos dicen que irán por él mañana para que no tenga que caminar mientras esté así; él quiere negar, pero lo convengo de que es lo mejor por ahora. Aceptar ayuda no te hace menos fuerte.

Cuando llegamos escuchamos a la perra ladrar.

—No nos animamos a entrar sin ti —dice Evan con miedo.

—Vamos —Chris nos guía.

—Deberíamos buscar tu teléfono —propongo—. Debe de estar por aquí.

La perra se acerca y todos nos quedamos inmóviles para no asustarla. Ella

al ver a Chris se para en dos patas e intenta lamer su rostro. Lo más increíble de la escena es que él sonríe mientras la acaricia.

Todos estamos igual de asombrados por el intercambio de cariño que estamos presenciando.

Entramos y escuchamos los lloriqueos de los perritos, Chris saca de su mochila una bolsa de comida para perros y llena el tazón que está vacío, hace lo mismo con el agua. Ella come feliz.

—Yo quiero al manchado —susurra Nana refiriéndose a los perritos y todos sonreímos.

Efectivamente son tres, hay uno negro, otro color marrón y uno con manchas negras y marrones. No podría decir que son de una raza en particular, aunque son muy tiernos.

Mientras comen aprovechamos para salir a buscar el teléfono. Comienzo a llamar y por suerte parece que todavía tiene batería porque da tono, el problema es que anoche le quitamos el volumen a todos los móviles para que no hicieran ningún sonido que nos delatara.

—No habrán víboras por aquí, ¿cierto? —pregunta Laura.

—Solo tú —se burla Evan.

—Estúpido —lo empuja y continuamos el rastrillaje.

Cuando la perra termina de comer viene con nosotros. Vuelvo a marcar y está llamando, pero no lo escuchamos. Ella levanta las orejas y viene en nuestra dirección, nos detenemos todos. Nos pasa de largo y va cerca de la entrada, se detiene y comienza a ladrar de nuevo. Todos vamos hasta el lugar.

Chris se mete entre la hierba y regresa con algo en la mano. Cuando veo de qué se trata corto la llamada.

—¡Bien hecho! —dice Evan—. Si no puedes tenerla, me la quedo.

Todos le aplaudimos y ella va de aquí para allá contenta, se deja acariciar

por fin y se convierte en la heroína del día.

—¿Crees que no nos morderá cuando agarremos a los cachorros? — pregunta Dan nervioso mientras miramos cómo llevarlos hasta el auto.

—Déjenme hablar con ella —dice Chris y así lo hace.

Se agacha y comienza a susurrarle palabras que solo ellos entienden, pero parece que da resultado porque la perra se ve más tranquila y cuando nos acercamos para alzar a sus hijos no nos muerde, simplemente nos supervisa y nos sigue hasta el auto.

Evan y Laura se adelantan en la moto para esperarnos allá. Nana sube adelante con el manchado en su regazo. Chris y yo tomamos uno cada uno y colocamos a la perra en medio de los dos. Dan arranca al fin cuando todos estamos seguros.

Nana se la pasa hablando con el cachorro como si fuera su bebé. Todos nos burlamos de ella, pero no le importa.

Cuando nos bajamos en la casa de los hermanos, vamos directo donde Evan que ya nos está esperando, el Jefe está con él.

—Miren quiénes vienen ahí —sonríe al vernos—. Los chicos de la noche.

—Gracias por todo —le digo—. No sé qué hubiéramos hecho sin ti, sin ustedes —me refiero a todos.

—No quiero escuchar más eso. Todo salió bien, punto final. Yo no ayudé en nada, no sé de qué hablan —dice haciéndose el desentendido.

—¿Aceptarías un perrito como agradecimiento? —coloco el cachorro que traigo a la altura de su rostro y él lo toma.

—¿Ahora nos dedicaremos a esto? —cuestiona acariciándolo, pero sin aceptar ni rechazar la oferta.

—Al parecer —dice Evan, pero se muestra contento.

—¿Puedo ir a ver a mi gato?

—Claro, aquí te esperamos —responde Laura.

Avanzo hasta la habitación y entro cuidadosamente, no lo veo por ningún lado y me preocupo, pero cuando me agacho y escucho su “miau” y observo sus ojos más verdes que ayer sé que volvería a hacer lo que hice y mucho más por él.

CAPÍTULO 21



Si todos pudieran entender el alivio en sus ojos al verme, la confianza con la que me ofrece su cabeza para que lo acaricie, tal vez comenzarían a entender lo que tenemos. Existen muchas clases de amor, pero no he encontrado uno más sincero.

—Supongo que ambos tuvimos el susto de nuestras vidas —le susurro—. Ahora nos iremos a casa y espero que esto no vuelva a ocurrir.

Cuando ve el transportador se ve nervioso y tengo miedo de no poder hacer que entre en él.

—Es la única forma, vamos —lo animo, pero él no se mueve.

Me siento en el suelo y lo acaricio hasta que está más tranquilo, cuando veo que es seguro lo levanto y lo meto rápidamente mientras siento su corazón latir más rápido.

—Tranquilo, nos iremos a casa —le digo mientras cierro la abertura por donde lo metí.

Cuando salgo, hay una pequeña discusión sobre quién se quedará con cada perro. Todos exponen lo que le pueden ofrecer a los pequeños y no notan mi presencia. Chris es el primero en mirarme.

—¿Está bien? —se refiere a Sunny.

—Sí, un poco asustado todavía.

Él lo mira por las aberturas y le sonrío.

—Valió la pena —me dice.

—Claro que sí.

—Isa... yo... —comienza a decir algo, pero entonces todos se dan cuenta de mi presencia.

—¿Qué tal nuestro felino protegido? —pregunta el Jefe.

—Está bien, ahora lo llevaré a casa para que esté más tranquilo.

Todos se acercan con cuidado para despedirse de él y Dan nos lleva a casa. Me quedo en la esquina para que mi madre no me vea y ellos se van a dejar a Chris en su casa.

Trato de repasar mi versión antes de entrar por la puerta.

—Mamá —digo al llegar, pero son mis hermanos quienes vienen primero.

—¿Es Sunny? —pregunta mi hermano pequeño emocionado.

—Sí —afirmo y ellos sonrío.

—¿Qué? —mamá aparece por la puerta de la cocina.

—Sunny apareció —anuncio.

—¿En serio? —se ve sorprendida—. ¿Dónde lo encontraste?

—Alguien me llamó, dijo que estaba escondido en su patio —miento de nuevo.

—Me hubieras llamado para acompañarte, pero me alegro. Espero que ahora no tengas excusas para bajar tus calificaciones —es todo lo que dice.

—Iré a llevarlo con los demás —anuncio comenzando a subir por las escaleras.

Mitzy y Pegajoso vienen a mi encuentro, Sisy me mira desde encima de mi escritorio. Cierro la puerta y coloco la bolsa transportadora en el piso, la abro lentamente y Sunny se atreve a salir.

Mitzy comienza a correr por todos lados, viene y salta encima de él asustándolo un poco, se va y vuelve a hacer lo mismo.

—Alguien está muy feliz de verte, Sunny —susurro mientras lo acaricio para calmarlo de nuevo.

Pegajoso se acerca sigiloso para olerlo, se ve un poco desconfiado. Al final lo acepta de nuevo y se va a acostar encima de la cama.

Sisy no se ha movido de donde nos mira con indiferencia y altivez, tan propio de ella.

Cuando Mitzy se calma puedo acostarme en mi cama sin el enorme peso en mis hombros. Me siento culpable por todas las mentiras que he dicho, pero no me arrepiento porque sé que lo haría de nuevo si eso trae a mi amigo de regreso a casa.

Busco en internet más noticias sobre lo sucedido anoche, pero no encuentro demasiado, más de lo mismo sin nombres ni sospechosos. Me siento más tranquila.

Miro al techo teniendo tiempo para pensar en otra cosa que no sea mi gato en varios días, lo primero que viene a mi mente es Chris. Su mirada oculta, su alma brillante.

Mi teléfono vibra.

Es un mensaje de él, no en el grupo. Un mensaje privado.

<<¿Qué haces? ¿Te puedo llamar?>>

Dos preguntas. Muchas dudas.

<<Lláname>>, respondo.

Me siento en la cama cuando mi teléfono comienza a vibrar con su llamada entrante.

—Hola —saludo susurrando esperando que nadie me escuche.

—Hola, ¿cómo están?

—Bien, Sunny se está volviendo a acostumbrar a estar en casa. Aunque su hermana está feliz de verlo.

—Me alegro —hace una pausa significativa—. Me preguntaba si querías hacer algo mañana sábado, salir... por ahí... no sé... sin preocuparnos por la seguridad de tu gato.

Me toma desprevenida, supongo que eso es lo que hacen los amigos.

—Claro, ¿ya le dijiste a los demás?

—Pensaba que podíamos hacer algo nosotros... solos.

—Ah... está bien, suena bien —repito como una tonta.

—¿Puedes salir en la tarde? Prefiero que ahora que ya apareció Sunny no salgas de noche sola.

—Está bien, nos vemos en la tarde.

Cortamos y me siento inquieta de buena manera.

El grupo de los chicos comienza a estar activo de nuevo, con todos escribiendo sobre una fiesta que quieren hacer mañana en la noche. No quiero escaparme de nuevo solo porque sí, así que les digo que no puedo salir.

Laura me envía un mensaje privado.

<<¿Tienes otros planes?>>

Dudo si decirle que saldré con Chris.

Me muero por contarle a alguien lo que sea que sea esto. Ella parece ser alguien en quien confiar.

<<Saldré con Chris>> envió mientras contengo la respiración.

Me llega un audio. Cuando lo abro, solo es ella gritando.

Decido llamarla.

—¿Por qué estás gritando? —pregunto cuando contesta.

—Porque lo sabía.

—¿Qué sabías?

—Que había algo entre ustedes.

—¿No debería salir con él? Somos amigos.

—Tonta, claro que sí. El chico es enigmático y todo, pero se ve a kilómetros que siente algo más por ti.

—¿Tú crees?

—Sí. ¿Y tú?

—¿Yo qué?

—¿Tú que sientes?

—Es la primera vez que tengo tiempo de pensarlo, apenas nos hablamos hace unas semanas. No lo sé.

—Se ven tan lindos.

—Podrías no comentar esto con nadie más.

—Bueno, debí decir esto antes. Nana está escuchando.

Su risa de fondo es inconfundible.

—¿Los demás también están ahí?

—No, tranquila. Solo estamos las dos. ¿Qué te pondrás?

—¿Creen que es una cita?

—Sí —afirman las dos al mismo tiempo.

—En realidad nunca he tenido una cita.

—¡¿Qué?! —vuelven a exclamar—. ¿Quieres que vayamos a ayudarte?

—No hace falta.

—Mira —dice Laura seria—. Solo disfruten de su compañía, si quieren pueden pasar por la casa, estaremos en la fiesta. Llámanos si nos necesitas.

—Está bien, gracias.

Estoy tranquila, pero eso va cambiando a medida que avanza la hora. No sé a dónde iremos así que no sé qué ponerme. Tomo uno de mis mejores vestidos, pero uno que no es demasiado exagerado. Me coloco mis zapatillas rosas favoritas para hacerlo más casual.

Él dijo que me enviaría un mensaje cuando estuviera esperándome, pero cuando llega la hora y su mensaje no llega comienzo a impacientarme.

Le digo a mi madre que saldré con mis nuevas amigas y voy a esperarlo en la esquina, a lo mejor perdió su teléfono de nuevo. Pero cuando llego allá no lo encuentro. Él siempre es puntual para venir a verme.

El sol se comienza a ocultar en el horizonte cuando decido que no puedo quedarme de brazos cruzados, porque siento que algo no está bien.

Camino rápidamente hacia su casa aunque sé que él no quiere que lo busque ahí. Sé que los chicos están reunidos donde Evan por los mensajes en el grupo, pero decido no preocuparlos todavía.

Estoy un poco agitada cuando llego, a pesar de eso me gustaría haber llegado antes. Me detengo frente a la casa escuchando gritos desde el interior, un hombre insulta a alguien de todas las maneras posibles, pero no se escucha una respuesta.

Miro hacia todos lados esperando que alguien me diga lo que está pasando ahí, me acerco cuando no veo a nadie. Estoy a unos pasos de la entrada y entonces un niño de unos ocho años viene corriendo hacia mí. Tiene los ojos llorosos y está temblando.

—Por favor, ayuda a mi hermano —suplica—. Él lo matará.

—¿Qué está pasando? —cuestiono nerviosa—. ¿Quién matará a quién?

—Mi padre matará a Chris —lloriquea más el muchacho.

Miro la puerta cerrada y me aproximo para intentar abrirla, pero está cerrada. El sonido de un vidrio roto nos sobresalta.

—¿Por dónde saliste? —pregunto.

—Por arriba —apunta hacia una ventana abierta.

¿Debería llamar a la policía? Miro a su hermano y sé que Chris no me lo perdonaría, pero yo soy muy débil para abrir esta puerta y enfrentarme a ese hombre sola.

¿Sola?

Tal vez no esté tan sola.

Tomo mi teléfono y llamo a Evan, él es el más fuerte de todos, creo que

podría ayudarme con esta puerta.

Contesta al segundo tono con una gran risa.

—Hello Kitty —saluda de buen humor.

—Evan, Chris está en problemas. ¿Podrías venir a su casa ahora mismo?

—Estoy saliendo —asegura muy serio y corta sin esperar mi respuesta.

Un nuevo crujir me pone los pelos de punta. Necesito entrar y ver lo que está pasando. No es lo más inteligente que he hecho, pero veo esa ventana como mi única alternativa.

—Ve con el vecino y quédate ahí hasta que te vayamos a buscar — ordeno al niño que sigue llorando. Él asiente no muy convencido.

Cuando se aleja, me preparo para subir. No sé cuánto tardará Evan y no hay tiempo que perder.

No es una ventana muy alta, la adrenalina recorre mis venas como cuando salté el muro. Aún estoy lastimada de esa vez, pero no presto atención a eso cuando coloco mis manos en una cuerda gruesa con nudos, no tengo tiempo de preguntarme de donde salió, lo más probable es que sea idea de Chris.

Prefiero no mirar hacia abajo cuando me impulso hacia adentro de la habitación que parece ser la de mi amigo. Abro la puerta y voy con precaución hasta donde viene el bullicio. Me lleva hasta la sala.

Lo que veo me deja petrificada.

Chris está en el piso, hay sangre saliendo de su cabeza, pero me nota cuando aparezco. Tiene una esposa en su muñeca derecha y está encadenado a la pata de un enorme mueble antiguo. Cuando estoy pensando en levantar esa cosa, él niega con la cabeza leyendo mis pensamientos.

El hombre se acerca de nuevo y yo me oculto detrás de una pared justo a tiempo.

—Como te gusta jugar con cuchillos, aquí tenemos otro —dice tétricamente amenazándolo.

Cuando veo que se acerca a él peligrosamente salto sin pensarlo dos veces.

—¡No! —él me nota justo antes de que le lance lo primero que encuentro, que resulta ser un cenicero. Lamentablemente a pesar de ser muy pesado, él se recompone rápidamente y viene por mí.

Chris se remueve intentando liberarse cuando escuchamos un fuerte golpe en la puerta.

Todo sucede muy rápido. Evan y el Jefe están ahí dándose cuenta de la situación.

—¿Qué hacen en mi casa?! Imbéciles.

Nos damos cuenta por su hablar de que está tomado y tal vez algo más.

Dan llega justo después.

—¿Pero qué...? —tartamudea al ver a Chris en el suelo.

—¡Fuera de mi casa! —ruge el hombre.

—No nos iremos sin él —apunta el Jefe a mi amigo.

Él ríe sin ganas blandiendo el cuchillo que trae en la mano hacia ellos.

—Son todos unos mocosos y si no salen ahora de mi propiedad llamaré a la policía o mejor los destriparé aquí mismo.

—Inténtelo y veremos quién queda peor —lo enfrenta Evan.

—¿Me están amenazando? ¿En mi propia casa?

—Pues fíjese que sí —responde sin dudas.

Lo veo todo en cámara lenta.

Él lleva la mano libre a su espalda y debajo de su camisa saca una pistola.

CAPÍTULO 22



Ni siquiera lo pienso dos veces cuando aprovecho que me da la espalda y me lanzo hacia él de nuevo. Veo los rostros estupefactos de todos.

La sorpresa lo desestabiliza un poco, logro levantar su brazo y una bala sale asustándonos a todos. Él me empuja hacia un costado y yo caigo al piso, pero ese tiempo es suficiente para que los chicos se acerquen.

Evan toma la pistola de sus manos y se la quita, mientras Dan y el Jefe lo inmovilizan. Escucho un ladrido afuera y en seguida veo a la perra entrando por la puerta. Las dos nos arrastramos hasta donde está Chris para intentar liberarlo.

—Vete —me dice él con la voz ronca.

—¿Qué? ¡No!

—Seguro la policía vendrá.

La perra intenta lamer la cara de Chris y él le acaricia la cabeza con su mano libre.

No tengo idea de cómo llegó la perra aquí, pero parece que nadie va a poder apartarla de él.

Mis amigos tiran al hombre al suelo y comienzan a golpearlo, están peleando y todo a su paso se derrumba. Es un hombre grande y fuerte a pesar de estar borracho.

Intento levantar el mueble, pero es imposible porque pesa demasiado para mí.

—Isa, vete —ruega él mientras mis amigos siguen en la pelea.

—No te dejaré aquí.

Apenas termino de decir la frase, Laura y Nana entran asustadas. Ven a los chicos, nos ven en el piso y corren hacia nosotros.

—Hay que salir de aquí, Isa —dice Nana preocupada.

—No lo puedo liberar —sollozo.

—Tal vez podamos mover esto entre todas—propone Laura.

Pero no llegamos a saberlo porque una sirena de policía hace que todos nos detengamos.

—Váyanse —vuelve a rogar Chris, pero ninguno se mueve.

Miro la cara del hombre en el suelo y está cubierta de sangre. Las manos de mis amigos están llenas de ese líquido rojo. Cuando la policía entra y nos ve a todos en medio de esa escena, sé que estamos en graves problemas.

Todos alzamos las manos instintivamente y no decimos nada, pero la perra no deja de ladrar. Sé que nosotros parecemos los malos de la historia. Pero suele suceder que muchas cosas no son lo que parecen.

—¿Qué es lo que está pasando aquí? —cuestiona uno de los oficiales después de acercarse al hombre en el suelo y comprobar que está vivo.

—Ese hombre —el Jefe apunta al padrastro de Chris—. Intentó matar a nuestro amigo.

Otro de los oficiales se acerca a Chris mientras nos ordenan que nos coloquemos todos juntos en una fila y llama a una ambulancia.

Otra patrulla llega mientras los oficiales liberan a mi amigo que sigue débil y desorientado. La herida de su pierna debió de abrirse porque su pantalón muestra una mancha de sangre en esa área.

—¿Ustedes son menores de edad? ¿Qué hacían aquí? ¿Dónde están sus padres? —interroga el oficial de más edad.

Todos comenzamos a hablar al mismo tiempo haciendo que no logre entendernos.

Mientras el otro policía intenta hablar con Chris, los demás están con su padastro.

—¿De quién es el perro?

—Es del herido —dice el Jefe.

Chris la llama y ella se calla inmediatamente.

La ambulancia llega mientras el oficial nos saca a todos afuera. Veo al hermano de Chris a un costado con una señora que no lo deja acercarse.

—¿Dónde viven ustedes?

—No muy lejos de aquí —respondo.

—Bueno, podremos llamar a sus padres desde la estación.

—¿Qué? —decimos todos preocupados mientras otra camilla saca a Chris de adentro y su hermano corre llorando a su encuentro.

—Yo soy mayor de edad —informa el Jefe.

—Ah, mejor aún. También podrá llamar a alguien cuando lleguemos allá.

Todos recordamos que él solo tiene a su madre y ella está enferma. Me

siento muy mal de haberlos llamado e involucrarlos en esto.

—Ellos no tienen la culpa de nada, yo los llamé. Ese hombre estaba a punto de matar a mi amigo y ellos vinieron porque yo se los pedí —ruego esperando que los dejen libres.

—Podrán decir todo eso en la estación.

Nos separan. A los chicos los meten en una patrulla y a nosotras en otra.

Veo que Chris está inquieto, pelea con los oficiales y los paramédicos para defendernos.

—No puedo creer que nos lleven a la policía por esto —comenta Laura recostándose contra el asiento.

—Mis padres me matarán, también a mi hermano —se lamenta Nana lloriqueando.

—Lo siento, chicas. No debí llamarlos.

—Claro que debías, viste como está el pobre Christian —asegura Laura.

—Sí, no quiero pensar lo que hubiera pasado si los chicos no llegaran a tiempo —apoya Nana.

Ellas me cuentan que no entraron antes porque se quedaron con el hermano de Chris quien estaba a un lado de la casa llorando. Al parecer no me hizo caso. Ellas lo llevaron con la vecina y luego fueron dentro.

Yo les cuento cómo logré entrar a la casa y lo que pasó antes de que llegaran.

—¿Y la perra cómo llegó aquí? —pregunto viendo que ésta no se despega de Chris.

—Cuando nos llamaste, Evan y el Jefe se vinieron en la moto, nosotras en el auto con Dan, pero no hubo manera de dejar a la perra. Es increíble que hubiera sabido a dónde veníamos.

Dos oficiales entran en la patrulla.

—Bien. Vámonos —dice el conductor.

—¿Qué? ¿Y Chris? — cuestiono mirando por la ventana.

—Su amigo estará bien, pero de todas formas irá a un hospital cercano.

Él nos mira con impotencia mientras nos alejamos.

Cuando esperamos que nuestros familiares vengan a recogernos solo pienso en lo que le diré a mis padres.

—Mi tío es abogado —dice Nana—. Seguro puede ayudarnos.

Ya contamos lo que sabíamos, y pensamos que es una versión creíble de los hechos. Tal vez podamos salir de esta si nuestro incidente de allanamiento de propiedad no se descubre justo ahora.

Los primeros en llegar son los padres de Dan y Nana. Ella se va, pero sé que no quiere dejarnos solas. Aunque ahora tiene sus propios problemas, se sigue preocupando por nosotros. Dice que nos ayudará en lo que pueda y que irá por la perra, ya que no sabemos con quién se quedó.

—No creo que mis padres lleguen pronto —dice Laura—. Mi madre trabaja todo el día y a veces hace turnos nocturnos en una cafetería. Y mi padre no ha vuelto desde que tenía como cinco años, así que no estarás sola.

—Siento mucho haberlos metido en todo este problema.

—Deja de decir eso. Además, ahora todos en la escuela nos temerán — bromea.

Yo no llamé a mamá, fueron los oficiales. Supongo que ella habrá contestado porque les di el número de la casa. Aunque esto es algo que no podrá ocultar de mi padre.

Aprovechamos el tiempo para charlar más. Laura no es nada como creí que era. Detrás de la gruesa línea oscura de sus ojos, existe una chica sensible

que sé que haría cualquier cosa por sus amigos, supongo que eso es lo que tenemos en común. Solo que yo no tenía mejores amigos antes, que fueran personas quiero decir, porque mis gatos han sido los primeros que me han enseñado lo que es la amistad.

Cuando un oficial me llama porque mis padres han llegado, Laura me intenta tranquilizar diciéndome que todo irá bien, pero al salir y ver sus caras de enfado no estoy tan segura de eso.

Al parecer ya han hablado con los policías porque mi padre se acerca a mí y me saca del brazo. Sé que se está conteniendo de armar un escándalo porque estamos aquí, pero las cosas se pondrán feas en casa. Me pregunto por un momento si acaso me dejarán salir para ver cómo está Chris en el hospital aunque no lo veo muy factible.

Apenas cerramos las puertas mi padre explota.

—¿¿Qué mierda tienes en la cabeza, Isabella?! —mi madre y yo saltamos en nuestros asientos. Nunca lo he visto tan enojado.

—Solo trataba de ayudar a un amigo —murmuro.

—¡Ja! ¿Amigo? ¡Vaya amigo el que te buscaste!

Él arranca el auto y estoy preocupada de que conduzca tan alterado como está. Me sujeto al cinturón de seguridad en el asiento trasero mientras unas lágrimas frías recorren mis mejillas.

Sé que fui imprudente y todo lo que papá dice, pero la vida de mi amigo estaba en peligro, no había otra elección para mí.

Él me grita durante todo el camino mientras mamá mira por la ventanilla del auto ignorándonos o al menos intentándolo. No contesto nada porque no hace ninguna pausa para que yo pueda hablar.

Cuando llegamos a casa, sé que mis hermanos no están porque mi padre me dijo que tuvo que dejarlos en casa de mis abuelos para ir a resolver mi desastre.

Es verdad que esto es un desastre, pero ni siquiera me ha preguntado una vez si es que estoy bien. Así que no sé qué es lo que realmente le preocupa.

—¿Qué es lo que te preocupa más, papá? —le pregunto—. ¿Tú reputación de padre ejemplar manchada o yo?

—¿Qué? —está sorprendido de que lo haya interrumpido. Tiene el rostro desfigurado, la verdad tengo un poco de miedo, pero no pienso dar un paso atrás.

—Ya me oíste, papá. ¡Si soy la peor hija del mundo, déjame decirte que como padre no estás haciendo un gran trabajo! —termino gritando y él se acerca a mí, levanta la mano, pero se arrepiente de pegarme en el último minuto.

—Eres una mocosa malcriada.

—¿Mal criada? —pregunto desafiante haciendo una pausa significativa entre las dos palabras.

Y entonces llega como una ráfaga. Apenas tengo tiempo de pestañear cuando siento la palma caliente de la mano de mi padre en mi mejilla. Me hace volver la cabeza y mi cabello se mueve cubriendo mi rostro.

—¡Discúlpate con tu padre! —me ordena mamá y es lo primero que la oigo decir desde que la vi.

—¿Disculpa? —Pregunto incrédula—. Ah, sí. Disculpen por arruinar su familia de portarretrato, pero no puedo seguir fingiendo como tú mamá. Tu marido no es tu marido, es solo una persona que te ignora el noventa y nueve por ciento de las veces, hasta que te necesita para aparentar ser el esposo y padre del año, ¿y qué haces? ¡NADA! Y Tú —le hablo a mi padre—, ¿cómo puedes recriminarme las cosas que he hecho? ¿Acaso sabes por qué lo hice? Claro que no, porque no sabes las cosas que me importan, las cosas que amo. Si me hubieras ayudado tal vez no hubiera sucedido todo esto, o tal vez sí, pero nunca lo sabremos, ¿sabes por qué? ¡Porque nunca lo intentaste! Algo que mis nuevos amigos ni siquiera dudaron en hacer. ¿Sabes qué hicimos? Buscamos a mi gato por días y noches. Hicimos todo un plan para rescatarlo

de una casa, todos ellos se arriesgaron por mí y ni siquiera eran mis amigos hace unas semanas. Si algo me hubiera pasado sé que ninguno me hubiera abandonado. Christian fue el primero que arriesgó su vida por mí. Hice algo muy peligroso por él, pero no es algo que él no hubiera hecho en mi lugar y ustedes solo lo juzgan sin siquiera escuchar su historia.

Me doy un respiro antes de continuar, pero ninguno dice nada. Aunque mamá llora en silencio de nuevo.

—No voy a fingir más que esta es la familia perfecta, ¡Esto es una mierda! Y ustedes nos obligan a ponerla debajo de la alfombra todos los días, pero esto apesta a kilómetros de distancia. ¡Y seguirá estando ahí hasta que explote!

Salgo llorando a la calle corriendo sin rumbo. Agradezco que mis hermanos no hubieran estado escuchando, aunque lo más probable es que ellos sepan todo lo que pasa en casa, pero fingen como todos lo hacemos. Aunque yo ya no puedo volver a esa misma realidad nunca más.

Estoy temblando mientras trato de ubicar el hospital más cercano, que debe de ser al que llevaron a Chris. No tengo mi teléfono y me lamento de no haberlo tomado antes de huir, pero no pienso volver. Sé que no me dejarían salir a verlo, y realmente lo necesito.

Cuando llego ni siquiera sé si me permitirán entrar, pero lo intento. Cuando estoy preguntando en la sección de información si él se encuentra ahí. Alguien se dirige a mí.

—¿Quién eres tú? —cuestiona una mujer a mi espalda.

Me doy la vuelta y me encuentro con una señora un poco descuidada aunque parece no ser tan mayor. Parece que se hubiera despertado así y hubiera venido.

—Soy Isabella, una amiga de Chris.

—¿Chris? Él no tiene amigos —asegura.

—Eso no es cierto. Yo lo soy y no soy la única. Usted no lo conoce.

—Eres una de los que estuvieron en mi casa esta tarde —confirma, pero parece que lo preguntara.

—Sí —admito.

—Gracias por ayudar a mi hijo —dice y me quedo muda.

—¿Es usted su madre? ¿Dónde estaba? —pregunto aún molesta por lo que pasó con mis propios padres.

Ella luce culpable, pero eso no la disculpa. Sus dos hijos estaban en peligro mientras ella no estaba ahí para ayudarlos.

—Ven, vamos a ver a Christian. Tal vez esté despierto —dice sin responderme.

La sigo porque quiero saber cómo está él, de lo contrario le seguiría recriminando.

Ella abre la puerta y él vuelve sus ojos hacia nosotros. De repente se ilumina al verme y respiro aliviada al saber que está mejor que la última vez que lo vi.

—Te traje a una amiga —anuncia su madre antes de dejarnos solos.

Cuando cierra la puerta detrás de mí, corro y lo abrazo, ni siquiera lo pienso. Solo siento un gran alivio de verlo. Él me aprieta con la fuerza que le queda y nos quedamos así mucho tiempo.

CAPÍTULO 23



—Estaba tan preocupado por ti —dice cuando nos separamos.

—¿Por mí? Mírate. Yo estaba preocupada por ti.

—Por Dios, no vuelvas a hacer nada así de arriesgado —ruega.

—Mientras ninguno de mis amigos esté en peligro —aseguro y me siento en una silla a su lado.

—¿Cómo están los chicos?

—No lo sé. No he podido hablar con ellos desde la estación de policía. Pero, ¿cómo estás tú?

—Yo estoy bien, pero mi hermano...

—Lo siento tanto, yo no llamé a la policía.

—Lo sé, fueron los vecinos. Pero creo que no había otra alternativa. Se llevaron a mi hermano, hasta que investiguen todo.

—¿Y tu madre?

—Podría denunciarla también. Ella ha sido su cómplice de alguna manera

por no hacer nada durante todos estos años, pero no lo haré porque ahora es la última esperanza que tengo de recuperar a mi hermano.

—¿Qué fue lo que pasó? ¿Cómo es que acabaste en el suelo herido y esposado?

—Estábamos mi hermano y yo solos desde la mañana. Ya que mi madre no aparecía pensaba llevarlo conmigo para ir a verte, pero entonces él llegó solo. Buscaba como loco a mi madre, no me creyó cuando le dije que no sabía dónde estaba. Le pedí a mi hermano que se escondiera porque vi lo descontrolado que estaba. Él comenzó a pegarme, yo me defendí pero él tomó una escultura de acero que tenía en la casa y que ocupaba para esconder su droga. Era muy pesada y me golpeó en la cabeza con ella. Cuando caí comenzó a patearme, intenté ponerme de pie, pero entonces sacó la pistola y me apuntó. Luego me esposó y me volvió a golpear la cabeza con la pistola. Sé que no quería matarme por eso fue por el cuchillo, ahí fue cuando te vi.

—¡Por Dios! Eso es horrible. ¿Qué te iba a hacer con el cuchillo si no quería matarte?

—Torturarme —asegura.

Recuerdo la cicatriz de su frente, había notado algunas en sus manos también, no dudaba que tuviera más por todo el cuerpo.

—¿Eso te hacía siempre, verdad? —pregunto, pero en realidad lo estoy afirmando.

—Sí —susurra aunque ya lo suponía.

—¿Aguantaste todo eso por tu hermano? —él vuelve a asentir—. Y a pesar de todo lo que estabas pasando en casa, me ayudaste.

—No tenía otra opción —asegura con una sonrisa triste.

—En ese tiempo todavía no éramos amigos, claro que tenías otra opción.

—Pero yo ya estaba...

No puede terminar la frase porque alguien toca la puerta y abre. Es mi padre.

Tiene otra mirada en su rostro. No veo la rabia de antes, pero aun así estoy cautelosa. En cualquier momento podría tomarme de los cabellos y arrastrarme hasta la casa, pero hace algo inesperado.

—Hola, tú debes de ser Christian —él extiende la mano hacia mi amigo aunque él no puede tomarla por la intravenosa en su brazo, mi padre se da cuenta y baja la mano—. ¿Cómo estás?

—Estoy mejor.

—Solo vine a darte las gracias por ayudar a mi hija —dice sorprendiéndonos a ambos—. Siento mucho lo que te pasó, ya tu madre me contó un poco. Hubiera preferido que mi hija no estuviera en ese momento, pero me alegra que ambos estén bien —termina mirándome.

—Yo también me alegro de que ella esté bien —asegura Chris.

—Solo vine a decirte eso —comienza a abrir la puerta para irse cuando se vuelve hacia a mí de nuevo—. Te esperaré afuera hasta que termines. Espero que te pongas bien, Christian —dice antes de salir.

Estoy perpleja al igual que mi amigo.

—Pensé que venía a llevarme a la fuerza —admito cuando me recupero—. Le grité en la casa y confesé algunas cosas que hice. Él me pegó.

—¿Qué? —se ve molesto.

—Me dio una bofetada y luego hui hasta aquí porque pensé que no me dejarían volver a salir en mi vida.

—Bueno, parece arrepentido.

—No sé qué pudo pasar desde que salí de casa para que haya cambiado de opinión.

—Tal vez solo se dio cuenta de lo valiente que es su hija.

Lo miro y me doy cuenta de que es sincero.

—¿Y de lo imprudente que soy?

Eso también —concuerta riendo.

Christian sigue triste e impotente por su hermano, pero cuando sé que estará bien de salud me despido de él prometiendo que trataré de averiguar cómo está el niño.

Me sorprende encontrar a todos mis amigos esperando para tener noticias. Tienen cara de preocupación. Apenas me ven, se levantan, sé que han estado conversando con la madre de Chris y con mi propio padre.

—¿Cómo está? —pregunta Evan liderando el grupo.

—Está bien. Muy golpeado, pero lo superará.

Todos se ven aliviados.

Nos alejamos un poco para tener más privacidad en nuestra conversación.

—Pensé que no los iba a volver a ver —susurro y ellos sonríen.

—Nosotros también —dice Laura.

—¿Cómo es que están aquí? —cuestiono.

—Teníamos que saber cómo estaba Chris —asegura Nana—. Nuestros padres casi nos matan, pero logramos explicarle la historia antes. No están felices, pero entendieron.

—Mi madre también se enojó mucho porque tuvo que salir de su trabajo, técnicamente estoy castigada y no puedo salir, pero ambas sabemos que ella no estará allí para controlarme —explica Laura.

—Mi madre tampoco estuvo feliz, me amenazó con quitarme la casa,

pero no hay lugar para mí en su nuevo hogar, así que... —Evan se encoje de hombros.

Todos miramos al Jefe por su explicación, creo que todos nos preocupamos por él cuando supimos que tendría que hacer una llamada.

—Al final mi madre no tuvo que ir —aclara—, como soy mayor de edad y no se presentaron cargos contra mí, me dejaron ir con una advertencia como a ustedes.

Todos estamos aliviados por ello, pero yo todavía estoy preocupada por algo.

—¿Alguien sabe dónde está la perra?

—Ya la llevé a casa con sus cachorros —dice Dan—. La vecina la cuidó hasta que la recogimos.

—Me alegro, estaba preocupada por ella.

No tenemos mucho tiempo para pensar cómo podemos ayudar al hermano de Chris, pero Nana dice que consultará con su tío abogado y nos comunicaremos por el grupo.

Ellos son demasiados para entrar a verlo, así que todos nos despedimos de su madre y nos vamos cada uno por su lado.

Papá no dice nada más hasta que entramos en el auto. A pesar de que me tardé más de lo esperado, él no se queja y parece estar tranquilo.

—Lo siento, hija... —dice mirando al frente.

—¿Por el golpe?

—Por todo. Creo que en ese preciso instante me di cuenta de lo mal que estaba haciendo las cosas.

Comienzo a llorar. Ahora que sé que todo estará bien, puedo dejar ir toda la tensión que llevaba acumulada por días y no es bonito escucharme.

Mi padre está llorando en silencio, entonces me abraza y yo lo acepto.

Cuando llego, mis hermanos ya están en la casa con mi madre. Ellos se ven preocupados por mí, pero supongo que no sabrán toda la historia así que trato de decirles que estoy bien sin revelar demasiado.

Mi madre se acerca a mí y me abraza también. No sé cuándo fue la última vez que mis dos padres me abrazaron sinceramente en un mismo día, pero se siente bien. Ambas nos quedamos en silencio hasta que ella se aparta.

—Estaba realmente preocupada por ti. Sé que puedo estar abrumada por el día a día, pero yo te amo, hija.

—Yo también te amo, mamá —nos abrazamos de nuevo, esta vez llorando.

Mi padre nos observa de cerca y al final se une a nosotros. Cuando nos separamos todos estamos conmovidos.

—Ahora, ¿sabes que lo que hiciste estuvo mal? —pregunta papá recomponiéndose.

—Sí —afirmo.

—¿Sabes que recibirás un castigo por ello? —agrega mamá.

—Sí —vuelvo a afirmar.

—Definitivamente no podrás salir más de casa sin permiso y menos por la noche. Pero me daré un tiempo para pensarlo mejor.

—Está bien, sé que me lo merezco. ¿Puedo ir ahora a mi habitación?

—Sí, claro —dice papá.

Camino sintiendo mi corazón más ligero. Al llegar a la cima de las escaleras, mis hermanos vienen a recibirme junto con Sofi.

Me abrazan también haciéndome saber que también estaban preocupados

por mí. La perra se para sobre sus dos patas traseras y se une al abrazo, es tan grande que sobrepasa a mi hermano menor. Todos nos reímos uniéndola al círculo, mientras ella trata de lamernos meneando la cola.

Cuando logro llegar a mi habitación al fin, todos mis compañeros levantan la cabeza. Es como si supieran todo lo que he pasado. Hasta Sisy se muestra interesada en mí.

Me siento completa de alguna manera, pero algo todavía me inquieta, y no podré estar tranquila hasta resolverlo o intentarlo.

Recibo mi castigo con la conciencia de que es lo merecido, pero quisiera salir y hacer cosas que pudieran ayudar a mi amigo. Trato de pensar cómo traer de vuelta a su hermano, cómo hacer reaccionar a su madre y cómo alegrar de nuevo su vida, si es que un día fue feliz.

Tengo un enorme dolor de cabeza porque nada se me ocurre. Mis gatos me rodean y piensan conmigo, pero sus ideas no son muy prácticas. Sisy me sugiere arañar a su padrastro y a su madre; Pegajoso, vomitarles un enorme y babosa bola de pelos; Mitzy dice que podríamos traer a Chris para acurrucarnos con él y hacerlo sentir mejor; y Sunny... bueno él no se ha recuperado del todo, así que solo quiere sentirse seguro acostado en su lugar favorito, que es mi pierna.

Y Jeimy salta por todos lados después de darme muchos suaves besitos.

Así nos dormimos.

Al día siguiente, despierto desorientada, pero enseguida recuerdo todo lo que vivimos ayer. Me parece que fue solo un sueño o una película, pero no, verdaderamente pude estar a punto de morir.

Bajo a desayunar y todos están despertando también, pero por primera vez nos damos los buenos días mirándonos a los ojos y con sinceridad. Nos sentamos a la mesa juntos y papá pregunta si queremos salir a pasear. Mis hermanos están emocionados, yo también lo estoy, pero me gustaría ir a otro lugar.

—Papá —comienzo—, ¿podría ir a ver a Chris? Me gustaría acompañarlos, pero no estaría tranquila.

Él lo piensa mientras se termina su café.

—¿Y te olvidaste de tu castigo?

—No, pero ¿podría ser vinculante después de que mi amigo se encuentre bien?

Todos sonrían.

—Así no funcionan los castigos —explica mamá con paciencia.

—No les pediré nada más en todo el año. Lavaré los platos, limpiaré la casa, por favor —termino con mis manos juntas suplicando.

—Tu amigo estará bien cuidado en el hospital, quiero que tengamos un día familiar. Mañana podrás verlo después de la escuela.

Me resigno un poco. Sé que quiere ceder, pero también quiere conservar su autoridad. Así que le doy lo que quiere porque sé que no puedo hacer mucho por Chris sin tener un plan.

Pasamos el día afuera buscando parques donde jugar con mis hermanos o manejar bicicleta, incluso mi madre se toma el día libre y comemos en restaurantes.

Cuando llegamos después de cenar reviso mi teléfono. Solo le había mandado un mensaje antes a Chris para saber cómo había despertado y él me dijo que se sentía mejor. Le comenté que no podría ir a verlo hoy y él lo entendió.

Al parecer mis otros amigos han estado muy activos todo el día, hay montones de mensajes. Me acuesto en mi cama y comienzo a leerlos.

Habían convocado a una reunión en la casa de Evan, habían muchos chistes sobre lo peligrosos que éramos, pero se habían detenido a una hora determinada y no habían vuelto a escribir.

CAPÍTULO 24



Llamé a Chris para saber cómo había pasado su día y si iría mañana a clases. Me contestó de inmediato.

—¿Cómo te fue? —pregunta.

—¿A mí? ¿Cómo te fue a ti?

—Bien, de hecho más que bien.

—¿Y eso? ¿Hay buenas noticias?, ¿saldrás del hospital?

—Creo que me quedaré un par de días más, aún tengo mucho dolor de cabeza. Pero, ¿no has hablado con los chicos?

—No, ¿por qué?

—Ellos... —comienza emocionado—. Ellos, no sé cómo consiguieron la dirección de mis abuelos, los padres de mi madre. No había sabido de ellos desde que mi madre comenzó a vivir con mi padrastro.

—No sabía que tenías abuelos.

—Sí, pensé que no querían saber nada de nosotros. Ellos estuvieron aquí, se acaban de ir.

—¿Esa es la buena noticia? ¿Querías mucho a tus abuelos?

—No los recuerdo demasiado, la verdad. Pero eso no es lo importante. Ellos se enteraron de todo lo que pasó y mañana a primera hora comenzarán a pelear la custodia de mi hermano y la mía.

Comienzo a entender.

—¿Crees que lo consigan? Eso es maravilloso, no tendrías que separarte de tu hermano.

—Espero que sí, son la única familia que tenemos. Mi madre aceptó ir a rehabilitación, pero es demasiado tiempo. El tío de Dan también estuvo aquí. Dijo que se encargará de ayudarlos.

—Eso es genial —digo emocionada.

—Yo no sé cómo agradecerles a todos, nunca nadie se ha preocupado tanto por mí.

—Creo que deberías sincerarte con los chicos, contarles más cosas. Ellos quieren ser tus amigos, Chris. De hecho, ya lo son.

—Simplemente no estoy acostumbrado a esto. No suelo hablar demasiado de lo que siento o pienso, mucho menos de lo que me pasa.

—Ya no tienes que llevar esa carga solo. Muchos hombros hacen menos pesado el mundo.

—Aún estoy preocupado por mi hermano, pero ahora creo que tengo algo que ni siquiera imaginaba.

—¿Qué?

—Esperanza y amigos.

—Justo lo que necesitas para dar el siguiente paso.

—Una última cosa —dice antes de que nos despidamos—. Agradécele a

tu padre por pagar los gastos del hospital.

—¿Qué?

—Mi madre fue a preguntar cuánto tendríamos que pagar cuando saliera y le dijeron que tu padre se encargó de todo. Solo lo acepto porque quiero salir lo más pronto posible de aquí para ver a mi hermano, pero se lo pagaré. ¿Él no te lo dijo?

—No sabía nada de eso —admito terminando de procesarlo.

Me quedo pensando si buscar a mi padre y agradecer lo que hace por mi amigo, pero decido que es muy tarde y que lo haré mañana.

Agradecer fue lo que hice a primera hora del día. Resulta que cuando haces algo de corazón no quieres reconocimientos, eso fue lo que me dijo mi padre y lo entendí perfectamente.

Había descubierto en los gatos el significado de la amistad, era maravilloso encontrarlo también en personas que estaban a mi alrededor. Cuando los chicos me encontraron en el pasillo antes de entrar a clases casi los abrazo de emoción.

Ellos están felices de haber ayudado, no se vanaglorian de lo que han hecho por Chris. Es más, le restan importancia. Pero tengo que esperar a la hora del almuerzo para que me cuenten los detalles de los hechos del día anterior.

—Su madre nos dio sus nombres, era lo único que tenía —explica Evan.

—Eso y su última dirección —agrega Laura—, pero ya no vivían ahí.

—¿Entonces cómo los ubicaron? —pregunto.

—Pues ahí entra el Jefe. No sé cómo, pero nos consiguió unas direcciones a las que ir —dice Dan.

—Por favor, no digan nada de eso en voz alta que de seguro es algo ilegal —susurra Nana preocupada.

—Oh, por Dios. Si no estamos en la cárcel por todo lo que hemos hecho hasta ahora, no iremos por unas direcciones —asegura Laura.

—Shhh —la calla de nuevo Nana mientras los chicos ríen y comen.

—Bueno, ¿y qué más pasó? —cuestiono cuando veo que nos estamos saliendo del tema.

—Bueno, fuimos a la primera dirección que nos dio el Jefe. Resulta que sí habían vivido ahí, pero hacía bastante tiempo que se mudaron —explica Evan.

—¿Y entonces?

—Fuimos a la segunda, nada. Estuvimos ligeramente perdidos para encontrar la tercera —continúa él.

—¿Ligeramente? —se burla Laura.

—Está bien, muy perdidos. Pero cuando llegamos valió la pena, porque eran ellos.

—No estaban muy contentos de ver un montón de muchachos mal vestidos —se burla Dan.

—Serás tú —le golpea Nana.

—No me interrumpen —se queja y todos nos callamos—. Bueno, eran ellos. Después de analizarlo mucho, al fin nos dejaron entrar y explicarles todo. No sabían nada de lo que había pasado y quisieron ir al hospital de inmediato, dijeron que se encargarían de cuidar de sus nietos, no estamos seguros de que consigan la custodia, pero es lo mejor que pudimos hacer.

—Eso en verdad es realmente bueno —digo conmovida—, quisiera haber ido con ustedes. Saben cómo es Christian, no suele expresarse mucho, pero sé lo que esto significa para él. Gracias por hacerlo.

—Ustedes ya son parte de la manada —dice Dan poniéndome un brazo sobre los hombros—. Aquí hacemos las cosas así, queremos que todos estén

bien.

—Es verdad —agrega Nana—. Solo hacemos lo que nos parece correcto, aunque a veces no sea legal —termina susurrando y todos reímos.

Mientras terminamos de comer oigo reír a los chicos de la mesa donde solía sentarme con las que consideraba mis amigas. Parece que hubiera pasado una eternidad de eso. Todo es más glamoroso por ese lado, pero lo que tenemos mis amigos y yo aquí es más real. Puede que de afuera aparente ser mejor aquella mesa, pero yo no cambiaría de lugar por nada del mundo porque estos chicos con los jeans desgastados, con camisetas oscuras y miradas peligrosas tienen las almas más luminosas que haya encontrado.

Evan con su aspecto rudo y de pocas palabras, parece alguien con quien no te gustaría meterte en una pelea y tendrías razón, aunque por dentro es tan blando con su novia como un malvavisco.

Laura con sus ojos gruesamente delineados y su rostro pálido puede parecer alguien que odia a todo ser viviente, pero debajo de todo ese maquillaje existe alguien sensible que ama con locura a su novio y que ríe demasiado alto.

Nana con su pequeño cuerpo y su voz dulce puede engañar a cualquiera que no sepa lo sobreprotectora que es con su familia y amigos.

Dan aparenta ser alguien a quien no le importa nada realmente y que todo es una broma para él, pero aunque lo niegue todos sabemos lo importante que es su hermana y sus amigos.

Al Jefe podrían juzgarlo de vago que vive con su madre y pasa el tiempo con adolescentes de secundaria, pero nadie sabe que tiene su propio negocio de creación de páginas web, que vive con su madre porque ella está enferma y él decidió cuidarla. Que pasa el tiempo con nosotros simplemente porque le caemos bien.

Y Chris, bueno... muchas cosas se dicen de él a causa de su aspecto, pero no es un pandillero, no vende drogas, no se pelea sin un fuerte motivo. Es un chico educado, que trabaja para mantenerse y ayudar a su hermano pequeño,

un amigo comprensivo que te ofrecería su mano aun sabiendo que también podría caer.

No todo lo que brilla es oro. Nosotros no tenemos nada que demostrar a nadie. Sabemos lo que somos y lo que valemos por ello.

Es como el amor con mis gatos, nosotros lo sabemos y no nos importa el resto del mundo.

Sisy puede parecer una gata malhumorada y cansada que quiere ver el mundo arder, pero aun así si estoy triste y la necesito no duda en darme su masaje terapéutico.

Pegajoso podría considerarse como un gato salvaje, pero sabe dar los mejores abrazos gatunos, de esos que te aprietan y te dejan juntas de nuevo las piezas de tu roto corazón.

Mitzy parece una gatita dulce y sí lo es, pero nadie sabe que puede sacar las garras y colmillos para morderme cuando no quiere que me levante de la cama.

Sunny es un gato demasiado asustadizo y miedoso hasta de su sombra, pero ha depositado su confianza en mí y así me convertí en su mundo, su lugar seguro. Quisiera ser tan buena como lo soy ante sus ojos.

Jeimy aparentemente es una simple conejita blanco y negro, eso si no has tenido el privilegio de vivir una de sus sesiones de besitos a cambio de caricias.

Sofi es una perra loca, pero debajo de esa locura también se esconde la mayor lealtad que alguien puede pedir.

Estuve castigada un mes entero, aún pienso que fue poco para todas las cosas que hice. Para lo único que salía de casa era para ir a clases. En realidad, aproveché para pasar tiempo de calidad con mis gatos y mi coneja. Y bueno... con Sofi también, es imposible no tomarla en cuenta con lo grande y revoltosa que es.

En ese tiempo las cosas mejoraron para Chris. Su madre sigue en un centro de rehabilitación, se quedará ahí unos meses más. Sus abuelos consiguieron una casa más grande y más cerca del colegio, así lograron la custodia temporal de sus dos nietos. Veo a mi amigo sonreír más a menudo, así que supongo que está contento de estar ahí.

En cuanto a su padrastro, él está en la cárcel, esperamos que se quede ahí por mucho tiempo. Aún espera su juicio, pero sus cargos son muchos como para que quede libre fácilmente. Solo por dos intentos de asesinato ya le caerán muchos años. El tío de Dan y Nana prometió que no quedaría sin el castigo que se merece.

Las heridas físicas de mi amigo sanaron muy bien, tardará mucho más tiempo en sanar su mente y su espíritu, pero está cada vez más abierto a conversar con los chicos. Incluso participa más en clases, a veces viene a casa para que lo ayude cuando no entiende algo. Tiene tantas ganas de superarse y lograr salir adelante por su hermano y por él, que terminará lográndolo.

La relación de mis padres también mejoró, están yendo a terapia de pareja. No es algo mágico que de la noche a la mañana se arregle, pero me consta que lo están intentando. Mis hermanos lo saben y todos tratamos de cooperar para que nuestra familia esté unida y feliz de verdad.

—Papá, no sé si lo recuerdas. Dijiste que mi castigo duraba un mes y justo hoy se cumple ese plazo—le enseñé un calendario y él sonríe.

—Sí, lo recuerdo.

—¿Entonces?

—¿Quieres salir? Recuerdo que preferías quedarte en casa con tus gatos.

—Sí, me encanta estar en casa y compartir con la familia, pero ahora tengo nuevos amigos —ruego y él mira su reloj.

—¿Dónde irás?, y ¿a qué hora piensas regresar?

—Iré a la casa de Evan, todos los chicos están ahí. Dijeron que pueden

venir a recogerme y me traerán de vuelta temprano.

—Está bien —acepta y yo salto de alegría.

—¡Gracias, papá!

Me voy a mi habitación a cambiarme y a avisarles a los chicos que iré. También le escribo a Chris y dice que vendrá por mí. Sus abuelos le prestan su auto, no es muy nuevo pero como ahora él vive un poco más lejos de mi casa, es útil.

Bajo saltando cuando suena el timbre.

—Con calma —me dice mamá. Ella está con mi padre y mis hermanos mirando una película, aprovechando el sábado.

—Ya regreso. No tardaré demasiado —me despido de ellos.

—Eso espero, sería una pena que volvieras a estar castigada el mismo día de tu libertad —anuncia mi padre.

—Sí, lo sé —lanzo besos en el aire mientras me voy.

Chris tiene esa nueva sonrisa en su rostro que no me canso de ver. Esa que hace que pequeñas arrugas se formen alrededor de sus ojos y boca. Hace unos días se recortó el cabello y ahora puedo ver lo luminosa que es su mirada.

—Bienvenida al mundo exterior de nuevo —se burla.

—¿De qué hablas? He ido a clases todos estos días.

—Encerrada en casa, encerrada en el colegio. ¿No es lo mismo?

—Tienes razón —conuerdo cuando llegamos al auto.

Ponemos la radio y vamos cantando cuando nos detenemos en un semáforo en rojo y observo por mi ventanilla, me encuentro con la mirada de Adam. Está solo en su auto. Me mira un par de segundos antes de desviar la

mirada hacia mi acompañante. Un breve momento debate si saludarme, pero finalmente cuando la luz cambia a verde, él vuelve la vista al frente. Vuelvo a ser invisible para él y realmente no me importa. Hasta Sophie ahora me ignora.

Cuando vuelvo la vista yo también, Chris me mira de reojo. Sabe a quién vi, pero no se atreve a mencionarlo.

—¿Todo bien? —pregunta al fin cuando nosotros también avanzamos.

Lo miro y sé que estoy en el lugar que quiero estar.

—Muy bien —aseguro volviendo a sonreír y subiendo la radio.

Cuando llegamos a casa de Evan todo está silencioso. Solo se escucha el sonido de pequeños cachorros y luego el ladrido inconfundible de Trinity. Ella vive con Chris ahora, pero a veces viene a visitar a sus hijos. Ya fue esterilizada y está más feliz que nunca.

Doy una mirada a la casa de Rob, ahora está abandonada. Al final lo encontraron, resulta que la droga no era su único crimen. También estaba involucrado con el contrabando y la venta ilegal de armas. Se quedará un buen tiempo en prisión. No sabemos si en la misma donde está el padre de Christian, tal vez se hagan compañía.

Cuando abrimos la puerta me llevo un gran susto.

Dos cañones de serpentina son disparados hacia mí, veo a la perra huir asustada hacia una habitación. Mientras los papelitos de colores caen al suelo todos gritan: ¡Bienvenida!

Estoy emocionada. Nos hemos visto todos los días en el colegio, pero como dijo Chris esto es diferente así que me uno al festejo. Al primero que abrazo es al Jefe porque es al único que no he visto desde hace un mes. Luego todos me rodean en un abrazo grupal.

—Ya es suficiente, esto se está poniendo demasiado cursi y tengo una reputación que mantener —dice Evan separándose.

—Todos aquí sabemos que eres más blando que un algodón de azúcar — lo molesta Laura.

—Eso es porque vivo pegado a ti —ellos se abrazan y veo que han vuelto a ser los mismos.

Nos sentamos en la sala mientras tomamos algo y comemos todo lo que hay en el refrigerador de Evan. La madre de Dan y Nana incluso nos manda unas galletas cuando se entera de que estoy aquí. Todos aparentan ser unos chicos duros, pero devoran las galletas y la leche con gusto.

—Nosotros aún seguimos sin auto —dice Dan—, pero podemos salir a otro lado. Aunque no es tan divertido. Solo tenemos permitido usarlo para ir y volver del colegio.

—¿Hasta cuándo? —pregunto.

—Hasta que nos lo ganemos de nuevo, es lo que dice mi padre — responde Nana.

—Yo creo que sigo castigada —interrumpe Laura—. No estoy segura porque nunca hay nadie que me controle —termina con tristeza.

—¿Y yo qué soy? —intenta animarla su novio y lo consigue porque ella sonrío.

—Tú también estás castigado.

—No puedo hacer fiestas nunca más —dice él—. Pero si quiero las haré, porque ¿cómo podría enterarse mi madre?

—Yo ni siquiera tengo quien me castigue —interviene Chris para hacernos sentir mejor a todos, pero ahora lo observamos—. Bueno, no tenía. Ahora sí debo portarme bien.

—Oh, por favor —dice el Jefe—. Sí, la vida es una mierda para cada uno de nosotros. Pero mírennos, nos hemos encontrado por algo.

Todos nos observamos y sabemos que tiene razón.

—Nunca pensé tener amigos como ustedes —admito.

—¿Cómo? —pregunta Dan—. Guapos y a la moda —termina arrancando un pedazo de su ya raído jeans.

Todos nos reímos de la broma aunque sabemos que estamos tocando un tema serio.

—No, bueno sí. Pero no solo eso. Me refiero a amigos con los que hacer nada puede ser una actividad interesante.

—¿Nos dices vagos? —se burla Laura—. Apuesto a que pensabas que la pasábamos de fiesta y drogados dentro de esta casa.

—No —niego aunque tal vez una parte inconsciente de mí sí lo pensaba.

—Lo que está diciendo es que somos lo mejor que le ha pasado en toda su vida —agrega Nana.

—Claro que sí —afirmo—. Bueno, después de mis gatos.

La verdad es que en las fiestas haces conocidos, en el día a día encuentras amigos, pero en los momentos difíciles haces hermanos.

Cuando terminamos, Chris me trae de regreso a casa temprano como prometí, aunque ahora tenemos a Trinity de pasajera en el asiento de atrás.

—No sé si recuerdas que ese día del gran desastre teníamos algo planeado. ¿Aún te gustaría salir conmigo? —pregunta tímido.

—Claro que sí —afirmo tratando de que no note que me pone nerviosa pensar en eso.

—Genial —se ve aliviado—. ¿Podrías mañana? Podemos salir en la tarde para que tus padres te den permiso.

—Suena bien.

Cuando se va me pregunto si este sentimiento que crece cada vez que lo

veo es solo amistad o es algo más. Definitivamente es diferente a lo que siento por Evan, Dan o el Jefe. Es muuuuuy diferente.

—¿Ustedes que piensan? —pregunto a mis gatos que ahora me rodean. Están en medio de una sesión de baño gatuno en conjunto y no me prestan mucha atención.

Me relaja verlos, estar cerca de ellos. Esta también es otra clase de amor. Y si hay una palabra que se asemeja más a lo que siento por Chris sería esa. Aunque me cueste pronunciarla. Pero lo sé, lo siento.

Epílogo



Estoy más nerviosa de lo que me gustaría. Mis padres me dieron permiso de salir, siempre y cuando regresara temprano.

Él viene por mí a la hora indicada, cuando subo al auto me doy cuenta de lo bueno que es tener a alguien para pasar el rato.

—Tengo algo para ti —digo ofreciéndole la pequeña caja que tengo en mis manos.

Él parece sorprendido y no hace ningún comentario cuando la toma y la abre. Sonríe al sacar el pequeño gato tricolor de cerámica con las dos manos levantadas.

—Era mío —explico—. Es el gato de la suerte, en Japón se llama Maneki Neko. Parece que saluda, pero en realidad está llamando o invitando a la gente a entrar en los negocios. Dicen que trae buena fortuna.

—Conocía los dorados con una sola mano levantada.

—Esta da doble suerte, o es lo que quiero creer. Además me recuerda al pequeño incidente que tuvimos con la policía donde todos levantamos los brazos —sonríe.

—¿Por qué me lo das?

—Porque quiero que te vaya bien en todo. Acéptalo.

—Está bien, gracias. ¿Te gustaría ir a comer con mis abuelos uno de estos días? —cambia el tema drásticamente.

—Claro —acepto dudando por la sorpresa que me produce la pregunta—. ¿Por qué no vamos ahora?

—Porque tengo otro lugar al que planeo ir.

—Está bien, tú eres el conductor.

Vamos a las afueras. Hay un río cerca de la ciudad donde íbamos con mi padre a intentar pescar. A mí nunca me gustó y sé que él hubiera preferido tener un primer hijo que fuera varón, lo curioso de todo es que cuando nació el mayor de mis hermanos nunca lo trajo a pescar, por lo menos no lo recuerdo. Hago una nota mental para sugerírselo.

Salimos de la carretera y tomamos una ruta de tierra, pero vamos por un camino diferente que no conozco. Sé por qué la gente no viene mucho por aquí, eso es porque el camino es pésimo. Sin embargo a Chris parece no importarle, así que no lo menciono. Estoy más emocionada por saber a dónde vamos.

Cuando salimos miro al cielo, hay algunas nubes que ocultan el sol por momentos, pero no hay amenazas de lluvia.

—Vamos —dice mientras observo a mi alrededor.

—No sabía que habían piedras tan grandes por aquí —contesto.

—Por eso la gente no viene mucho por aquí, cuesta un poco caminar hasta el río.

Por suerte tengo mis cómodas zapatillas y no es demasiado problema para mí.

—¿Cómo es que descubriste este camino? —cuestiono.

—Una vez quería venir al río, pero había muchos chicos por el camino regular. Quería estar solo, así que vagué por aquí y lo descubrí —dice mostrándome al fin al lugar al que se refiere.

Junto a la orilla hay un montón de piedras grandes con una extraña disposición. Cuando nos acercamos más, él me da la mano para ayudarme a subir. Entonces miro hacia abajo y veo que las rocas hacen una especie de “u” con la abertura hacia el río. Podríamos quedarnos aquí arriba, pero sé que ese no es el plan.

Bajar es un poco más difícil que subir por la forma de las rocas. Cuando lo conseguimos, veo que este lugar es lo que Chris estaba buscando ese día que lo descubrió.

Podemos poner los pies en el agua si quisiéramos.

Nos sentamos mirando hacia el río con las rocas protegiéndonos de toda vista, a pesar de que no hay nadie cerca.

—¿Qué traes en la mochila?

—Pensé que nunca lo preguntarías —sonríe mientras la saca de su espalda, cuando la abre veo que hay de todo. Sándwiches, refrescos, papas, dulces.

—Viniste preparado para todo.

Cuando me ofrece un sándwich me doy cuenta de que es como me gusta, con mermelada de frutilla casera. Lo miro interrogativa.

—Dijiste una vez que te gustaba así —justifica.

—Es raro que alguien preste atención a todo lo que digo o hago — comenta antes de dar el primer mordisco.

—¿Por qué? Yo siempre te presté atención. Eres una persona digna de admirar —dice algo avergonzado al final.

—¿Acaso te habías dado cuenta de mi existencia antes de todo esto?

—De hecho sí.

—Estoy interesada. ¿Cuándo fue eso?

—Desde la primera vez que te vi. Llevabas esas mismas zapatillas, fue lo primero que vi porque estaba mirando hacia abajo. Cuando levanté la vista al pasar por tu lado en el pasillo, me miraste y me sonreíste. Fue uno de los primeros días de clases del año pasado. ¿Sabes cuándo alguien me había sonreído en la secundaria? —Niego con la cabeza, pero algo me dice que sé la respuesta—. Nunca.

—Lo siento, deseara recordarlo también.

—No te preocupes, yo lo recuerdo por los dos. Desde entonces me quedaba observándote cuando te veía en algún lugar. Apuesto a que ahora te parezco más raro que antes —sonríe sin gracia.

—No es eso lo que pienso. Siempre pensé que nadie me notaba.

—Te vi ayudar a Jimmy, el chico de la silla de ruedas cuando tumbó todos los cuadernos que tenía en las piernas mientras todos lo ignoraban. También vi que fuiste la única que no se rió de Gill cuando todos se dieron cuenta de que estaba manchada por su periodo. Observé que guardabas tu basura hasta llegar a un basurero, que te quedabas mirando mucho tiempo a Adam y luego te sonrojabas, también vi que siempre tomabas una respiración profunda antes y después de conversar con Kim y Eli.

—Esto está comenzando a ser escalofriante —bromeo—. ¿Por qué lo hacías? ¿Estabas muy aburrido?

—No, siempre vivía en completa oscuridad, pero cada vez que te veía una luz se filtraba por algún punto de mi alma y llenaba todo. A veces verte era lo único que alegraba mi día. Esos pequeños segundos hacían que quisiera seguir viniendo al colegio. Tu sola presencia me da la paz que nunca he tenido. Suena tonto, ¿no?

—No, yo... ojalá lo hubiera sabido antes. Ojalá te hubiera conocido en ese entonces. Tú eres alguien especial.

Estamos tan cerca que cuando volteo lo veo frente a mí a unos pocos centímetros.

—No quiero asustarte, pero en todo ese tiempo que pasé observándote terminé enamorándome de ti.

Cuando concluye de decirlo mira de nuevo hacia el río. Se ve derrotado en lugar de aliviado por confesar algo así. Pienso en lo que siento yo. He llegado a conocerlo mejor, descubrir la belleza de su interior.

—No sé qué es lo que quieres escuchar —comienzo—, pero yo también te he estado observando este tiempo. Sé muchas cosas de ti. Sé que ayudarías a alguien sin pedir nada a cambio, sé que rescataste a una perra que nadie quería, no para sentirte acompañado, sino para acompañarla a ella. Sé que sacrificarías tu vida entera por tu hermano y que te encanta el grupo de amigos que hemos formado aunque nunca lo admitas. Además, sé que odias los aros de cebolla.

—Pensé que nadie sabía mi gran secreto, parece que tú también eres una acosadora —sonríe—. ¿Cómo lo supiste?

—Mientras comíamos con los chicos, ellos hablaban y tú comenzaste a hurgar en tu hamburguesa y los dejaste en el empaque. Quería preguntarte por qué simplemente no dijiste que los pediste sin cebolla.

—La persona que nos atendió se equivocó, le llamarían la atención si yo me quejaba. Seguramente necesita el trabajo.

—Esa es la parte que me gusta más de ti. La que ve en otros las cosas que nadie más ve. Lo hermoso, lo triste, lo inspirador. Creo que yo también me he enamorado de ti —termino admitiendo y él me mira cómo tratando de averiguar si estoy bromeando.

—No es gracioso si no lo dices en serio.

—Es en serio —aseguro mientras veo sus ojos iluminarse.

Entonces él se acerca lentamente a mí como dándome el tiempo de

alejarme si eso es lo que quiero. Pero no es lo que quiero, así que me acerco también.

Nos encontramos en medio del camino, justo como en la vida real.

Yo encontré algo más que un gato en todo este proceso, encontré nuevos amigos que me hicieron descubrir que las malas apariencias a veces esconden grandes almas. Así como encontré en los gatos a mis primeros amigos, descubrí en Chris que hay un sentimiento igual de poderoso, pero muy diferente que aún estamos descubriendo.

Antes de regresar, él me entrega una pequeña bolsita de terciopelo rojo, estoy intrigada hasta que veo que adentro de ella están las joyas de mi abuela. Lo único que él dice es que no le debo nada, yo estoy convencida de todo lo contrario, pero estoy demasiado emocionada como para pelear por pagárselo. Sé que esto vale mucho más que el dinero que le pueda devolver.

Cuando vamos de vuelta a mi casa en su auto con las ventanillas bajadas, me pregunto cómo una desgracia me pudo llevar a este punto donde soy tan feliz.

Los chicos enloquecerán cuando le digamos que ahora somos novios, o que vamos a descubrir cómo serlo, eso sería lo correcto.

Cuando estamos cerca de mi casa me comienzo a poner nerviosa porque ya no estamos en la segura comodidad entre las rocas, pero él toma mi mano y sé que está conmigo en esto. Las cosas podrían salir muy mal, pero si él está a mi lado, al final del día no sería tan malo.

Recibo una llamada de mi hermano menor y me preocupo.

—Hola, ¿pasó algo?

—Creo que Mitzy se perdió —lloriquea.

—¿Qué?

Mi corazón comienza a latir hasta doler.

—La hemos buscado y no aparece.

—Ya estoy llegando —digo antes de colgar.

Le cuento todo a Chris y él también luce preocupado.

Cuando llegamos lo primero que hago es correr a mi habitación a ver si ya apareció. Chris entra conmigo.

—¿Dejaron la puerta abierta?

—No —aseguran mis hermanos.

Busco por todos los rincones de mi habitación,

Bajamos y comienzo a llamarla buscando por toda la casa. Todos lo hacemos.

—Silencio —digo cuando creo escuchar algo.

Cuando digo “miau” alguien me contesta, suena muy lejano, pero sé que es un gato. Sigo el sonido que me lleva a la puerta que da al sótano, esa que está bajo las escaleras. Llego hasta ella y la abro sin dudar.

Mitzy sale corriendo con cara de sueño. Miro a mis hermanos que se ven aliviados. Creo que todos lo estamos, porque pensamos que todo volvía a empezar.

—Esa será la causa de mi muerte —aseguro y Christian ahora puede volver a sonreír.

—Muerta de preocupación por un gato —dice él.

—No son solo gatos, son mis amigos, mi familia, mis pequeños guardianes —aseguro tomando en mis brazos a Mitzy.

—Lo sé, y ¿sabes qué es lo más raro? —contesta él—. Que ahora me gustan tanto los gatos, que estaba muerto de preocupación también.

—Ya no hay cura para eso.

—Eso es lo mejor —dice sonriendo.

Fin

AGRADECIMIENTOS

Gracias a todos los animales que han pasado por mi vida y han dejado su huella en mi corazón, ayudando a crear la persona que soy ahora. Ellos me han enseñado sobre el amor y la amistad incondicional, sobre la confianza y la lealtad, me han dado incontables alegrías y experiencias que atesoraré por siempre. También me han salvado de la depresión, sanaron mi alma y han llenado mi vida de magia. Ellos me rescataron. Todo lo que he hecho por ellos, no se compara a lo que ellos han hecho por mí.

Los animales de la protagonista de esta novela, son en realidad esos seres de luz que han compartido y comparten su sabiduría conmigo. Sisy, era una gata que pertenecía a mi hermana mayor, pero la consideraba también como una parte de mí, ella nos acompañó por más de catorce años. Pegajoso, era un gato del vecino al que dejaban afuera sin comida todo el día, por eso era medio salvaje; él venía hasta mi casa para conseguir algo de alimento y agua, al final se me pegó tanto que sin saberlo terminó adoptándome por siete años. A pesar de estar enfermo, pienso que esos años hicieron que su corta vida valiera la pena. Jeimy, era la coneja de mi hermana, antes de ella no sabía que pudieran ser tan cariñosos y expresivos. Sofía, más conocida como Sofi, fue una perra loca y bulliciosa, que nos demostró su amor y lealtad por más de doce años.

Actualmente solo convivo con Mitzy y Sunny, ellos estuvieron conmigo durante todo el proceso de esta historia, que por cierto fue surgida de la desaparición de Sunny. Él estuvo fuera de casa casi una semana, pero afortunadamente regresó sano y salvo (aunque muy flaco y hambriento), sin necesidad de un peligroso rescate.

Todos ellos eran o son como se describen en la novela, por eso quise plasmar un poquito de su gran amor en estas páginas y así immortalizar su legado, porque sin ellos no existiría.

Además, quiero agradecer a las primeras personas que leyeron esta

historia:

A Maria A. Vega, una persona especial que me brinda su apoyo incondicional en cada proyecto, además me permite ser parte de su vida. Dice que le dan miedo los gatos y se devoró el libro en un par de días (y le gustó). Gracias, Maria... ¡Eres la mejor!

A Nitu Singh y Alexa García, por estar siempre pendientes de mis nuevos proyectos. Espero que nunca pierdan ese amor por la lectura que desde su joven edad están desarrollando.

Quisiera nombrar a cada una de las personas que me escriben y me motivan a seguir escribiendo, pero no quisiera olvidar a nadie. Es más difícil ahora, por todas las muestras de cariño que recibo desde todas partes del mundo. Siempre trato de responder a todos personalmente, y aunque no los nombre aquí, siempre los llevo en el corazón.

Y gracias a ti, por ayudarme a alimentar a mis gatos con la compra de este libro. Espero que te haya gustado y me lo dejes saber.

Gracias a todos...

Miau.

SOBRE LA AUTORA

Nací un 17 de septiembre de 1988 en Bolivia. Soy licenciada en Ciencias de la Educación de profesión y escritora de corazón.

Mi amor por los libros comenzó desde que aprendí a leer. En mis años de adolescencia comencé a escribir poesía como forma de expresión. Como fruto de esa etapa tengo tres libros publicados: “Agua clara”, “100 poemas para ti... y no lo sabes” y “Sobreviviente”. Todos ellos están disponibles en las principales tiendas electrónicas.

En 2018 publico, de manera independiente, mi primera novela juvenil romántica: “Para siempre es mucho tiempo” (primer libro de la bilogía Para Siempre), con muy buena aceptación entre personas de todas las edades. A finales de 2018 publico la esperada continuación titulada: “Para siempre es un comienzo”. Ambas fueron finalistas del concurso SweekStars2018 de novela convocado por la plataforma Sweek.

“Algo más que un gato” (2019) es mi segunda historia juvenil autopublicada.

Contacto

Si te gustó este libro, por favor recomiéndalo con amig@s, escribe una pequeña reseña o coméntalo en las redes sociales.

Email:

patriciamorenzautora@gmail.com

Facebook:

@patriciamorenzautora

Instagram:

@patricia_morenz

Youtube:

Patricia Morenz